JULIO NAVARRO MONZÓ

EL RENACIMIENTO MÍSTICO

ANTE LA TRAGEDIA EUROPEA

«ὁ θεός ὁ ἅγιος, ὁ διδους αἰτοῦντι σοφίαν και σύνεσιν, καί μὴ παρορῶν αμαρτάνοντα.»

SAN JUAN CRISÓSTOMO
LITURGIA DE CATECUMENOS.



BUENOS AIRES
BALDER MOEN, LIBRERO EDITOR
431—FLORIDA 431
1916

JULIO NAVARRO MONZÓ

EL RENACIMIENTO MÍSTICO

ANTE LA TRAGEDIA EUROPEA

«ὁ θεός ὁ ἅγιος, ὁ διδους αἰ τὄντι σοφίαν και σύνεσιν, καί μὴ παρορῶν αμαρτάνοντα.»

San Juan Crisóstomo
Liturgia de catecumenos.



BUENOS AIRES
BALDER MOEN, LIBRERO EDITOR
431—FLORIDA—431
1916

IMP. EUROPEA DE M. A. ROSAS, PERÚ 143

«Me fué dicha una palabra escondida, una palabra al corazón, que no la vi ni sé cómo era, porque lo que está escondido no se sabe cómo es; una palabra tan interior, que era un puro espíritu; una palabra, cuya sustancia fué para mi alma un conocimiento secretísimo; una palabra que encerraba en sí grandes y profundos misterios; una palabra que la oí, mas no la pude comprender, y aunque se me dijo al alma, no sé lo que oyeron estos oídos; así como a hurtadillas recibieron un rum rum, unas como venas de su zumbido. Es muy poquito lo que los oídos exteriores perciben de estas hablas de Dios.»

Fray Juan de Jesús María.—*Epistolario.*

I

LA PECADORA LAPIDADA

«¡Hipócrita! echa primero la viga de tu ojo; y entonces verás claramente para echar la arista del ojo de tu hermano.»

San Mateo, cap. vii, vers. 5.

Cuando estalló la conflagración que durante dos años viene perturbando la vida del mundo, no fué su grandeza ni su violencia lo que pudo extrañar a las gentes. Una y otra estaban descontadas y previstas largos años hace, desde que se auguraba el choque inevitable en que habían de venir a parar todas las rivalidades de las más poderosas naciones de la tierra y se conocían sus fuerzas en hombres, armas y dinero.

Lo que sí sorprendió a la generalidad fué la crueldad sistemática y fría con que se hizo la aplicación de tan infames principios como son «la razón de fuerza» y «la fuerza de la necesidad», al punto de que una de las naciones que entra-

ron en la contienda—aquella precisamente que más preparada demostró hallarse para entrar en ella—informara completamente su execrable conducta de acuerdo con normas tan inmorales.

Lo que más espantó al mundo no fué ver la neutralidad belga, solemnemente jurada en los concilios de las potencias, cínicamente violada en virtud de esa inconcebible razón de la *necesidad*, que los adversarios de Alemania, por desgracia, tantas veces han invocado después para justificar—en el terreno del derecho marítimo principalmente—sus desaguisados contra la ley de los pueblos. No fué tampoco asistir a las espantosas escenas de muerte, persecución, lujuria y saqueo que se siguieron a la invasión de la heroica Bélgica, para no hablar de los ataques sin prévio aviso a los buques mercantes desarmados y de otros horrores, menos conocidos, que se están dando en Servia y Montenegro, en la Siria y en contra de todas las cristiandades del Asia menor. Lo que lo llenó de espanto fué comprender que todo ello se hizo de acuerdo con un plan preconcebido, friamente meditado en los gabinetes antes de ser llevado a cabo en los campos de batalla.

Matanzas y exterminios ¡Dios Santo! muchos, muchísimos, innumerables, son los que la humanamente incomprensible misericordia del Se-

ñor y Su paciente justicia, explicables sin duda en los arcanos de Su eternidad, han visto y consentido a traves de los siglos. Durante milenios los hombres se han asesinado en luchas fratricidas cuya razón solo Él puede comprender así como solo Él sabe porqué causa, sobre el instintivo horror de matar, se levanta en el corazón del más justo el invencible sentimiento de hacer armas, en las grandes horas, al lado de aquellos en cuyo seno se ha vivido. Pero lo que en la presente guerra infunde miedo no es el intrínseco horror de la misma; no son los desmanes que una soldadesca ébria de triunfo o de pánico haya cometido en tal o cual momento y en uno u otro bando y de los cuales ninguno está indemne. Lo que llena de repulsión a las gentes, y quedará ante la historia como estigma que la caracteriza, es que en esta guerra tales desmanes se hayan hecho por sistema y hayan sido friamente, metódicamente, *científicamente* planeados por hombres superiores, de estudio e inteligencia, antes de ser puestos en práctica por soldados semiconscientes, brutales y desenfrenados.

Las opiniones y consejos de aquellos autores alemanes, estrategas y tratadistas de derecho público general o internacional, tantas veces leídos, citados y comentados desde que la guerra empezó, al probar la premeditación de los

hechos ahora consumados, no dejan ya lugar a dudas. Había en Europa, o a lo menos en una parte de ella, un estado de espíritu preexistente que hacía posibles tales horrores, que de antemano los justificaba y aprobaba. Había en el mundo, o a lo menos en una parte de él, una corriente de opinión, en oposición abierta con todas las ideas de justicia, de nobleza, de rectitud y de generosidad que un pasado cristiano y caballeresco había legado al género humano, Esa corríente, tácitamente admitida por la mayoría durante los últimos años, públicamente enseñada en las cátedras de filosofía y de derecho en las principales universídades de América y Europa, es la única causante de toda esa inexorabilidad sistemática, de todo ese egoísmo trascendental y máximo, ante el cual los hombres ahora retroceden,

Pero esos hombres, naturalmente, o a lo menos los que en lo más hondo de sus conciencias se sienten cómplices de las doctrinas cuyas consecuencias hoy repudian, no tienen suficiente lealtad para reconocerlo. Olvidan que ayer aún, y mañana probablemente, la economía utilitaria inglesa, el materialismo filosófico británico, el positivismo francés, tanto como el amoralismo de cierta escuela alemana que a todas esas doctrinas reune y dá vida, constituían el pan intelectual de las generaciones estudiosas. Olvidan

que, no inspirándose en ellas, sino dando precisamente orígen a esas doctrinas, el *hedonismo*, o séase la sed insaciable de placeres, el egoísmo hipertrofiado de nuestros días, venía siendo, desde hace algunos siglos, pero en los últimos tiempos con más extensión e intensidad que nunca, el pan moral, el pan del alma, de todos nosotros, o de casi cada uno de nosotros: de pobres y de ricos, de mujeres y hombres, de jóvenes y ancianos, de sabios e ignorantes, pues constituye la esencia misma de nuestra civilización.

El mundo no lo ha querido reconocer. Ha olvidado, en un momento de pánico, que todos los excesos que hoy reprueba no son sino la consecuencia lógica de esas frases e ideas corrientes con que se amamantaron, no solo los hombres que hoy quisieran imponerlas con implacable dureza a la humanidad entera, sino los que, con las armas en la mano, los combaten ahora en los campos de batalla. Quizás de buena fe, no recuerden siquiera esas frases de ayer, que eran ya lugares comunes, y en las cuales se nos hablaba, como de axiomas, de *concurrencia vital, de lucha por la vida*, de *bondad del egoísmo* y, por fin, con Nietzsche, de *instinto de grandeza* y de *moral para dominadores* y *moral para dominados*.

El mundo ya no tiene presente, olvidado de

sus pecados más recientes, que cuando varones como John Ruskin—para no hablar siquiera de aquellos que siguen integralmente las doctrinas cristianas en las cuales los pensadores como Ruskin se inspiran—bajaban llenos de fe a la lisa para atacar los fundamentos de la economía política (1) y recordar, en nombre de la Bondad, que los hombres no se mueven solo por interés, los recibía la befa de los sabios y, en medio del aplauso general, podían ser objeto de la risa despreciativa de un Herbert Spencer. El mundo ya no piensa en cómo fueron escuchados en los círculos científicos, en los centros docentes, positivistas pero escépticos, experimentales, pero pesimistas, los generosos pensamientos de un Tolstoi—no del Tolstoi presunto teólogo o reformador, sinó del Tolstoi moralista—y cómo, a la luz de esa ciencia que no crée en el Bien, no se hizo gracia a ninguno de los errores que contenía su doctrina en mérito de las grandes verdades que predicaba.

No. El mundo intelectual y pensante—que, ahondando en el estudio del orígen de las ideas, parece hace mucho haber perdido de vista el estudio de los sentimientos, y, reconociendo el dinamismo de las pasiones malas, menosprecia la fuerza de las buenas—no ha sabido reco-

---

(1) En *Unto this last.*

nocerse hoy demasiado culpable para que le sea lícito tirar la primera piedra contra la adúltera entre las naciones, contra esa Alemania que, abarraganándose a través de los siglos con todas las corrientes disolventes que han soplado por la historia, ha dado a luz, de todas ellas, los más perfectos hijos de perdición.

El mundo calumnia, pues, a los alemanes como si solo ellos tuviesen el monopolio de la brutalidad y del egoísmo —aun cuando sea innegable que ellos los hayan llevado, como hacen con todas las cosas, a la más absoluta perfección. No para mientes, en que esas dos características se hallan en todas las manifestaciones de la vida occidental moderna, desde las brutales y egoístas reivindicaciones del socialismo obrero, movido apenas por el material concepto económico de la historia y extraviadamente inspirado en un sentimiento de odio y venganza que solo sirve para cavar abismos entre las clases, hasta la hidrópica sed de placeres y de dominio de las llamadas clases directoras de todos los países, monstruosamente viciadas de vanidad y lujuria, de crueldad y de gula y, de hecho aún que ni siempre explícitamente, tan solo movidas por la negación sistemática de toda espiritualidad en el hombre y en la vida humana.

De igual manera, como si fuera tan solo Alemania la que quiere dominar al mundo, y no

tuviesen la misma ambición todas las naciones industriales que, abarrotadas de capitales y productos, quisieran imponer en una forma u otra su hegemonía a las demás naciones de la tierra, los pueblos, sorprendidos ante la fuerza y el cinismo de la acometida alemana ¡han tenido la ingenuidad de mostrarse extrañados ante ese cinismo y esa fuerza y los han denunciado como abominación, sin pensar que a sí mismos se condenaban!

Volveremos más tarde sobre la justicia de esos reproches, que una conducta injustificable hace sin duda explicables aunque no plausibles. Quedémonos ahora ante la sorpresa que el mundo ha asumido frente a la actitud de Alemania en la presente guerra. ¿Tiene alguna razón de ser esa sorpresa?

Hace casi un siglo que, en un momento de videncia extraordinaria, Enrique Heine, al concluir el primer tomo de su obra *De l'Allemagne*, previó todo lo que ahora está pasando. Lo hizo al escribir las siguientes palabras que son el resúmen y la esencia de todo cuanto, en ese tomo, nos había dicho del pensamiento alemán desde Lutero hasta sus días:

«Estas doctrinas han desarrollado fuerzas que no esperan sino el momento de estallar y llenar el mundo de terror y admiración. Entonces aparecerán kantianos que no querrán oír hablar de

piedad ni en el mundo de los hechos ni en el mundo de las ideas y removerán sin misericordia, con el hacha y la cuchilla, el suelo de nuestra vida europea, para extirpar de ella las últimas raíces del pasado. Llegarán al mismo lugar fichtianos armados, cuyo fanatismo de la voluntad no podrá ser reprimido por el temor ni por el interés, pues viven espiritualmente y desprecian la materia. . . Pero los más terribles de todos serán los filósofos de la naturaleza que intervendrán para la acción en una revolución alemana y se identificarán ellos mismos con la obra de destrucción; pues si la mano del kantiano destruye impávido porque su corazón no se conmueve con ningún respeto tradicional; si el fichtiano desprecia audazmente todos los peligros, pues para él no existe la realidad; el filósofo de la naturaleza será terrible al ponerse en comunicación con las fuerzas terrestres y con los poderes de la tradición; el evocar todo el panteismo germánico y al despertar en él el ardor de la lucha de los antiguos alemanes; al combatir, no para destruir, ni siquiera para vencer, sino únicamente para combatir. El cristianismo ha dulcificado, hasta cierto punto, el brutal ardor bélico de los germanos, pero no ha podido destruirlo, y cuando la Cruz, ese talismán que lo encadena, se quiebre, entonces se desbordará de nuevo la furia de los antiguos combatientes, la exaltación

frenética de los «bersekers», a quienes cantan aún hoy los poetas del norte. Entonces, cuando ese día llegue, se levantarán de sus tumbas las antiguas divinidades guerreras y se sacudirán de los ojos el polvo secular. Thor se alzará con su martillo gigantesco y demolerá las catedrales góticas...»

Esta profética visión del porveuir, leída hoy, en 1916, cuando la mayor parte de las iglesias góticas de Bélgica y del norte de Francia han sido, en efecto, destruídas por los gigantescos martillos, no de Thor, sino de Krupp, adquiere relieve de cosa consumada. Pero, por si le faltara aún claridad, el mismo Heine que no se daba, que no podía darse cuenta de cuanta verdad encerraban sus vaticinios, prosigue así los fatídicos augurios.

«No os riaís de estos consejos, aún que procedan de un soñador que os invita a que desconfieís de los kantianos, de los fichteanos, de los filósofos de la naturaleza. No os burleís del fantástico poeta que espera en el mundo de los hechos la misma revolución que se ha realizado en el mundo del espíritu. *El pensamiento precede a la acción como el relámpago al trueno.* El trueno en Alemania es verdaderamente alemán también; viene rodando con mucha lentitud, pero cuando oigamos *un estampido como jamás se ha escuchado en la historia del mundo*, es el

trueno alemán que ha estallado al fin. Ante este ruido, las águilas caerán muertas, y los leones, en los desiertos más apartados de África, bajarán la cola y se meterán en sus antros reales. En Alemania se estrenará un drama, al lado del cual no será más que un idilio inocente el de la revolución francesa... Habrá sonado la hora; los pueblos se agruparán, como sobre las gradas de un anfiteatro, en torno de Alemania, para ver grandes y terribles juegos.»

¿Por qué no fué tenido en cuenta, o, a lo menos, más meditado este formidable aviso que Heine daba al mundo?

¿Por qué no se espantó a tiempo ante los males que ahora lo estremecen y que entónces ya eran tan claramente señalados?

La respuesta es fácil. Cuando Heine escribía tales cosas y durante mucho tiempo aún, hasta ayer no más, el mundo occidental consideraba justamente la filosofía alemana como una de sus más preciadas joyas y una de sus glorias más legítimas. Sabía que en esa producción colosal del espíritu rumiante de los alemanes, *sui-generis* tan sólo aparentemente, toda Europa tenía participación. Sabía que la Italia y la Francia, y aún quizás, la misma España del Renacimiento, la habían provocado con sus lucubraciones [1]

[1] Véase el tomo I de la *Histoire de la philosophie moderna*, de Arnald Höffding.

de la misma manera que los Savonarola y los Erasmo provocaron los Lutero y los Melanchton y la megalomanía francesa de los Luises suscitó la megalomanía prusiana de los Federicos y de los Guillermos. No ignoraba que Inglaterra y Holanda, a ella habían contribuído y que todos, al adoptarla, al adoptar el kantismo y el hegelianismo en la enseñanza oficial, la hacían suya y la prohijaban como propia. No podían, pues, los sabios del occidente repudiar lo que legítimamente era su obra, obra a la cual todos estaban y están unidos por los lazos de la más estrecha solidaridad.

Así fué que nadie lo pensó. Al contrario: creyendo, como lo creía el mismo Heine, que tales vaticinios se relacionaban solamente con una revolución interna en Alemania, y no con una revolución profunda — como la actual — en la marcha del mundo, el mismo mundo lo único que hizo fué frotarse con placer las manos, prometiéndose sorprendentes espectáculos.

Pero la esperada revolución no vino. Los disciplinados alemanes, antes que luchar contra sí mismos (como durante tantos siglos habían hecho), hallaron más práctico luchar contra los demás, contra quienes les hacían sombra. Menospreciando los juegos revolucionarios como entretenimiento para latinos o entreteniéndose ellos, a lo sumo, en fomentar revoluciones en

los países vecinos, en Rusia por ejemplo, mediante ideas nihilistas lanzadas por el vehículo de la filosofía en el cerebro de juventudes universitarias, casi siempre compuestas de judíos, prefirieron organizarse sólidamente para ese rudo *struggle for life,* individual o colectivo, que sus maestros los ingleses les habían enseñado a conocer y a afrontar.

En esa organización pusieron la perseverancia y la lógica que los caracteriza en todo. Los resultados son conocidos. Espantados ante la brutal grandeza de la apocalíptica bestia, abominan hoy de ella y apedrean la adúltera aquellos mismos que más veces la indujeron en pecado y más participaron del vaso de sus fornicaciones.

II

EL ANTICRISTO

«Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís: si otro viniere en su propio nombre, a aquél lo recibiréis.»

San Juan, cap. V, vers. 43.

Pero cuando Heine escribió los conceptos que dejamos citados, la filosofía alemana, cuyas consecuencias prácticas él vislumbrara, no había terminado aún el ciclo de su evolución. Es esta la única excusa que pueden haber tenido sus contemporáneos para no comprender cuánta verdad sus palabras encerraban y es lo único que no podemos invocar nosotros, los que hemos presenciado el advenimiento del Anticristo.

El primer tomo de *L'Allemagne* no abarca, en efecto, más allá de Fichte y Hegel, no prevé la radiación singular de Schopenhauer, y después de éste, precisamente, y como consecuencia de éste, había de venir aquél a quien estaba reservado deducir sin temor las últimas consecuencias de esa corriente de ideas que tan

preñada de torvas amenazas se presentaba ya a los ojos del sarcástico judío qne intentaba poner la pesada lucubración alemana al alcance de la frivolidad francesa.

Con Federico Nietzsche obtiene su culminación ese hedonismo anticristiano que se había iniciado desde los primeros albores del Renacimiento bajo la mirada benévola de Papas epicúreos y escépticos. Desde entónces, solo una ceguera mental absoluta de nuestros espíritus, encenegados en la concupiscencia de la carne, puede explicar cómo el mundo occidental no se dió cuenta cabal de lo que valían esas ideas y esas orientaciones generales del pensamiento europeo, de las cuales la filosofía alemana, casi toda, no es sinó una manifestación unilateral.

Como expresión acabada de los sentimientos anticristianos que informan la vida occidental moderna, Nietzsche es único.

Nadie, sin locura, puede pensar siquiera en disputarle la prelacía a ese hombre de genio, en cuya obra desordenada hallaron cumplida síntesis todas las corrientes de la filosofía de nuestra edad. Dinamizadas, vitalizadas por el fuego que les presta el temperamento frenético de quien las expone, todas se encuentran en Nietzsche reducidas a los principios más radicales y a las reglas más contundentes de una ética práctica montada como un ariete para demoler la Cruz.

Apostol de Dionisos, insuperado y casi insuperable, Federico Nietzsche. repetimos, es el coronamiento de la reacción anticristiana que los humanistas prepararon. Ninguno como él proclamó con tanto énfasis su odio a Cristo y ninguno pretendió con tanta vehemencia reorganizar la vida humana sobre bases tan fundamentalmente opuestas a aquellas que, inspiradas en las doctrinas evangélicas, venían siendo la norma directriz, más o menos intensa, de nuestra civilización. No hubo en él jactancia cuando a sí mismo se llamó el Anticristo, ni hay exageración en ratificarle el título que se otorgó.

Otros antes de él habian atacado las bases fundamentales del cristianismo y preparado, desde larga fecha, el advenimiento del último demoledor. A él, empero, tocó la misión de herir el golpe final, arribando, por una sucesión incontrovertible de deducciones lógicas, a los conceptos más absolutos como orientación anticristiana para la vida de los individuos y de las sociedades.

Entregada por el protestantismo a la anarquía de la libre investigación individual, la Biblia había sido ya desmenuzada por la crítica erudita y satirizada por la risa volteriana, antes que el autor de Zaratustra parafraseara irónicamente sus salmos. Desde el pecado original hasta la autenticidad de los autores del Pentateuco y

de los cuatro Evangelios todo había sido analizado. La figura misma del Salvador no resultó respetada: su divinidad fué negada por Renan y algunos otros que lo precedieron, su existencia fué discutida por Strauss y muchos más que lo continuaron.

Fuera del terreno de la investigación histórica, en el campo de la teología heterodoxa y de la especulación agnóstica, los dogmas que la Iglesia había recogido y proclamado desde el siglo IV, analizados en conjunto y en detalle por el libre examen, fueron hallados absurdos. Discutido artículo por artículo, entre las sectas protestantes y racionalistas, el símbolo de Nicea quedó destruído y, desde la resurrección de los muertos y la vida eterna hasta la creencia en un Dios, Trino y Uno, todo zozobró. De Espinosa a Kant, el mismo deismo es puesto a prueba y, desechado el argumento físico-teológico, el cosmológico y el ontológico de la existencia de un Creador, únicos admisibles para la razón pura, el mundo—según una frase de Heine repetida después por Nietzsche—debió vestir luto por su Hacedor.

Por fin, la misma bondad del cristianismo, su valor moral y civilizador, considerada la religión cristiana apenas como sistema ético y como concepto sociológico, resultaron negados. Una escuela histórica, ayudada por una legión

literaria, juzgó la «secta de los nazarenos» y su obra como un retroceso en la evolución del género humano. Comparando el cristianismo con el paganismo, halló a éste más bello, más varonil, superior en una palabra. Poniendo al cristianismo en parangón con el islamismo—al considerar, por ejemplo, el choque de las dos religiones en España o en el seno del imperio turco actual—consideró al Islam más humano, hasta más limpio, entonándole en consecuencia tantas alabanzas como vituperios enderezaba a su rival.

El camino estaba, pues, bien preparado. Esas ideas, que se habían hecho carne en muchos, muchísimos espíritus y que respondían, además, a un estado de ánimo cuyos orígenes más profundos hemos de estudiar en el presente ensayo, solo necesitaban de una figura que las unificara y las encarnara. El Anticristo podía aparecer y en efecto apareció. Sus obras son las que se están palpando en estos momentos.

Después del huracán que había aventado del mundo intelectual todo espiritualismo cristiano, solo quedaba de pié un concepto moribundo del bien y del mal que los positivistas trataban de salvar de la catástrofe, llamándoles egoismo y altruismo e intentando forjar sobre esos dos términos una moral sin sanción ni obligación. Nietzsche se encargó de ahorrarles la tarea. Su

palabra demoledora cayó en medio de los Comte, Stuart Mill, Spencer y Guyau, que de tales problemas se ocupaban, y les hizo ver la inutilidad de sus esfuerzos.

La moral fué su víctima. Y no ya la moral cristiana, hace mucho condenada—desde que se prescribían las bases metafísicas sobre las cuales se funda—sino meramente la moral natural, la moral que se diría instintiva, de la cual la ética cristiana no es sinó un compendio espiritualizado hasta más allá de las fuerzas humanas, vale decir: de las fuerzas del hombre entregado a sus propios recursos.

Después de investigar no los orígenes, como él se creía, sinó el proceso de las ideas éticas en el espíritu humano, considerado histórica y colectivamente, Nietzsche pensó, en efecto, que podía colocarse más allá de los conceptos del bien y del mal. Quizo agravar la teoría de la selección natural, expuesta por Darwin en el campo de la biología, llevándola al dominio de la ética. Proclamó, como productos sociológicos de la adaptación paulatina del hombre a la vida colectiva, la existencia de una moral para esclavos y de una moral para señores. No hizo consistir esta, como hicieron todas las verdaderas aristocracias que en el mundo han sido, en mayores deberes sinó en mayores derechos. En realidad, en todos los derechos, pues,

como también se dijo más tarde en su patria y fuera de ella, la Fuerza es el Dcrecho y no existe ni puede existir más derecho que el de la fuerza. [1] Por último, aconsejando a los débiles, y tan solo a ellos, la moderación y la resignación, aceptando la conveniencia de ciertas religiones (como el cristianismo o el budismo), con el objeto de predicar a los esclavos esa actitud, terminó preconizando a los fuertes, o a los que así se juzgan, la audacia, la violencia, el egoismo, la dureza sin conmiseración ni piedad.

Lo que después ha sucedido en Bélgica durante la presente guerra y lo que hace mucho venía sucediendo en la lucha de clases, en las relaciones del patrón con el asalariado, en la explotación sin entrañas de éste por aquél en las grandes empresas industriales y comerciales de nuestros días, no es sinó la consecuencia de aquello. Mejor dicho: no es sinó su razón de ser, su causa eficiente; pues Nietzsche, mero receptor y transmisor de las corrientes morales de su época y principalmente de su país, en la evolución prusianisante que Alemania sufre desde 1870, no hizo sinó dar forma filosófica a los sentimientos y a las ideas de nuestra civilización «burguesa»—para em-

---

(1) Ihering—*Der Kampf ums Recht.*

plear un término expresivo que es caro a los humildes. Su libro «Así hablaba Zaratustra», hubiera podido con más razón llamarse «Así habla Krupp» o, con más justicia, «Así habló John Bull», tomando a la Gran Bretaña como el prototipo y la propagadora, que es, de esta civilización utilitaria, brutal, que después de despoblar las campañas, industrializar las ciudades, amontonar las criaturas humanas por millones en antros infectos, explotar sistemáticamente el sudor del pobre para fomentar el sibaritismo de los ricos, dilucida a cañonazos las supremas rivalidades, aquellas que ya no pueden contenerse dentro de los «pacíficos» límites de esa concurrencia comercial «honesta» que tiene por base principal fomentar los vicios entre las poblaciones infantiles del África y Asia y desarrollar la afición al oropel, a un lujo de mal gusto y de relumbrón entre las clases obreras de las naciones civilizadas.

Cuando Nietzsche hubo hablado, las nueve bienaventuranzas del Sermón de la Montaña habían encontrado su réplica y su antítesis. Cuatro siglos de campaña anticristiana, que empezó, en las costumbres, por un paulatino alejamiento del espíritu de pobreza y de penitencia y concluyó en el sensualismo desenfrenado de que eran teatro las grandes capitales del mundo, habían dado su fruto y concluído

su tarea. El mal que, aún cuando más o menos parcialmente practicado por los hombres, no había vuelto, desde los tiempos de la decadencia del paganismo, a atreverse a querer pasar por Bien, ya tenía su apóstol y su vocero. La distinción entre Bien y Mal desaparecía, lo que equivalía al triunfo absoluto del segundo. Las más bestiales pasiones ya podían endiosarse y plasmarse en ídolos que no necesitaron llamarse Pluto, Marte o Afrodita porque se presentaban bajo sus verdaderos nombres y eran honradas. El filósofo de Silz María, volviendo al concepto bárbaro del hombre de la selva, había enseñado la admiración por el sér sin escrúpulos, brutal y atropellador que dice «me gusta esta mujer, me quedo con ella», o me gusta el bien ajeno, me quedo con él, y si la vida ajena es un estorbo la elimino, pues por algo se vituperaba al Viejo Libro que ordena a los hombres «No matarás». [1]

Ante esta obra de destrucción, ¿estarían satisfechos aquellos que tanto habían contribuído para tal resultado? ¿Se sentirían enorgullecidos los que tenían derecho a proclamarse colaboradores de aquella obra?

La justicia manda reconocer que no. Ante

---

[1] Véanse las obras de Nietzsche: *Par dela le Bien et le Mal* y *La Volonté de Puissance* (traducciones francesas de Henri Albert).

las consecuencias extremas de sus propios postulados y antes aún de ver esas consecuencias sistematizadas en un código de procedimientos para la actual guerra, la *élite* intelectual de nuestros días sintióse poseída de horror. Para no citar nombres menos conocidos de la generalidad, Maeterlinck fué uno de los principales voceros de este sentimiento.

Por lenta filtración, a la cual la literatura y el periodismo servían de vehículo, esas ideas iban, empero, haciéndose carne en muchos espíritus. Si sus conclusiones *amorales* no podían dejar de ser del gusto de los sensuales y satisfacer las conciencias de los hombres de presa, de las mujeres de placer, de los ladrones y de los adúlteros, la misma dureza, de apariencia ascética, del conjunto de su filosofía, hacíala atrayente aun para aquellos que, abominando de la anarquía moderna, quisieran sujetar el mundo a una disciplina semejante a la de las reducciones jesuíticas del Paraguay. Por una misteriosa afinidad, que no es en el fondo sinó un gusto común por la crueldad y el despotismo, muchos escritores, en Francia especialmente, valiéronse de ideas y conceptos nitzscheanos para defender la Iglesia Romana. Pero en conjunto, repetimos, integralmente, la obra de Nietzsche no fué confesada por la inteligencia moderna. Él era demasiado cínico

y ésta demasiado hiprócrita para que pudieran mostrarse unidos,

En vano muchos espíritus intrépidos, seducidos por la audacia de las afirmaciones nietzscheanas, trataron de hacerle coro en la filosofía y en la literatura. En vano buscaron construir la exégesis de sus doctrinas, de compendiarlas, de metodizar sus caóticas elucubraciones, [1] y aun de servirse de ellas como antídoto para los males sociales que su eco—o el eco de algo congénere—producía al llegar a las clases incultas de la sociedad, provocando un florecimiento de violencia y crímenes. [2] La inmensa mayoría, la gente mundana, retrocedió, a lo menos mentalmente, ante el abismo y, no sabiendo darle su verdadero nombre, no atreviéndose a reconocer que él era la exposición teórica incontrovertible de la moral práctica por casi todos seguida, le puso el nombre con que todas las mediocridades definen todo, lo bueno o lo malo, que choca su medianía: exageración.

Pero el exagerado iba haciendo su camino y la hora estaba próxima en que el mundo había de asistir a su apoteosis entre las humeantes ruinas de las ciudades devastadas.

---

[1] Jules Gaultier. *De Kant a Nietzsche.*

[6] Daniel Lesueur. *Le droit a la force* y *Nietzchéenne.*

III

LA RUTA DE LAS CONCUPISCENCIAS

«La pente vers soi est le commencement de tout desordre en guerre, en politique, en economie.»

PASCAL. — *Pensées sur la Religión.*

Sin embargo, no porque rechazara las extremadas consecuencias de Nietzsche, dejó el mundo occidental de seguir viviendo en la corriente de ideas que había dado origen a tales desmanes que, descristianizando paulatinamente las conciencias, los había hecho posibles.

Esa corriente, subconsciente para la mayoría de los que en ella viven, no puede ser más exactamente definida que con la palabra «hedonismo», vocablo que adrede hemos querido estampar casi desde las primeras líneas del presente estudio, por constituir él la clave de un estado de cosas que, después de perturbar progresivamente durante siglos el alma europea

en todas sus manifestaciones, culmina en la actual guerra, la más espantosa de las guerras que ha presenciado el género humano.

« Hedonismo » y civilización moderna son sinónimos. Ambas expresiones significan optimismo ciego e ilimitado; confianza absoluta del hombre en sus propias fuerzas, en la omnipotencia de su razón y, considerado el sér humano como único objeto de sí mismo (Comte sabía lo que se hacía al querer endiosar la humanidad y constituirla en objeto de su propio culto), sensualismo sistemático, busca desenfrenada del placer y horror invencible por el dolor: patrimonio milenario e inevitable, sin embargo, de todos los mortales.

«Mientras que para algunos, dice el profundo Novalis [1], la naturaleza es apenas una fiesta o un banquete, para otros se transforma en religión preceptiva y dá a la vida entera su dirección, su actitud y su significación. Ya en la infancia de los pueblos existían esas almas graves para las cuales la naturaleza es el rostro de una divinidad, mientras que otros corazones más frívolos solo se ocupan de sus fiestas. Para éstos el aire es un licor que embriaga; las estrellas son antorchas para sus bailes nocturnos; las plantas y

---

(1) Novalis (Frederic von Hardenberg), *Les disciples a Saïs*, traducción francesa de Maeterlinck.

los animales preciosos alimentos; la naturaleza no les parece un templo tranquilo y maravilloso sinó una alegre cocina y un alfolí bien repleto.»

La diferencia queda así retratada entre aquellos varones austeros que, a la zaga y bajo el paternal gobierno de los patriarcas bíblicos, guardaban sus rebaños en las llanuras de Arabia y Mesopotamia y esos festivos héroes de Homero, para quienes la lucha misma era un torneo, y el culto, o los funerales, motivo de alegres banquetes. La diferencia de dos civilizaciones opuestas: la actual y la cristiana, también.

Pero, si en los tiempos de la sencillez homérica, o en los medios rústicos en donde se desarrollaban las pastorales, mientras Dafnis y Clóe sacrificaban leche y miel en los altares de Pan, fué posible ese optimismo (que unge de gracia y dá infantil encanto al paganismo primitivo), tan pronto esa civilización se desarrolló, tan pronto aquellas sociedades se constituyeron en estados organizados y su vida se complicó, la base de su cultura fué hallada falsa.

Los grandes espíritus de Grecia y Roma tuvieron que sentir tan amargamente el pesimismo como pudo expresarlo, en crueles endechas, el autor del milenario libro de Job. Y entonces, la *civilización* más antigua, aquella que primero había descubierto la verdad, tuvo que

sobreponerse a la que se hallaba en contradicción consigo misma. El oriente venció al occidente. Israel, con su triste clarovidencia; conservando su tradición de un error original, humanamente irreparable; rico con la amarga sabiduría de Salomón, el desalentado, y con la de sus profetas de dolor y penitencia, coronados todos por Jesús, verbo de la divina misericordia y de la sobrehumana compasión, impuso la Cruz, como símbolo de su triunfo, a Grecia, la sabia, y a Roma la poderosa.

Precisamente, antes que del todo la dominara ese espíritu de denegación desenfrenada que hizo de él la materialización humana de aquel que, en el poema de Goethe, a sí mismo se define diciendo ser «él que todo lo niega», Nietzsche tuvo ocasión de estudiar, con una profundidad notable, ese pesimismo griego, plasmado en la tragedia, y de señalar el origen del moderno optimismo, fundado en el socrático «instinto de saber» y en la confianza ilimitada en el «valor de la ciencia» (1).

Al salir de su alegre infancia y al sentirse dominado por ese inevitable pesimismo, que era fuente de mística energía para los hebreos, de enervamiento para la India, y de aniquilamien-

(1) Netzsche—*El origen de la tragedia o helenismo y pesimismo.*

to, para los melancólicos etrurios, el griego refugióse en el arte, creó la tragedia y lanzó así, sobre la tristeza de la realidad, el velo de la ilusión, que le permitía seguir viviendo. Ese arte fué para él lo que la religión para Israel. Luego, en seguida, empero, surgió Sócrates—el hombre teórico, el hombre antihelénico por excelencia —y, en su afan de investigar la causa de todo, el τί ἐστί, introdujo en la vida humana un elemento nuevo: la ilusión de que el saber dá la felicidad, de que la virtud es fruto de la ciencia y el engaño de que «el espíritu de investigación»—esencialmente opuesto al «instinto vital», que se basa en la creencia de la realidad de las cosas, (1) y se nutre de inconsciencia y de esperanza—puede dar fuerzas para soportar la vida.

Para darse cuenta de la formidable revolución que Sócrates introdujo en el espíritu humano, la inteligencia occidental necesita concebir el estado psicológico de la civilización helénica presocrática; estado que le era común con el misterioso Egipto y el Asia grandiosa; estado que aún hoy perdura en la Persia y en la India; en el mundo oriental y en todas las cristiandades orientales; y esto, precisamente, es lo que hay de más difícil para europeos y americanos.

El oriente es un libro cabalístico, hermética-

(1) Schopenhauer. *Die Welt als Wille und Vorstellung.*

mente indescifrable para el espíritu occidental moderno, porque el occidente es fundamentalmente racionalista mientras el oriente es esencialmente místico, y el concepto del misticismo resulta casi inabordable para la razón occidental moderna, gracias precisamente, a la obra de Sócrates y de sus continuadores.

El misticismo ya no es hoy, como algunos se suponen, sinónimo de religión y mucho menos de devoción. Hay devociones y devotos que no son místicos, porque sus devociones supersticiosas no las inspira el amor sino el temor. Existen religiones—y en ese caso se encuentran todas las occidentales—que no son místicas, puesto que se basan en la unidad de creencias y no en la unidad de sentimientos.

El misticismo es un estado intelectual, religioso, no intermitente, sino total, general; es una actitud contemplativa del alma, integral, absoluta; es una fusión completa del individuo con el universo; son unos ojos permanentemente abiertos al perpetuo milagro que nos rodea en el mundo físico y en el mundo moral, milagro que la ceguera racionalista no vé; es una atención siempre atenta a las voces interiores que nos sugieren los misterios del más allá; es una actitud de obediencia admirativa, no de investigación analítica; es un estado en el cual domina la intuición a la razón, y que, por lo

tanto, difiere en absoluto del estado de espíritu de los miembros de esas iglesias, o congregaciones, que basan o buscan basar sus creencias sobre la razón y no sobre la intuición.

En este estado psicológico, decíamos, vivía el mundo occidental antiguo, y sigue viviendo el mundo oriental moderno. Politeista en el Egipto, en Grecia y en Roma o deista en Jerusalén, panteista en las orillas del Ganges y en todas aquellas vastas regiones por donde el hinduismo se propagó bajo la forma budista, el mundo era uniformemente místico antes que Sócrates naciera, porque el misticismo, en concepto general, como actitud intelectual, como estado moral, semejante al de una perfecta sensibilidad estética, no depende de esta o de aquella fórmula religiosa, sino que sobrepasa todas las fórmulas y todas las formas como una atmósfera que a todas las comprende.

Saturando, informando completamente la existencia de los individuos y de los pueblos que en él viven, tanto puede inspirar y provocar un descubrimiento científico, una creación artística, como un acto de santidad, porque los tres son frutos del entusiasmo, y éste es imposible sin una incandescente admiración y una vigorosa vida interior: condiciones que se hallan reunidas en el misticismo, estado que pudiéramos definir: perpetua contemplación y permanente amor.

Esencialmente el misticismo consiste no en una creencia—porque ésta tiene siempre por base una autoridad externa, humana y enseñante—sino en un firme *convencimiento* basado en una experiencia psicológica interna, cada día renovada y renovable, que conduce a muchos hombres, a pueblos enteros a sentirse ciudadanos del universo, meros vecinos de la tierra, y a orientar toda su conducta de acuerdo con ese convencimiento.

Puede, pues, existir un misticismo deista, politeista ó panteista—lo único que no puede existir es un misticismo ateo y por eso el occidente no conoce el misticismo, porque es ateismo puro, práctico aunque no confesado, cerrar las puertas del espíritu a la comunicación intuitiva con el más allá, y eso fué lo que hizo Sócrates, el creador del racionalismo, y después de él todos sus continuadores, hasta obtener que el occidente, sin más guía intelectual que la razón, olvidara hasta la existencia de otro guía.

Existen misticismos que ponen al hombre en contacto con fuerzas sobrenaturales o ultraterrenas, divergentes, opuestas y que se combaten entre sí, en una lucha anterior a los siglos, que excede a toda humana razón. Pero el misticismo, en esencia, es apenas eso, lo contrario de racionalismo: una comunicación *personal, directa*, con el más allá; una vida entera, especu-

lativa, moral y estéticamente basada en esa comunicación sensible; una vida religiosa, en fin, pero en la cual, sirviendo los sacerdotes, los ritos, los templos y las imágenes de meros intermediarios o de medios puramente secundarios para alcanzar ese objeto, cada fiel se halla en contacto con su dios.

Por esta razón, el misticismo de cada religión está en razón inversa de la importancia que en ella tiene el sacerdote como guía, como maestro.

Por eso vemos tanto en el paganismo como en Israel que el sacerdote no tiene allí más misión que la de ofrecer los sacrificios; en el islamismo, en donde el sacerdocio casi no existe, hay un hombre que recuerda apenas la hora del *azalá*, de la oración, asumiendo después, en el templo, las funciones de lector; y en las cristiandades orientales, tanto en las ortodoxas como en las nestorianas y jacobitas, el sacerdote es apenas un vehículo para los sacramentos, un instrumento para ofrecer el sacrificio incruento que ha substituído las hecatombes de la antigua Ley, y nada más. En ninguna de esas manifestaciones religiosas surge algo que se asemeje al concepto enseñante que se tiene del sacerdocio en el catolicismo romano y en el protestantismo. «Autoridad eclesiástica», «dirección doctrinal», son ideas que el místico oriente no comprende, porque de ellas no necesita, y cuando Juliano, *el*

apóstata, quiso apuntalar el politeísmo que se desmoronaba y hacer que en él los filósofos desempeñaran una función moral docente, esa fué la confesión paladina de que el paganismo estaba muerto, puesto que en él faltaba el sentido místico que Sócrates había destruído en el mundo helénico-romano.

El *misticismo*, como concepto filosófico, fué sistematizado por la escuela neo-platónica alejandrina, también llamada eclética, cuando los avances del socratismo-aristotélico hicieron necesaria la labor de Plotino, Porfirio, Jámblico, Isidoro de Gaza, y, dentro de la orientación cristiana, de Lactancio, San Clemente de Alejandría y, más tarde, de San Agustín. Pero, la característica del *misticismo* es de no necesitar raciocinar acerca de sí mismo. El *misticismo* se vive; no se razona. Fúndase sobre la *intuición*, que es como una reliquia de existencias pasadas, que es como una llama que el hombre trajo a la tierra desde el seno de Dios, y esa *intuición*, que dió lugar en Egipto a la creencia en la preexistencia de las almas, y que, a la inmensa mayoría de los hombres, impone la firme convicción en la inmortalidad de las mismas, basta a las criaturas no viciadas por el racionalismo, por la duda filosófica que Descartes erigió en sistema, para darles una base segura, en la vida, para la acción.

Por *intuición* el hombre *sabe*, aún cuando la

razón pueda después demostrarle que no sabe nada, y por *intuición* busca dentro de sí mismo, en su mundo interior, en contacto con el más allá, una explicación del universo y, ayudado después por el instinto, auxiliado o corrompido por sus buenos o malos sentimientos, por sus buenas o malas tendencias, que lo encaminan hacia la verdad o la mentira, halla esa explicación de un modo para él incontrovertible. En esa forma se amontonaron gigantescas las cosmogonías, y con ellas la moral, en el pensamiento hindú, helénico e israelita, hasta que Sócrates surgió y apagó las luces del cielo.

En un mundo de sabios—él lo decía—*solo él se confesaba ignorante,* porque sólo a él, en verdad, se le había ocurrido la loca pretensión de querer conocer racionalmente la causa de todas las cosas y de pensar que no hay conocimiento verdadero si no se posee esa explicación racional. Más todavía: la locura de pensar que no puede existir acción sin el conocimiento y de que, en el mundo moral, el sentimiento, el instinto, no bastan; que no es suficiente al hombre sentir en sí, por ejemplo, los divinos impulsos de la caridad, sinó que es preciso que sepa—para ser verdaderamente caritativo—porqué razón se produce en él ese hecho estupendo, que llenaba de pasmo a la misma rudeza de Mahoma, de que tendiendo todo en

la naturaleza hacia la crueldad y el egoismo, el hombre tenga en su alma esa centella divina, esa locura sobrenatural, racionalmente inexplicable, que lo induce a amar el sacrificio de sí mismo, a venerar el heroismo, a rendirse ante la generosidad.

Para emprender tan extraña obra como debía parecer a las gentes de su tiempo esa de preconizar al mundo que se guiara tan solo por la razón y desechara toda base de convencimiento que no fuera la racional, el mismo Sócrates necesitó de un impulso místico, creyéndose inspirado del oráculo de Delfos—¡tan cierto era que las gentes no podían comprender entonces otro móvil para sus acciones! Pero el germen racionalista de sus doctrinas pronto había de matar, como veremos en el curso de este trabajo, todo el misticismo que tuvieran sus discípulos, y así, a pesar de las fundadas diatribas de Aristofanes y de la cicuta con que los atenienses barrieron de la tierra al «enemigo de los dioses», una nueva forma de pensamiento, más todavia: una fuente de civilización, surgió en la tierra, abriéndose paso, en medio de una lucha de dos misticismos, entre el optimismo artístico de los helenos y el pesimismo metafísico de los orientales. Asi se plasmó un mundo, el mundo occidental moderno, en el cual los estudios de los positivistas so-

bre los orígenes de la moral, como tema de sociología o de psicología, y las conclusiones amorales de Nietzsche, representan la culminación de la obra del curioso Sócrates, el escudriñador de las causas, el maniático de la razón.

Así, gracias a Sócrates, se hallaron frente a frente tres culturas, mediante las cuales, según palabras del mismo Nietzsche: «unos son encadenados por el placer socrático del conocimiento y por la ilusión de poder, por este medio, curar la incurable herida de la existencia, otros envueltos por el velo seductor de la belleza del arte, y otros, aún, por la consolación metafísica de que bajo el torbellino de los fenómenos continúa manando indestructible la vida eterna»; y así también, por el triunfo de la primera cultura sobre las otras dos, la tierra se volvió una carcel para el hombre, una carcel sin razón de ser ni salida; pues los mortales, en otro tiempo libres para buscar en el más allá—por intuición—una explicación y una doctrina, tuvieron desde entonces que sujetarse a no ver sinó con un ojo: el de la razón, .y a declarar inexplicable todo lo que no es racional — experimental — materialmente comprensible.

La cultura trágica pereció a manos de Sócrates y la cultura socrática estuvo a punto de perecer a manos de Platón que, puesto por medio del Egipto en contacto con el oriente, en comunica

ción quizás—como indica Nietzsche—con los judíos helenizantes de Alejandría, levantó el pensamiento griego a la más alta espiritualidad y escribió, como alguien ha dicho, «el prefacio humano de los Evangelios divinos».

La cultura socrática salvóse, empero, con Aristóteles y recogida, a través de los árabes, a pesar del excelso misticismo de sus principales escuelas, por los escolásticos cristianos, de los cuales Isidoro de Sevilla puede considerarse uno de los precursores, fué cultivada—con inevitables e indiscutibles alteraciones, pero conservando integralmente su esencia racionalista —en el seno de la Iglesia Romana. Ella lo transmitió a las generaciones modernas que, a pesar de las veleidades platónicas de ciertos cenáculos florentinos, constituídos bajo el patrocinio de los Médicis, la hizo suya y se compenetró de ella hasta confundirse con ella en un solo sér.

El socratismo es, pues, la sangre que circula en las fibras más íntimas de la intelectualidad occidental. Palpita ya en Alberto Magno, el maestro de Tomás de Aquino, y trata de surgir a través de la vida intelectual del occidente, tan pronto ese occidente, saliendo del caos en que lo habia sumido la invasión de los bárbaros, empieza a cultivar la inteligencia que, gracias a los Santos Padres de la Iglesia Griega, de la

Alejandrina y de la Africana, el oriente había tenido la fortuna de no descuidar un solo momento.

Apoyado por los Papas, que, después que se había dado la separación de las iglesias, desconfiaban de la orientación platónica oriental y más todavía de los procedimientos intuitivos tan peculiares a la inteligencia asiática y tan característicos de los místicos, el socratismo-aristotélico servía para fundar una *ciencia oficial* del catolicismo romano. Era una ventaja que no podía ser menospreciada de un poder que, por todos los medios, desde la invención de las falsas Decretales, con tanto tezón combatidas por la Iglesia de Francia, hasta los sofismas del Conde De Maistre, pasando por las doctrinas de Belarmino a favor de la infalibilidad pontificia y contra el testimonio *constante* y *universal* de la Iglesia como regla de fe, tanto en lo temporal como en lo espiritual buscaba establecer una monarquía universal. Su pagano ejemplo no ha sido lo que menos ha contribuído a la materialización del mundo, materialización basada en el inicial error socrático de fundar la vida moral sobre la ciencia. [1]

---

[1] Sobre este gravísimo error de Sócrates, de imaginar que la virtud se aprende, que sólo el *sabio* puede ser virtuoso, error que tuvo después tanta influencia sobre el alma occidental y la tiene hoy todavia, puede consultarse con provecho el estudio de M. Franck publicado en el *Journal des Savants*, 1881, y la monografía sobre Sócrates, de Emile Boutroux, en los *Etudes d'histoire de la philosophie*, pág. 62 y siguientes.

Toda la obra de los escolásticos, no viene a ser, así, sino un esfuerzo constante por conciliar a la fuerza ese socratismo-aristotélico con el sentimiento y las creencias cristianas que aún dominaban el cuerpo social. De esa manera, también se buscaba establecer un sistema que permitiendo, aparentemente, apoyar la fe en la razón y dar a la fe el carácter de un convencimiento intelectual, entrañaba al mismo tiempo la necesidad imprescindible de maestros, de «sabios doctores de la Santa Madre Iglesia», o séase la constitución de una *iglesia docente* frente a la chusma, al pueblo, a la *iglesia dicente*. De esa manera, también, se hacía posible, poco a poco, el repudio de esa luz interior que, dentro de la fraternidad de la grey cristiana en unión con Dios, puede brillar en el seno del más ignorante, del más humilde, y cuyo grito individual habiendo provocado en otras épocas la reunión de concilios en que Papas de Roma salieron mal parados, pudiendo suscitar —aún después que la obra escolástica estuvo empezada—la voz de una Catalina de Siena imponiendo al pontífice romano, en nombre de los intereses colectivos, una conducta determinada, resultaba peligrosa para una autoridad que deseaba decirse infalible.

La historia de la herejía del Papa Liberio, así como el anatema pronunciado contra el Papa Honorio por el sexto concilio universal no es-

taban aún olvidados, como hoy desgraciadamente sè encuentran para la mayoría de los que se dicen católicos, y el Papa quería sacar a los fieles todo derecho de contralor sobre sus obispos.

Contra esta tendencia cientista, racionalista, de los escolásticos, protestaron aun por largos siglos, dentro del catolicismo romano, todos los grandes místicos, Bernardo de Claraval, Francisco de Asis, Antonio de Padua, Ruysbroeck, Hugo y Pablo de San Víctor, Juan Taulero, San Buenaventura, Gerson y todos los místicos españoles, hasta que, mediante la condenación de Madame Guyon y de Fenelon, el papado les dió el último golpe. Tres siglos después de Tomás de Aquino, todavía el extático doctor San Juan de la Cruz, haciendo resonar el éco de la palabra del doctor Seráfico y los conceptos del *Itenerarium, mentis in Deum*, enseñaba los verdaderos fundamentos de la vida religiosa, de la vida interior, de la vida supersencial, en esta forma: (1)

«Para que esta sedienta alma venga a hallar a su Esposo y unirse con Él por unión de amor en esta vida (según se puede)... bueno será le respondamos, mostrándole el lugar más cierto

(1) San Juan de la Cruz: *El cántico espiritual*, canción primera.

donde Él está escondido... Para lo cual es de notar que el Verbo, Hijo de Dios, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en lo íntimo ser del alma. Por lo tanto, el alma que lo ha de hallar, conviénele salir de todas las cosas, según su afición y voluntad, y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma, siéndole todas las cosas como si no fuesen, que por eso San Agustín, hablando en los *soliloquios* con Dios, decía: «No te hallaba, Señor, defuera, porque mal te buscaba fuera, que estabas dentro».

«. . . Ea, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado, para buscarle y unirte con Él. . . ¿qué más quieres, oh alma, y que más buscas fuera de tí, pues dentro de tí tienes tus riquezas, tus harturas y tu reino, que es tu Amado?... Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con Él, pues lo tienes tan cerca.»

Esta protesta, empero, que era como un recuerdo lejano de la enseñanza de la Iglesia durante los mil primeros años de su existencia, antes de que el occidente prevaleciera sobre el oriente, antes de que los Papas impusieran su yugo, no fué escuchada.

La orientación socrática, representada por los escolásticos, prevaleció sobre la orientación platónica subsistente en los místicos.

Ética interior

La lucha entre los sentimientos religiosos y las fuerzas que conspiran contra ellos vino a colocarse así en el terreno de un torneo entre el dogma y la razón y desde entonces el fácil triunfo de la segunda podía descontarse.

Toda la obra de filosofía moderna, desde Bacón de Verulán y Descartes, auxiliada por la acción demoledora, racionalista, del protestantismo, que, al reivindicar la libertad individual cristiana, se atuvo a la actividad mental sin conocer siquiera la verdadera libertad, la de la intuición interior, del iluminismo, no es sino una labor de depuración anticristiana para deshacer la obra de los escolásticos y volver el pensamiento filosófico occidental, dentro de las orientaciones que él parecía decidido a no abandonar, a la pristina pureza socrática.

La misma Iglesia Romana, inspirada por las concupiscencias de sus jefes, ambiciosos de constituirse en árbitros únicos de la fe y desconfiada de la bondad de Dios y de la fraternidad de sus miembros hasta el punto de creer que, sin una *autoridad* material, terrena, que la imponga, la *unidad* no es posible, dió armas contra sí misma.

Hoy, tanto ella como la Europa entera, sufren las consecuencias. Pero a Roma hay que achacar toda la culpa. Ella dió el primer paso. Lo hizo al olvidar que la fe, que *siente* los misterios de

Dios, no es meramente la *creencia,* o un convencimiento basado en el testimonio de autoridades humanas, como el que tenemos de la existencia de ciertos países adonde nunca hemos ido, sino *saber interior*, semejante al que poseemos de los fenómenos de la vida intelectual. Lo hizo, principalmente, al olvidar que, según la tradicional doctrina cristiana, la fe es un don de Dios, el producto de la unión del hombre con Dios, por el amor, pero que siendo esa unión siempre muy imperfecta individualmente—lo que hace, por lo tanto, a cada uno de nosotros, sea quien sea, un maestro muy precario de todos los demás en estas materias—sólo hay una manera de volverla perfecta, por la caridad, cuando *cada uno* junta su imperfección individual a la perfección colectiva de todos los cristianos unidos por el mutuo amor en Cristo, a la perfección de lo que propiamente se llama la Iglesia que, así considerada, puede tener directores, guías, pero nunca más jefes espirituales o temporales que Cristo mismo.

Con tales orientaciones racionalistas, el cristianismo occidental tuvo que perder y perdió, en efecto, paulatinamente, toda su fuerza: la vida interior, que no es precisamente la vida piadosa, sino la flor de ella: el misticismo. Los grandes místicos, esas antorchas humanas abrasadas por el amor divino, cuyas lucubraciones, como dice

Maeterlinck, son lo único que el género humano puede presentar, sin ruborizarse, a las inteligencias celestiales [1], fueron haciéndose cacada día más raros a medida que la vida religiosa se burocratizaba, se hacía puramente exterior. Alguna vez la misma autoridad eclesiástica, por medio de la Inquisición, los persiguió e hizo enmudecer. Por fin, lo que la Iglesia Romana nos presenta hoy como místicos, una María de Agreda, una Margarita Alacoque, no son ya aquellas almas excelsas que nos revelan los misterios de la psicología divina, del camino de perfección, son visionarias histéricas que hablan de lo que no saben, o dicen lo que se les hace decir.

Como ese socratismo, que así vino a dominar el occidente, se concilia bien con el sensualismo que caracteriza a la civilización europea desde el Renacimiento, creemos haberlo ya indicado. No sólo se concilia: entraña precisamente ese sensualismo, ese *hedonismo*, pues el socratismo, como lo hizo notar Nietzsche, es apenas eso: confianza ilimitada en la razón del hombre, en sus propias fuerzas mentales para comprender el universo, y optimismo ilimitado en el valor de la ciencia para dar la felicidad al hombre, que resulta así el único objeto de su actividad, tra-

---

(1) Maeterlinck—*Le trésor des humbles*, cap. VIII.

bajando por sí mismo y para sí mismo dentro de un mundo sin mayores límites que aquellos que la pobre razón humana, sin la imaginación, le puede experimentalmente señalar.

En toda esta corriente de ideas del mundo occidental no hay sino un breve paréntesis representado por una de las páginas de la «filosofía del conocimiento»: la página que escribió Schopenhauer.

Remontándose hasta Platón, que nos había enseñado que nuestros sentidos no nos dan sino nociones contingentes y que es tan sólo a través de la *Idea* que comprendemos los fenómenos y los constituímos en objeto del conocimiento (puesto que no existe verdadero conocimiento sino en la síntesis, en la generalización), la filosofía crítica alemana, que tiene sus orígenes en John Locke y en la filosofía inglesa de la experiencia, había preparado la obra del maestro de Nietzsche trabajando en la árdua tarea de investigar cómo se forman en nosotros las ideas, a través de los conceptos de tiempo y de espacio y del principio de causalidad.

Después que Kant, continuando las investigaciones de Locke, (propagado, aunque refutado por Leibnitz), hubo hecho esta tarea preliminar, viene Schopenhauer y llega a la conclusión de que el universo, reflejándose en el Yo, mediante aquellos conceptos o prismas, y sién-

donos comprensible tan solo mediante aquel principio puramente humano, tiene necesariamente que ser concibido por nosotros diferentemente de lo que es en sí mismo. En otras palabras: llega a la conclusión de que nuestra razón limitada no puede comprender al universo, o de que solo puede comprenderlo humanamente, lo que equivale a lo mismo, y de que, teniendo la existencia por base ineludible la ilusión de nuestros sentidos y la ignorancia de lo absoluto, a que nuestra inteligencia limitada nos condena, *existe una antinomia esencial entre existencia y conocimiento*, o séase precisamente lo contrario de lo que afirmaba el optimismo socrático al proponer a la existencia, como objeto supremo, *conocer la causa de todo* y regular, mediante tal conocimiento, toda nuestra actividad.

Que conclusiones pesimistas sacó Schopenhauer de esta constatación, es harto conocido. Alejado del cristianismo, que explica mediante una revelación divina (cuya verdad todo hombre en estado de gracia puede *sentir)* hechos que la mera razón humana no puede comprender, esas conclusiones son las mismas a que intuitivamente — como corresponde a la inteligencia humana en su explendor natural — había arribado la fisolofía hindú, que tiene en Buda su perfecta representación. Schopenhauer preco-

niza el ascetismo quietista, la renuncia a la voluntad, como ya el Sakya Muni Gotama y la filosofía sankya lo habían hecho [1] y tales conclusiones no constituyen, en el mundo de las ideas, uno de los síntomas menos importantes que deben mencionarse de la inminencia de una reacción mística en el espíritu europeo.

Estas conclusiones, empero, perfectamente justificables por el estado de dolor en que la feroz concurrencia individual, reflejándose en la concurrencia — más feroz todavía — entre las naciones, había lanzado a la inmensa mayoría, y quizás a los elementos más nobles, más sensibles de la sociedad europea, no podían, sin embargo, ser aceptadas por la frenética ansia de gozo, de poder y de grandeza que caracteriza, individual y colectivamente, al espíritu occidental de nuestros días.

Entonces vino Nietzsche, continuador, bajo tantos conceptos, de la obra de Schopenhauer, pero ante todo fruto de su medio y de su época, producto genuino del ensoberbecimiento alemán después de las victorias de 1870, y constituyóse en campeón de la vida, contra ese conocimiento puro que, como había probado su maes-

(1) H. Oldenberg, *Le Boudha, sa vie, sa doctrine, sa communauté* (traducción francesa de A. Foucher).

tro, la aniquila haciéndonos ver la ilusión sobre la cual la existencia se funda.

Y como Nietzsche es un verdadero representante de ese temperamento germánico, del cual Heine nos dijo que el cristianismo ha podido en parte dulcificar pero cuya rudeza nunca pudo destruir, Nietzsche asume el apostolado de una reacción anticristiana, denuncia a sus compatriotas la acción evangélica de aquellos misioneros que, en la Edad Media, se dedicaban a «cazar y domar la bestia rubia» y, siguiendo un camino en que lo había precedido un poco el británico Carlyle, deleitase en evocar la vieja y sanguinaria belicosidad nórdica, prometiéndose maravillas si escandinavos y germanos no hubieran aceptado el yugo de la Cruz o algún día lo sacudieran.

IV

LA REACCION MÍSTICA

> «Bueno es que de vez en cuando suframos algunos pesares y contratiempos; porque suelen hacer entrar en sí al hombre; le dan a conocer que está desterrado y que no ha de poner su esperanza en cosa alguna de este mundo».
>
> Imitación de Cristo, libro 3, cap. XII.

El mundo leyó aquellas terribles palabras y siguió en su danza. Creyó al viejo paganismo germánico bien sepultado y sujeto por la cruz que San Olavo plantó sobre su tumba, en Escandinavia, y no admitió que Thor y Wotam pudiesen resucitar, aún cuando los evocara Carlyle, Nietzsche celebrara sus bondades, y sus recuerdos fueran rememorados estrepitosamente al compás de la música de Wagner.

Para que saliese de su error fué necesario que se diese la actual guerra. Fué necesario que casi toda Europa, no pudiendo contener los ímpetus de sus hijos, sobrepoblada y trabajada

interiormente por oscuros anhelos de carnal felicidad, tuviese que lanzarse a una guerra espantosa para aplastar cada uno a sus vecinos, (atacándolos como enemigos o sirviéndose de ellos como aliados), a fin de que sus propios hijos se conquistasen *un puesto al sol* (1).

En la mayor parte de los casos era este el único medio que quedaba de evitar que en las naciones más poderosas, precisamente, estallase pronto la revolución social, más temible que el actual cataclismo, o de que siguiesen en rápido avance las exigencias de la política obrera que amenaza transformar a los Estados en una tiranía organizada industrialmente, como ya lo iba siendo el imperio alemán.

La razón de uno y otro peligro era la misma: la confianza ilimitada que hace siglos se venía inculcando en la omnipotencia del esfuerzo humano; la creencia, que ya dominaba hasta en los más rudos analfabetos, de que la misión del hombre sobre la tierra consiste en el goce individual. Es decir: no era que los dioses paganos fueran a resucitar. Habían resucitado ya, hace más de cuatro siglos, bajo la bendición papal de de los Borgias y de los Médicis. En su

---

(1) Véanse en *La Politique allemande* del Príncipe de Bulow las declaraciones de este diplomático sobre las razones de la política mundial y naval de Alemania.

marcha triunfante, hacia el norte, después de haber descansado alegremente en Versailles y de haber suscitado en el corazón del pueblo francés dionisiacos delirios, en medio de los cuales ofreció a los númenes las cabezas de sus reyes, lo único que habían hecho esos númenes había sido recoger satélites para su cortejo. ¡Evohé! ¡Evohé! Los dioses del norte, cuyos martillos gigantescos tantos estragos hacen ahora en Flandes y en la Champagne, no eran sinó los últimos inmortales que se incorporaban al báquico cortejo. Su compañía puede ser quizás demasiado ruidosa y su contacto posiblemente un poco brutal, pero ¿qué hacer? —¡Evohé! ¡Evohé!—no hubiera sido lógico ni cortés rehusarles un lugar en el banquete para gustar el néctar y la ambrosía de las fiestas de la carne.

Y, sin embargo, el mismo dionisiaco Nietzsche había denunciado este inevitable resultado de esa cultura socrática que, citando el ejemplo histórico contra el cual reaccionaron los neoplatónicos, él llama *alejandrina*. «Ahora no hay que asustarse, había dicho, si los frutos del optimismo maduran, si una sociedad impregnada hasta las capas más profundas de una cultura semejante, tiembla paulatinamente bajo voluptuosos deseos y agitaciones, cuando la fe en la posibilidad de una tal cultura de saber univer-

sal, se cambia paulatinamente en la amenazadora exigencia de una semejante felicidad terrenal alejandrina, en el conjuro de un *Deux ex-machina* de Eurípides. Hay que tenerlo presente: la cultura alejandrina necesita una clase de esclavos para poder tener una existencia duradera; pero niega, en su concepto optimista de la existencia, la necesidad de una clase semejante y, por lo tanto, cuando se ha gastado el efecto de sus palabras de seducción y de tranquilidad, de la *dignidad del hombre* y de la *dignidad del trabajo*, se aproxima, poco a poco a una desaparición terrible. No hay nada más espantoso que una clase bárbara de esclavos que ha aprendido a considerar su existencia como una injusticia y se propone tomar venganza, no sólo para sí, sinó para todas las generaciones (1)».

Pero el mundo que no estaba preparado para comprender la involuntaria profesía que el Pensamiento Increado puso en la pluma de Heine, no pudo comprender tampoco los sabios consejos de aquel que, viendo el mal, quiso remediarlo mediante la resurrección de la cultura trágica, de la cultura inexorable de los espartanos, en la cual los débiles tienen que ser aplastados y los humildes esclavizados sin piedad.

(1) *El origen de la tragedia*—cap. XVIII.

Para que un hombre, o una sociedad, se corrija de sus defectos es necesario, en primer lugar, que los reconozca; es menester, en seguida, que sepa en dónde se encuentra el remedio; y ambas condiciones faltaban en absoluto a la sociedad europea y a la americana hasta el momento de estallar la presente guerra. Respecto a la segunda, a la sudamericana principalmente, mucho nos tememos que pase largo tiempo aún antes que llegue siquiera a comprender qué clase de problemas se abordan en este libro.

Sin un ideal metafísico que inspirase su actividad; negando—con Comte—la necesidad de dicho ideal; circunscribiendo la actividad humana a la existencia terrena y orientando ésta desde Bentham, por el criterio de lo útil; el mundo occidental empezaba desde luego por no comprender la falsa situación en que se hallaba. Después, aún cuando la comprendiera, aún cuando el grito espantoso del dolor de los miserables, el estruendo formidable de la protesta obrera, lo hiciera pensar en que no es todo armonía en esta civilización socrática de imperturbable optimismo, de fe ciega en el esfuerzo humano y de esperanza ilimitada en las maravillas de un progreso sin término pero siempre circunscripto al campo de acción terrena, le faltaba, por completo, un concepto de la manera de remediar sus males.

En este universo dinámico cuyo secreto Darwin creyó descubrir, suponiendo que en él todo se reduce a lucha, lo único que los pensadores materialistas y materializados podían concebir de mejor era un combate triunfal de las mayorías desposeídas contra las minorías poseyentes, o una victoria aplastante de las minorías directoras sobre las masas incultas, ignaras. En cualquier caso la lucha siempre, siempre la lucha, pues, para las inteligencias divorciadas de todo misticismo y, por lo mismo, detenidas en la primera capa de las apariencias, de diabólicas y crueles apariencias, el primer motor del universo es la Fuerza. ¡Pobre ciegos, pobres almas muertas, que no han podido llegar a comprender que ese motor, que esa fuerza suprema, justificación final de toda lucha y síntesis de todo proceso de evolución, es ley de armonía, es ley de Amor!

No podía ser de otra manera. Esos espíritus que pretenden basar su ciencia sobre la observación pero a quienes esa misma observación, inauxiliada por un concepto de analogía, no ha sido bastante para hacerles comprender que, así como recibimos del sol una luz material que nos es exterior, luz que a nuestro turno reflejamos sobre los demás planetas, de igual manera existe una luz moral que nos viene del infinito y que nosotros, por nuestras acciones encaminadas hacia el Bien, sobre el infinito reflejamos, mal

podían tener una intuición de esa ley de Amor cuando sus ojos contemplan sólo lucha, sus egoísmos fomentan esa misma lucha, y fuera de la tierra no conciben nada.

No podía ser de otro modo. Esos espíritus que se dicen experimentalistas pero a quienes la observación ciega de los fenómenos físicos no fué suficiente para hacerles concebir que así como, materialmente, nada se crea y nada se pierde, todo se transforma y todo evoluciona en un *devenir* infinito, de igual forma, moralmente, es imposible que todas nuestras fuerzas psíquicas, orientadas hacia el bien o hacia el mal, no tengan una ulterioridad respecto a nuestras cortas existencias individuales, mal podían concebir un reinado de Justicia, cuando—evidentemente —la Justicia, así como la Verdad, no son de este mundo, y en esta nuestra existencia de tránsito, que nos es sino una mera etapa en un eterno *devenir* espiritual, el triunfo de la Justicia no se ve por ninguna parte.

Así se concibe de la misma forma, que, una vez negada la verdad obtenida intituitivamente, se llegara a la conclusión, indiscutiblemente exacta, de que para la razón no hay más verdades que las leyes formales de nuestro espíritu: los conceptos de causa, de tiempo y de espacio, la verdad lógica, la verdad matemática

y la verdad geométrica ([1]), o séanse pequeñas verdades parciales que, eslabonadas, no serán nunca La Verdad, también se llegára a la negación de la existencia del Bien, como término absoluto, admitiendo a lo sumo la existencia de precarios bienes que serían otras tantas formas de lo útil, de la misma manera que, por aberración moral, por degeneración del alma de los que se dicen artistas, la Belleza se vé cada día más repudiada de las producciones estéticas y negada, por fin, como ideal siquiera—sacrificada en holocausto a la positiva, a la material realidad, groseramente interpretada.

Sin Verdad para orientarnos, si un Bien al cual servir, sin una Belleza para confortarnos, ¿qué podía hacer el mundo sinó seguir en la lucha, conformándose al mandamiento nietzscheano de ser duro, divinisando el Mal después de negar su existencia; o, en el peor de los casos, resignándose a la necesidad mundana de ser escéptico, egoista o indiferente como Poncio Pilatos?

Sin admitir, tan solo porque es experimentalmente indemostrable, toda causa y toda proyección ultra-terrena de nuestros actos, el mundo occidental, perdida hasta la noción del misti-

---

([1]) Jules Gaultier—*De Kant a Nietzsche*, págs. 115 y siguientes.

cismo, considerando a éste como un estado intelectual inconcebible, difícilmente podía comprender cuánto error hay en ese concepto del mundo y de la vida humana que disgrega la tierra del universo y, encerrándonos como en la campana de una máquina neumática, condena todas nuestras pasiones a entrechocarse aquí por los siglos de los siglos, en un torbellino de moléculas, que son los hombres, las clases, los pueblos y las naciones, que suben y bajan, se enredan y se separan en una perpetua lucha, sin una válvula de escape para el más allá. Mientras ese error no fuera conocido no habría esperanza de salvación.

Ahora bien: esa salida hacia el ideal, esa ventana por la cual entraría el aire renovado de los espacios, vivificante e inspirador de las únicas actitudes heroicas que, en este entrevero de egoismos, podrían hacer cesar la lucha, imponiendo al hombre, como norma de paz, un gesto de desprendimiento, de generosidad, de renuncia, que, los ojos puestos en el cielo, bastaría que fueran adoptadas por algunos integralmente para que su ejemplo moderara al mundo, solo una religión como la cristiana la podía abrir.

Aún cuando, por una de esas maravillas tan frecuentes en los procedimientos de la intuición, siglos antes de la venida de Cristo, la filosofía

hindú arribara, tras un largo proceso de deducción que duró cientos de años, a esas mismas conclusiones prácticas de una ética transcendental, su desalentada especulación, viviendo de desesperación incurable, llena de desprecio profundo por la vida y la personalidad humana, sin fuerza ni proyecciones sociales, encierra demasiado quietismo para que el género humano la puede tomar como norma. (¹)

Pero el cristianismo parecía haber hecho bancarrota, representado precisamente en el occidente por esas Iglesias que, en virtud de las razones que ya hemos estudiado y de otras que indicaremos después, perdieron, hace mucho, hasta el sentido del misticismo.

Sus dogmas fundamentales, que expuestos por los métodos racionalistas tan caros a los escolásticos, son letra muerta, y solo se sostienen a fuerza de argucias, estaban hace rato, ya lo hemos visto, desechados por la razón. Sus libros fundamentales que, como toda obra — al fin y al cabo — en que intervienen hombres, tienen que adolecer del carácter precario de la inteligencia de los que en ellos intervinieron como instrumentos, hallábanse también relegados, gracias al desprecio de las gentes racionalmente cultas, a la categoría de las patrañas sin

---

(¹) Véase J. Barthelemy Saint-Hilaire: *Le Boudha et sa religion*, cap. V.

importancia, por falta de una interpretación mística, que solo puede serles dada por la grey cristiana que, sin interrupción, ha permanecido en el mismo espíritu que los inspiró. Por fin, los mismos directores del movimiento intelectual católico romano, dándose cuenta exacta de este hecho, parecían haber desistido ya de hacer la defensa de las creencias. Aunque, sin atreverse a dar adhesión formal al *pragmatismo* y hacer suyas las conclusiones de W. James, el psicólogo norteamericano, de que « las doctrinas no son soluciones de problemas, sino principios de acción », orientaban sus apologías — como Balmes — en el sentido de hacer ver las ventajas sociales que, en el curso de los siglos, había aportado a la civilización europa, la adhesión a tales dogmas. Por otra parte, encauzaban la acción religiosa — como hizo León XIII — en el sentido político, a fin de que la Iglesia, ya que no podía ejercer moralmente una acción social, que sin el misticismo es imposible, la ejerciera en el dominio temporal por la influencia de los partidos conservadores en las esferas de gobierno y del movimiento demócrata-cristiano en las clases populares.

Los resultados de estas dos tentativas en el campo erudito y en el terreno político, están presentes en todos los espíritus. Mientras la segunda no ha servido sino para introducir

una división más en el campo social, para provocar en España cruentas guerras civiles y en Francia una lucha doméstica latente, la primera, continuando el camino que, con un propósito apologético, le trazara el cardenal Newman, en su *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana,* había de llegar, con Loisy y su peligrosa defensa *El Evangelio y la Iglesia,* al modernismo que el Papa tuvo que condenar. Ambas no han servido sino para ahondar el descrédito en que el cristianismo ha caído en el concepto de los mejores, deficientemente representado, como se encuentra, por las sectas racionalistas que invocan su nombre en los países de América y de Europa.

Así veremos a esa *élite* intelectual buscar con afán, por otros rumbos, lo que en las Iglesias establecidas no encontraba: un remedio moral para el malestar profundo que agita a la sociedad europea y americana, malestar cuyos orígenes psicológicos no se ocultaban ya a los espíritus reflexivos, haciéndoles comprender que no sería el triunfo de éste o de aquél régimen político, de ésta o de aquella fórmula de reorganización social la que puede salvarnos, si la orientación que informa nuestra vida individual y colectiva no se cambia.

La veremos, a esa *élite,* lanzarse con Schopenhauer y sus continuadores en las sombrías

rutas del budismo; sin resultado, por supuesto, porque la adhesión a las religiones no se hace por convencimiento intelectual sino por compenetración afectiva, y el misticismo hindú está demasiado lejos del alma europea para que ella pueda sentirlo. La veremos, con Ralph Emerson, tener una intuición de la verdadera vida religiosa—viciada, empero, por un dejo racionalista originario del protestantismo—haciendo consistir el cristianismo principalmente en esa conversación interior, mística, que pone a la criatura en contacto con el Criador. Pero, sobre todo, más veremos estrellarse todas estas tentativas contra la frivolidad contemporánea, contra la forma suprema del egoísmo materialista: el horror al pensamiento, horror que se disfraza bajo la profusión de discursos, característica de nuestros días, ¡último e inexcedible triunfo del racionalismo socrático que—desde el tiempo de su verboso fundador—teniendo necesidad de la palabra como órgano por excelencia para su expresión, debía concluir por dotar al mundo de la raza insoportable de charlatanes que hoy impera!

Así como la vida contemplativa se desliza en el silencio y necesita del silencio para rendir todos sus frutos; así como, desde Pitágoras, todos los maestros de la vida ascética han impuesto á los neófitos en la filosofía supersencial

la santa regla del silencio absoluto; del mismo modo el racionalismo necesita de la charla hasta que, por un justo castigo que el mal lleva en sí mismo, esa charla se vuelve contra él y, después de haber servido de excitante, de agente provocador de argucias, ahoga el pensamiento bajo el peso de la frivolidad, del *persiflage*.

Y en ese estado precisamente, que es la última etapa de la obra del conversador incorregible que ambulaba por las calles de Atenas formulando preguntas capciosas á cuantos transeuntes encontraba, se halla el mundo occidental desde el siglo XVIII, a pesar de los elocuentes panegíricos que un Emerson, un Carlyle y, por último, un Maeterlink, le hicieron, de las altas virtudes del silencio augusto, magestuoso, solemne, divino.

Mundo de charlatanes, mundo de frívolos que carece de toda vida interior, que no puede tenerla y que de eso hace gala, él no podía entender siquiera esas tentativas que partían de espíritus tan profundos como fueron Schopenhauer y Emerson.

Si él no sabe siquiera por qué razón Marco Aurelio, el estoico, pudo decir que «la fórmula suprema de la virtud es estar siempre preparado para la muerte» y le resultan perfectamente ininteligibles aquellas palabras: «hay quien busca refugios, cabañas rústicas, orillas del mar, montañas, y tú mismo te entregas al deseo

vehemente de tales cosas, pero, en verdad, procedes como hombre ignorante y grosero, puesto que en cualquier momento que lo desees puedes retirarte en tí mismo, teniendo por seguro que en ninguna parte encuentra el hombre un retiro más tranquilo, menos perturbado que el que tiene en su propia alma», menos aún le era posible descifrar el sentido de aquellos conceptos de Lactancio que son todo el programa de la vida mística:

«No nacimos para contemplar a las cosas criadas sinó para contemplar al Creador de esas cosas y considerarlo en espíritu. Es á Dios á quien debemos contemplar con los ojos del alma, y no al mundo con los ojos del cuerpo; porque estos ojos son materiales, así como este mundo que ellos contemplan, pero Dios, inmortal él mismo, quiso que nuestra alma fuera inmortal. Contemplar á Dios consiste en honrarlo y unirse á El *por amor*, con profunda veneración, como Padre común del género humano».

Por eso, ciego á toda luz inteligible, mientras un sacudimiento espantoso no viniera á sorprenderlo como a Saulo sobre el camino de Damasco, revelándole otra luz más brillante que, brotando del cielo oscureciera al mismo sol, el mundo occidental seguía fiel a su optimismo sensualista, del cual no eran suficientes para sacarlo ni la contemplación del estado misera-

ble en que yacen millones de seres, en los principales centros europeos y americanos, ni la visión del antagonismo cada día más hondo que una rivalidad comercial—fundada, en último término, en la necesidad de dar pan y contener la desesperación de aquellas miserables legiones —iba creando entre los pueblos más poderosos de la tierra, armados monstruosamente y preparándose para el mutuo exterminio.

Uno y otro espectáculo hubieran debido bastarle, sin embargo, para hacerle comprender que las aplicaciones de su ciencia meramente experimental, incapaces de aliviar la miseria de las grandes masas, agravándola aún, al crear el industrialismo, al arrancar el hombre al contacto con la naturaleza y al concentrar esas masas en las grandes ciudades, solo servían, mal orientadas por el egoísmo, para fomentar el indolente sibaritismo de decadentes minorías y preparar la muerte en gran escala en las feroces contiendas que estamos presenciando.

Pero el egoísmo, el más anticristiano de los vicios, origen y fundamento de todas las transgresiones a la ley de Dios, síntesis de todos los pecados y, en realidad, el único pecado posible, lleva en sí mismo su propio castigo. Al endurecer el corazón de los que lo abrigan, les oscurece, les ciega la inteligencia.

El egoísta tiene ojos y no vé. Es incapaz de

lanzar un mirada alrededor suyo y, por lo mismo, ni puede comprender el presente ni temer el porvenir.

Así se explica que, mientras se iban acumulando las nubes caliginosas que ahora han estallado en tormenta indescriptible y otras que quizás estallen mañana en el terreno de la lucha de clases, la alta sociedad europea y americana se entregasen al más torpe hedonismo. Así se explica que fueran posibles en Inglaterra las prédicas cínicamente sensualistas de un Oscar Wilde y de un Bernard Shaw [1] y que, en Francia y en los demás países que viven la cultura francesa—y son casi todos del Occidente—frases tales como *vivre sa vie* y *la joie de vivre*, fueran máximas corrientes de una generación que, como los romanos de la decadencia, sin saberlo, se preparaba alegremente para morir.

Mientras tanto había un pueblo que seguía el ejemplo de aquel mayordomo malo de que nos habla el Evangelio [2], el cual, viéndose perdido ante su señor, llevó su maldad, con inflexible lógica, hasta las últimas consecuencias.

Así como Nietzsche, órgano de sus más legítimas orientaciones intelectuales, había sido el

---

[1] En *The picture of Dorian Grey* y *Major Barbara*, respectivamente.

[2] San Lucas, cap. 16.

más anticristiano de los pensadores, ese pueblo quiso ser, entre las demás naciones sensualistas, el más materialista de los pueblos, y consagrándose, con tenaz y estoica dedicación, a prepararse para la lucha en el campo económico y militar, hizo maravillas. Maravillas como, fuera de Dios, solo puede hacerlas el príncipe de las tinieblas.

Alemania llevó hasta las últimas consecuencias los principios que informan la civilización occidental. Por eso los demás pueblos la odian: porque a nadie le gusta ver, en la exageración, la caricatura de sus propios vicios. Alemania arrojó como inútiles hasta los últimos, los últimos «prejuicios» y, lógica en todo, en la paz como en la guerra, al mismo tiempo que embrutecía a sus propios hijos, transformándolos en máquinas sin alma—última pero consecuente conclusión de una civilización que niega y repudia la vida espiritual—preparábase para el exterminio de los hijos de las demás.

En esto también fué Alemania de una lógica impecable, llevando hasta el extremo las doctrinas que ya se habían dibujado en otros países [1]. Sabido es cómo sus estrategas, a la zaga de sus filósofos, los Molkte, los Freitshke, los Ber-

[1] Véase Charles Dupuis, *Le droit de la guerre maritime d'aprés les doctrines anglaises contemporaines*, cap. II, § 2—La nouvelle école maritime.

nhardi, divinizaron la guerra diciéndola «la ciencia política por excelencia»; como la proclamaron necesariamente dura, recomendando que fuera inexorable para que terminara pronto; como la aconsejaron general, incluyendo en un mismo plan el ataque contra las fuerzas armadas y contra la población civil; como, resumiendo en una frase lapidaria todas las prácticas aconsejables—el exterminio de los hombres y la persecución a las mujeres y niños, el empobrecimiento de los países conquistados y devastados—se dijo que a éstos «no había que dejarles más que los ojos para llorar».

Por fin, cuando este azote de Dios se desencadenó sobre la tierra, parece que las inteligencia empezaron a comprender. Al ver el territorio belga pisoteado y maltrecho; sus hijos exterminados a sangre fría; sus ciudades devastadas por sistema; y, sobre todo, al verse muchos arrancados a sus deleites, a su plácida vida habitual tan propicia al optimismo, para tener que hacer frente a la muerte y sufrir en sus carnes todas las formas del dolor, la frivolidad francesa y la orgullosa serenidad británica tuvieron que sentirse conmovidas.

Pensando en los presentes hechos y en las causas que les han dado lugar, el mundo tuvo que reconocer que solo el espíritu del mal pudo haber hablado por la boca e inspirado la inte-

ligencia de aquellos que, durante siglos, prepararon el actual estado de cosas; que solo pudo ser autor de ellas esa individualización del egoísmo que, de acuerdo no solo con la tradición cristiana sino con la tradición contenida en mil confusas leyendas conservadas por todos los pueblos de la tierra, se levantó contra Dios en un drama espantoso anterior a los siglos, rompiendo la ley de amor, que es la ley de la armonía del universo, y constituyéndose en portaestandarte del odio y del orgullo, con que ha viciado al género humano.

Y, en efecto, el nombre de ese sér aborrecible brotó expontáneamente de todos los labios. Mirando las hordas vandálicas que llevaban la destrucción a toda parte, los pueblos dijeron: ¡el demonio! articulando esa palabra con el espanto con que debe ser siempre pronunciada. Ya no se habló de él con la risa volteriana que antes se adoptaba, ni con la admiración que por él se tenía, o se simulaba, cuando los Baudelaire, los Carducci y los Anatole France lo cantaban o hacían su panegírico.

El maldito fué maldecido. Desde ese momento, al romperse la barrera que separaba nuestra razón de lo sobrenatural, la reacción mística que, en estos momentos parece dominar el alma europea, empezó de verdad.

V

LA LEY DE AMOR

> «Como el Padre me amó, también yo os he amado: sed constantes en mi amor.
> «Si guardareis mis mandamientos, permanecereis en mi amor: como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.
> «Este es mi mandamiento: que os ameis los unos a los otros, como yo os amé.
>
> San Juan, cap. 15, vs. 9, 10 y 12.

No cae una sola hoja de un árbol, no muere un sólo pajarito del cielo, sin que lo permita nuestro Padre Celestial.

Confiados en El, los cristianos sabemos que toda noche se termina en día, después de toda tiniebla esperamos luz y, confortados por las enseñanzas que fluyen del admirable libro del santo patriarca Job, no dudamos de que el mal exista apenas como cooperación al bien. Por encima de todas las maquinaciones de los hombres y de los demonios planeará siempre la eterna bondad de Dios.

El movimiento filosófico de nuestra edad, nuestro sensualismo y las terribles consecuencias que ha tenido en la presente guerra, nada escapa a esta ley de amor.

Si el Señor ha permitido que, de Espinosa a Kant, se demoliera el concepto más o menos antropoformo que, excepción hecha de unos cuantos y contadísimos místicos, hágase lo que se quiera, es el único que la generalidad de las inteligencias puede tener; si, al permitir que se escribiera la *Crítica de la razón pura*, ha consentido que, en virtud precisamente del principio de *causalidad*, que se invocaba para probar Su existencia, se demostrára que, para nuestra razón y sus más fundamentales reglas, una «causa de las causas» o una «causa de sí mismo» es un absurdo; si en una palabra, su bondad ha dejado que el racionalismo, culminando su obra nihilista y discutiendo—con fundamento—el célebre aforismo «pienso luego existo», arrribara a la negación absoluta de la posibilidad de todo conocimiento verdadero del universo y del hombre mismo; [1] no dudemos de que fué para hacernos sentir que Dios es inmensamente superior a nuestra inteligencia, infinitamente inaccesible a nuestra razón y, también, para castigar el orgullo de aquellos que

[1] Nietzche: *Par delá le bien et le mal*, cap. I, § 16.

han querido hacer consistir la fe en la *creencia*, o séase en el mero convencimiento intelectual.

Desde los tiempos del aristotelismo escolástico, que, como hemos visto, no es sinó una forma mitigada del racionalismo socrático—el cual, menospreciando los procedimientos intuitivos del alma asiática ¡el pensamiento de la primitiva Grecia y de la India! rebajó el alma humana hasta la sordidez de nuestra edad—el occidente, guiado y educado por la Iglesia Romana, venía buscando a Dios por el camino de la razón. Este no es, evidentemente, como lo hacía notar San Agustín, el camino en el cual se le halla. Las argucias, los malabarismos del pensamiento, que constituyen la esencia del escolasticismo y que, como indestructibles hábitos, han quedado en los métodos del pensamiento católico romano, imprimiendo un aspecto de insinceridad a las producciones de sus más grandes escritores modernos, pueden darse la pueril satisfacción de imaginar que prueban la existencia de un Creador por medio de silogismos. Los sofismas, empero, no duran eternamente y Dios, que es eterno, no se basa en ellos. Dios no necesita de nuestras mentiras.

Felismente, la misma obra de la filosofía alemana del conocimiento que, después de probar no solo que Dios sinó el universo entero resultan incomprensibles para nuestra razón, tuvo

que plantearse el problema de la ciencia misma [1] y, considerándola como lo que es, como un fenómeno, tuvo que estudiarla en el mundo de los fenómenos, puede servirnos de base para colocarnos sobre la verdadera ruta.

Al oponer, según una frase feliz de Nietzsche, el *instinlo de conocimiento* al *instinto vital* y al hacernos ver cómo el primero se opone al segundo, como el primero es negación del segundo, [2] cómo los intereses de la vida están por encima de los del conocimiento, y cómo, después de haber negado con fundamento racional la realidad de las cosas, el filósofo se ve obligado a vivir exactamente como si creyera en ella, esa filosofía viene, en último término a enseñar lo que sabe el más humilde analfabeto. Es la vida y no el conocimiento lo que tiene importancia y la importancia de los conocimientos está en razón directa de su aplicación a la vida.

Ahora bien: sobre esta base de los intereses supremos de la vida; fundada sobre un «sentimiento» de la realidad de las cosas; orientada, guiada, por conocimientos que son ilusiones para nuestra razón pero que son realidades para nuestra alma y nuestros sentidos; viene a sentarse

---

[1] Schopenhauer y Nietzsche.

[2] Puede verse el resumen de esta doctrina en la obra de Gaultier: *De Kant a Nietzsche.*

la indestructible realidad de Dios que se revela al hombre mediante una experiencia interior que se obtiene gracias al cumplimiento de ciertas reglas dictadas por Él para nuestra existencia; porque—como luego veremos—*el conocimiento de la Verdad es inseparable de la santidad de vida*, o, como hace mucho debía de haberlo enseñado Kempis, Gerson, o quien sea el autor de la «Imitación», a sus numerosos lectores, es por la vida espiritual y no por la vida intelectual que se llega al conocimiento de Dios. ([1])

«Dicho queda, oh alma—prosigue San Juan de la Cruz después de la enseñanza que dejamos citada páginas atrás ([2])—dicho queda el modo que te conviene tener para hallar al Esposo en tu escondrijo. Pero si la quieres volver a oir, oye una palabra llena de sustancia y verdad inaccesible, y es, *búscale en fe* y *en amor* sin querer satisfacerte de cosa, ni gustarla *ni entenderla más de lo que debes saber*, que esos dos son los mozos del ciego, què te guiarán por donde no sabes, allá a lo escondido de Dios. Porque la fe, que es el secreto que habemos dicho, son los piés con que el alma va a Dios, y el amor es la guía que la encamina, y andando ella, tratando y

---

([1]) *Imitación de Cristo*, libro I, cap. III; libro II, cap. I; y libro III, cap. XLIII, por ejemplo.

([2]) *El cántico espiritual*, canción primera.

manijando estos misterios y secretos de fe, merecerá que *el amor le descubra lo que en sí encierra la fe*, que es el Esposo que ella desea en esta vida por gracia espiritual y divina unión con Dios, como habemos dicho, y en la otra por gloria esencial, gozándola cara a cara, ya de ninguna manera escondido. Pero, entre tanto, aunque el alma llegue a esta dicha unión (que es el más alto estado a que se puede llegar en esta vida), por cuanto al alma todavía le está escondido en el seno del Padre, que es como ella le desea gozar en la otra... muy bien haces, oh alma, *en buscarle siempre escondido*, porque *mucho ensalzas a Dios* y mucho te llegas a él, *teniéndole por más alto y profundo que todo cuanto puedas alcanzar*. Y, por tanto, no repares en parte ni en todo de lo que tus potencias pueden comprender; quiero decir, que nunca te quieras satisfacer en lo que entiendes de Dios, *sino en lo que no entendieres de él; y nunca pares en amar y deleitarte en eso que entendieres o sintieres de Dios*, sino ama y deléitate en lo que no puedes entender ni sentir de Él; que eso es, como habemos dicho, buscarle en fe; que, pues, es Dios, inaccesible y escondido, como también habemos dicho, aunque más te parezca que le hallas y le sientes y le entiendes, siempre le has de tener por escondido, y le has de servir escondido en escondido. *Y no seas*

como muchos insipientes, que piensan bajamente de Dios, entendiendo que cuando no lo entienden, o no le gustan, o no lo sienten, está Dios más lejos y más escondido; siendo más verdad lo contrario, que cuanto menos lo entienden más se llegan a Él; pues como dice el profeta David: *Possuit tenebras latibulum suum*; «puso por escondrijo las tinieblas»; y así, llegando cerca de Él, por fuerza has de sentir tinieblas en la flaqueza de tus ojos. »

«Bien haces, pues, en todo tiempo, a hora de prosperidad o adversidad espiritual o temporal, tener a Dios por escondido; y así clamar a Él diciendo:

Amado, y me dejaste con gemido

. . . con afección de amor, porque de Dios no se alcanza nada si no es por amor.»

«El reino de Dios está dentro de vosotros.» [1] dijo el Señor, y esta frase del Evangelio, sobre la cual San Juan de la Cruz basa sus enseñanzas, tomada como indicación para nuestra investigación científica, ábrenos un campo inmenso de experiencia, perfectamente explorado por las almas místicas, pero herméticamente cerrado a aquellos que quieren buscar al Creador en donde Él no se revela: en los caminos orgullosos de la razón, tan opuestos a las verdaderas bases que nos fueron dadas para guiar-

[1] San Lucas, cap. XVII. v. 21.

nos en la vida. La verdadera ciencia de la Divinidad, tan extraña a las disertaciones de los teólogos escolásticos, solo empieza en los umbrales del misticismo; cuando el hombre, muerto a sí mismo, inicia una vida supersencial, una vida contemplativa.

Por eso, a pesar de tanta obra de destrucción y negación como es la de Kant y sus sucesores, Dios continúa siendo, en lo más íntimo de nuestras conciencias, más que una verdad: un sentimiento. Vale decir: una verdad del género de aquellas bases fundamentales del conocimiento a que se refiere Pascal cuando, hablando como creyente, resume la vieja querella entre escepticismo y dogmatismo con los siguientes conceptos:

«Las principales razones de los pirrónicos consisten en que no tenemos ninguna seguridad de la verdad de los principios, fuera de la fe y de la revelación, sinó por el hecho de que los sentimos naturalmente en nosotros. Pero este sentimiento no constituye una prueba convincente de la verdad, puesto que no existiendo certeza, fuera de la fe, de si el hombre ha sido creado por un Dios bueno o por un demonio malo, si ha existido siempre o si es fruto de la

---

[1] Pascal—*Pensées sur la religion*, cap. XXI.

casualidad, puede dudarse de si tales principios nos son dados o verdaderos, o falsos o inseguros, según sea su origen. Añádase que nadie tiene la seguridad, fuera de la fe, de si vela o si duerme; puesto que, durante el sueño, uno cree tan firmemente estar despierto como cuando vela efectivamente... De tal manera que, pasándose la mitad de la vida en el sueño, durante el cual, según nuestra propia confesión, a pesar de todas las apariencias no tenemos idea alguna de la verdad, puesto que todo lo que entonces sentimos son ilusiones, ¿quien sabe si la otra mitad de la vida durante la cual pensamos velar, no es otro sueño un poco diferente del primero, del cual nos despertamos cuando pensamos dormir, del mismo modo que algunas veces se sueña que se sueña, acumulando sueños sobre sueños?»

«Pero el lado fuerte dc los dogmáticos, consiste en que, hablando de buena fe y sinceramente, no se puede dudar de los principios naturales. Conocemos la verdad, dicen ellos, no solo por medio del razonamiento, pero también por sentimiento y por una inteligencia viva y luminosa; y es de esta última manera que conocemos los primeros principios. Es en vano que el razonamiento, que no tiene aquí cabida, trata de combatirlos..... *Sabemos* que no soñamos, aún cuando no nos sea posible probarlo por

medio de la razón. Esta impotencia, empero, no demuestra sinó la debilidad de dicha razón, pero no el carácter precario de todos nuestros conocimientos, como los pirrónicos pretenden, puesto que el conocimiento de los primeros principios, como, por ejemplo, que existe espacio, tiempo, movimiento, número, materia, es tan firme como aquellos conocimientos que la razón nos dá. Y es sobre estos conocimientos de la inteligencia y del sentimiento que, necesariamente tiene que apoyarse la razón, tomándolos como base para su discurso... Los principios se sienten; las proposiciones se concluyen; ambas con certeza, aún cuando por diferentes caminos. Y es tan ridículo que la razón pida al sentimiento y a la inteligencia, pruebas de estos principios para consentir en ellos, como sería ridículo que la inteligencia pidiese a la razón un sentimiento de todas las proposiciones que ella demuestra. Esta imposibilidad no puede pues servir sinó para humillar a la razón que quisiera juzgar de todo; pero no para combatir nuestra certeza, como si solo la razón fuera capaz de instruirnos. Pluguiera a Dios, al contrario, que no tuviéramos nunca necesidad de ella, y que conociéramos todas las cosas por *instinto* y por *sentimiento*».

Después de Pascal, como es sabido, vino Schopenhauer y profundizó hasta las últimas

bases de nuestros conocimientos, haciéndonos ver la estructura íntima de la inteligencia y demostrándonos que lo que Pascal llamaba *instinto, sentimiento,* son aquellos conceptos y principios sobre los cuales la razón marcha como sobre rieles, indispensables a esa marcha pero extraños, por lo mismo que son fundamentales, a su propio mecanismo. Asi vino a probarse, como ya hemos indicado, la antinomía absoluta entre la vida, fundada en la ignorancia irremediable a que nos condenan no solo nuestros sentidos precarios sinó nuestra razón misma, condicionada y por lo mismo precaria también, y así, al probarse—aún en el terreno filosófico—la profunda sabiduría del antiguo aforismo: *prius vivere deinde philosophare*, de lo más hondo del nihilismo especulativo, surgieron las bases para una obra de reconstrucción.

Hoy, Bergson, continuando el camino indicado por Pascal en las palabras que dejamos citadas, trata de hacer valer en el dominio de la filosofía, toda la importancia «vital» del *sentimiento* y del *instinto* sobre el cual se basa, en último término, humanamente hablando, nuestra fe en Dios.

Naturalmente, esta base inmanente e íntima del instinto religioso, fundado en un sentimiento de amor, de Dios hacia el hombre y del hombre hacia Dios, que es como una reliquia de pasadas existencias, algo como un fuego traído

del cielo a este lugar de destierro que se llama la tierra, no puede ser aceptada por los Goblet d'Alviella, Max-Müller, Tylor, Guyau, Spencer y otros que, contradiciéndose entre sí, buscan el origen de las ideas religiosas en factores humanos, en el *totemismo*, el *animismo*, la *creencia en los sueños* u otros conceptos rudimentarios del hombre salvaje que, evolucionando, habrían llegado, por ejemplo, nada menos que hasta la alta elucubración de San Dionisio, el areopagita, y San Clemente de Alejandría. Para ellos todas estas ideas, como cualesquiera otras ideas, nos vienen de factores exteriores y materiales porque, de acuerdo con los principios de la escuela filosófica en que se fundan, a la cual subordinan *a priori* todas sus investigaciones y de la cual no se apartan, aún cuando se encuentren con terribles incógnitas que ella no explica, nada hay en el intelecto que primero no estuviera en los sentidos.

No resucitaremos, para convencerlos, la antigua querella escolástica suscitada por los nominalistas. A sus afirmaciones puede cualquier espíritu religioso oponer esa *experiencia interior* que, produciendo de religión a religión, resultados éticos distintos, no es la misma en el cristiano, en el budista o en el musulman, como—con romano escepticismo—afirma la encíclica *Pascendi*, al condenar esta base funda-

mental de la vida religiosa, [1] pero que, viniendo siempre del mismo origen: Dios, y revelándose, a traves de los obstáculos que le ofrecen nuestra educación y nuestro ambiente, a cada uno según sus méritos, según el grado de su perfección moral, reviste características generales suficientemente comunes a todos los individuos iluminados por ella, para constituir un hecho científicamente comprobable.

«Siendo Dios un bien comun y siendo su amor, sin límites, comun también a todos los hombres—enseña el místico doctor, Ruysbroek «el admirable» [2]—el Señor nos acuerda una doble gracia: la gracia antecedente y la gracia por la cual se merece la vida eterna; de las cuales, la primera es común a todos los hombres, paganos y judios, buenos y malos». Y, en otro libro, [3] hablando de la sublime naturaleza de la Divinidad, añade el mismo iluminado: «su explendor sin límites ha sido dado en comun a todos los espíritus amantes en gracia y gloria; mana para todos como el explendor del cielo, y sin embargo los que la reciben

(1) *Pascendi dominici gregis*, § 36.

(2) *Ornement des noces spirituelles* (trad. francesa de Maeterlinck), cap. I, pág. 5.

(3) *El libro del reino de los amantes*, citado por Maeterlinck en el prólogo a la traducción anterior, pág. LXXVIII.

no se ven igualmente alumbrados: el sol transilumina más claramente el vidrio que la piedra, y el cristal que el vidrio, y cada piedra preciosa brilla y muestra su nobleza y su riqueza y su color a la luz del cielo, y, de la misma manera, cada uno es alumbrado en gracia y en gloria según su aptitud para lo sublime».

A esta luz, empero, comun a todos los hombres, pero que muchos hombres, ciegos por sus pasiones, no pueden ver, llamarán los materialistas: sueños, ilusiones. A tal objeción, sin embargo, ya respondió Maeterlinck, hablando precisamente de la especulación mística de Ruysbroeck: «Los sueños no son unánimes, dice, los sueños no tienen raíces, mientras que la flor incandescente de la metafísica divina que aquí se abre, tiene sus raíces misteriosas en la Persia y en la India, en el Egipto y en Grecia... Algunos reconocerán sin dificultad que este monge poseía uno de los órganos filosóficos más completos, más exactos y más subtiles que hasta hoy han existido. Nos cuentan que vivía, en su cabaña de Groenendael, en medio de la floresta de Soignes. Fué al principio de uno de los siglos más bárbaros de la edad media: el décimo cuarto. Ignoraba el griego y probablemente el latín. Estaba solo y pobre. Y sin embargo, en el fondo de esta lóbrega floresta brabantina, su alma, ignorante y sencilla, reci-

be, sin saberlo, los reflejos deslumbrantes de todas las cumbres solitarias y misteriosas del pensamiento humano. Sabe, sin darse cuenta, el platonismo de Grecia, el sufismo de Persia, el brahmanismo de la India, y el budismo del Tibet. Su ignorancia maravillosa encuentra la sabiduría de los siglos pasados y prevé la ciencia de los siglos que están por venir. Podría citar páginas enteras de Platón, de Plotino, de los libros Zends, de los Gnósticos y de la Kabala, cuya substancia casi divina se encuentra intacta en los escritos del humilde sacerdote flamenco [1]. Hay aquí extrañas coincidencias y unanimidades inquietantes. Más aún: parece, por momentos, que se imaginó exactamente la mayor parte de sus predecesores desconocidos; y así como Plotino empieza su austero viaje en la encrucijada en

(1) «No daré sino un ejemplo elemental en los dos sentidos de la palabra. Ruysbroeck distingue tres géneros de vida: la vida activa, la vida interna y la vida supersencial. Los gnosticos distinguen el espíritu, el alma y la vida material y dividen los hombres en tres clases: los neumáticos o espirituales, psiquicos o anímicos y los hílicos o materiales. Plotino separa igualmente en el alma, la inteligencia, el alma razonable y la naturaleza animal. El Zohar distingue el espíritu, el alma y la vida de los sentidos; y en los dos sistemas, como en Ruysbroeck, la relación de los tres principios es explicada por una *procesión* asimilada a una *irradiación;* después la teoría del encuentro divino : Dios viniendo a nosotros de dentro hacia fuera, nosotros, aproximándonos a Él, de afuera para adentro. Léase también la Enneada (de Plotino), etc., etc.»

donde Platón asustado se detuvo y se arrodilló, se puede decir que Ruysbroeck despertó, después de un reposo de muchos siglos, no este género de pensamiento, porque este género de pensamiento nunca duerme, pero esta clase de palabras que habían quedado aletargadas sobre las montañas adonde Plotino, deslumbrado, las había abandonado, cubriéndose los ojos con las manos como delante de un vastísimo incendio.»

Naturalmente, en cada uno de nosotros, mientras no vencemos por completo nuestro egoísmo, abrazándonos en el amor de Dios, es casi siempre muy rudimental esta *experiencia* que, llevada a su grado más excelso, hace que, sin conocerse, coincindan Ruysbroeck y Santa Teresa de Jesús, comparando, el primero, a siete fortalezas, el alma que, caminando de perfección en perfección, tiene que pasar por siete estados diferentes ante de llegar a la contemplación mística de la Divinidad, y dividiendo la segunda su *Castillo del Alma* en siete moradas, que son otras tantas etapas en la ruta del misticismo. Más rudimental aún, es fuera del cristianismo, para aquellas almas que, no habiendo sido dotadas de una perfección particular, de una caridad ardiente, no merecieron una revelación especial, aún euando siempre incompleta y por veces fragmentariamente

falsa, que, semejante a la que iluminó a Plotino, es entonces muy superior a la que alumbra a la mayoría de los cristianos cuando no se hallan en comunión perfecta en el mutuo amor que es base de la Iglesia. Pero, imperfecta o no, es sobre esta *experiencia interior* que basamos nuestra fe, y los incrédulos que, sin participar de ella, pueden constatar su realidad por los efectos a que se refiere Maeterlink, deben saber que en su mano está tambien sentirla, si siguen los consejos del autor de las *Enneadas*, el pagano neo-platónico, cuando nos dice: «Es necesario, en primer lugar, hacer que el órgano sea análogo y semejante al objeto que debe contemplar. Jamás el ojo hubiera apercibido el sol, si no hubiera tomado primero la forma del sol. De la misma manera el alma no puede comprender la belleza si de antemano no es bella ella misma, y todo hombre debe empezar por hacerse bello y divino si quiere tener la visión de la belleza y de la divinidad.»

Para esto no hace falta, como algunos pudieran imaginarse, *empezar* por frecuentar y cumplir los ritos. Los ritos no son sino un medio y no el fin, y ciertas almas, llegadas a un alto grado de perfección, como los anacoretas, pueden prescindir de ellos. Además de que habría en ese camino un peligro de autosugestión, siempre se corre el riesgo de confundir una sen-

sación puramente estética con un sentimiento religioso, como en el triste caso de la presunta conversión de Huysmans que, dando un argumento a Guyau—cuando pretende que, en el porvenir, la religión será substituída por el arte—se enamoró de la arquitectura gótica y del canto gregoriano, creyendo entregar su alma al cristianismo.

Al objeto que señala Plotino, a la *divinización* del hombre, solo se llega cuando muerto cada uno a sí mismo, se entrega por completo al sentimiento contrario: al amor. Ese sentimiento, abriéndole las puertas de la Iglesia, vale decir: de la fraternidad cristiana, lo hace partícipe de los tesoros inmensos de la santidad absoluta y de la verdad integral que esa Iglesia, tomada colectivamente, en el cielo, en la tierra, en su forma visible e invisible, posée y poseerá eternamente, vivificada e inspirada por Jesucristo, el Verbo del Padre.

Dios es amor. Solo quien ama se acerca a Él; solo quien ama mucho se acerca más; solo quien se desprende de sí mismo, por completo, se le une; porque solo ése está, en verdad, unido a la Iglesia, que es el mutuo amor. De la misma mamanera que solo por el egoísmo, que es origen del odio a los demás, se alejan las criaturas de su Criador, puesto que así, sin necesidad de una excomunión expresa, de hecho y tácitamente,

se alejan de la Iglesia que es el cuerpo místico de Cristo, animado por el amor de Cristo.

Dios es amor. El que ama a sus hermanos, aun cuando no conozca a Dios, está más cerca de El que el egoista devoto, que cree conocerlo y amarlo porque cumple los ritos y enmascara sus odios con la carátula de la piedad.

Ese hombre que no conoce a Dios pero ama a sus hermanos, ya tiene en sí la principal condición para pertenecer a la grey de Cristo, que se funda, que está constituída por el mutuo amor.

Dios es amor. Por el amor se acercan los hombres a Dios, pues habiéndonos apartado de los fines para que nos creó la generosidad divina: para que gozáramos en la contemplación de su maravillosa Belleza y de su inmenso Amor, solo podemos acercarnos a El por medio del restaurador de la armonía primitiva, por Cristo Jesus. Y el Cristo no es tan solo el personaje histórico, del Evangelio de San Marcos, que apareció sobre la tierra en el curso de los siglos, desconocido por unos y negado por otros. El Cristo, como segunda persona de la Santísima Trinidad, que encarnó y se hizo hombre en el seno de la Virgen María, es, ante todo, el concepto teológico del Evangelio de San Juan, la eterna bondad de Dios vencedora del mal, previendo el mal antes de todos los siglos y re-

suelta, de toda eternidad, a sacrificarse por los hombres, para no privar a ninguna criatura de esa ley santa de la libertad, de que los hombres habían de abusar al hacerse cómplices del Rebelde, para no sujetar ni a los ángeles ni a los mortales sinó por el libre acatamiento basado en el libre amor.

Dios es amor. Y porque lo es, sirven a Cristo, sin conocerlo, aun aquellos que lo ignoran o no lo comprenden. Por que en el Cristo, que es el amor de Dios, se salvaron —antes de que el Verbo se hiciera hombre bajo la figura de un pobre hebreo, sacrificado en la cruz—todos aquellos que formal o informalmente en El esperaban, viviendo en la ley de amor. Y por Cristo se siguen salvando, después de su venida, aquellos que aman la Bondad, la Verdad y la Justicia que no son sino aspectos de la Perfección Divina, revelada a nosotros por Cristo el Verbo deAmor.(1)

Dios es amor. Por eso exige de nosotros amor, porque, como dice Juan de la Cruz, (2) «Todas nuestras obras y todos nuestros trabajos, aunque sean los más que pueden ser, no son

---

(1) Khomiakoff en *Luz de Oriente*, recopilación y trad. española anónima—Madrid, Imprenta de Gabriel López del Horno, (1912), páginas 47 a 61, expone esta hermosa doctrína con una elocuencia que sentimos no poder igualar.

(2) *Cántico espiritual.*—Canción XXVIII.

nada delante de Dios, porque con ellos no le podemos dar nada ni cumplir su deseo, el cual solo es de engrandecer al alma. Porque para sí nada desea, pues no le ha menester, y así, si de algo se sirve, es de que el alma se engrandezca, y como no hay otra cosa en que más la puede engrandecer que igualándola en cierta manera consigo, por eso solamente se sirve de que se le ame: porque la propiedad del amor es igualar al que ama con la cosa amada».

No son pues cristianos, Jesús mismo lo dijo, aquellos que le dicen ¡Señor! ¡Señor! sinó los que cumplen sus mandatos y, sabido es, todos sus mandatos son de amor. Muchos son cristianos aun sin quererlo, porque escrito está: «todo aquel que dice palabra contra el Hijo del hombre le será perdonado: mas al que blasfemare contra el Espíritu Santo no le será perdonado» (1), y sin duda, este santísimo espíritu, de que Jesús nos habla aquí, es el espíritu de amor de la doctrina cristiana contra el cual estaba reservado a la inteligencia de nuestra edad decir las peores blasfemias.

Para todos estos que así sirven a Jesús sin saberlo, hay pues esperanza de venir a gustar de esa *experiencia interior* que es el principio de de la vida religiosa propiamente dicha y aun

(1) San Lucas, 12, v. 10.

de obtener inmediatamente rápido avance en el camino de la perfección, tan pronto entren en la comunión espiritual y fraternal de la grey cristiana.

El ateismo y el escepticismo, en todo su horror, no en las falsas apariencias que algunas veces nos inducen a confundir con ellos otros pecados de frivolidad o de ignorancia, no son, pues, como se creen los que en ellos viven, otros tantos estados mentales. Son estados morales, producidos siempre por el *egoismo*, por el ensimismamiento del hombre en sus pasiones, y ni hay razonamiento que pueda modificarlos ni sabio que, con argumentos, pueda combatirlos.

Los que así se encuentran son verdaderos endemoniados, como aquellos de que nos habla el Evangelio, y libertarlos de tal estado es empresa solo posible a la Gracia Divina, tomando por base alguna buena condición que aún subsista, como la buena fe en Saulo, en medio de tanto furor diabólico. Si en condición existe, entonces es casi seguro que el prodigio se operará; bastará muchas veces, para ello, apenas una buena obra voluntaria, un primer paso en el camino del amor al prójimo, que, siendo la única forma posible de pertenecer a la Iglesia de Cristo, fundada en el mutuo amor, es la única ruta que conduce a Dios, integración y perfección absoluta de todo amor. *La verdad solo se revela a la Caridad.*

Ahora bien: si sobre estas bases, diametralmente opuestas a las que nos condujeron a la perdición, se planteara la crisis mística por la cual pasa Europa, el mundo occidental estaría salvo.

Desgraciadamente, empero, ellas no son solamente contrarias al racionalismo ateo en que, de hace mucho, se vienen educando las inteligencias, al hedonismo en que las conciencias se han plasmado, sinó a las mismas orientaciones religiosas dominantes en casi toda Europa y, por completo, en toda América.

Esta vida de amor que rige nuestra vida intelectual, tanto como nuestra vida moral; que hace depender la segunda de la primera; que es causa de que una inteligencia tan poderosa, tan genial, como la de Nietzsche, cayera en las aberraciones más espantosas por faltarle el apoyo de la caridad, no puede hoy ser admitida ni por Roma ni por el protestantismo.

La primera, a medida que su poder iba dominando en todo el occidente; a medida que la autoridad de su obispo se iba extendiendo sobre todos los obispos y anulando la vida fraternal del cristianismo, que tenía en la institución de los concilios su símbolo y su órgano más perfecto, tuvo necesariamente, hasta vencer las últimas y débiles resistencias que le ofreció la iglesia galicana, que reemplazar el espíritu de amor por el espíritu de obediencia, no a Dios

sinó a los hombres, obstaculizando toda vida espiritual interior y personal que se opusiera a sus ambiciones de concentrar en sí la vida religiosa, haciéndola consistir en una adhesión a la verdad dogmática y haciendo del Papa el definidor de ella.

Hoy en su seno es casi imposible el misticismo. Su severa disciplina centralizadora, autoritaria y exclusivamente basada en la gerarquía, ha cegado este manantial del alma, esta prodigiosa fuente de fe. Su organización puramente administrativa no la admite sinó como excepción individual sin influencia colectiva, nunca como lo que es: base y fundamento de la vida religiosa, por serlo de la fraternidad que une la Iglesia. En su lugar se ha puesto el convencimiento intelectual, basado primero en los razonamientos de la teología dogmática, e impuesto en último término, definido, por un jefe que poco a poco se fué creyendo y tuvo por fin que declararse infalible.

El segundo impide también que la ley de amor pueda ser comprendida por aquellos pueblos que, educados durante siglos en la escuela romana, acostumbrados en su seno a hallar en la razón, explicada o impuesta, el fundamento de su fe, no supieron, al alzarse contra Roma, buscar en el amor que debe unirnos en Dios, a las generaciones pasadas tanto como a

las presentes o venideras, ese vínculo de unidad que no es proporcionado por el respeto hacia la obra de nuestros antepasados, de aquellos que bajo las persecuciones de los primeros siglos, sentaron, mediante su labor fraternal y colectiva, las bases dogmáticas y disciplinares, más esenciales, de la Iglesia.

Hoy, como desde el primer día, el protestante hace consistir la fe en el orgullo individual o de secta que busca a cada instante interpretaciones novedosas de la palabra escrita que, junto con la tradición oral—por él repudiada—es base del cristianismo. Dentro de esa actitud, contraria al amor fraternal, no es posible la vida interior que nos es dada para nuestra santificación personal y algunas veces también, excepcionalmente, a ciertas inteligencias excelsas, para instrucción de sus hermanos dentro del sentimiento colectivo, porque, como dice el Areopagita: «Dios resplandece sobre las naturalezas inferiores a traves de las naturalezas superiores, y para decirlo todo en una palabra, es gracias a la mediación de las potencias más elevadas que Lo vemos surgir del fondo de su adorable oscuridad [1]», pero jamás para introducir la división y la discordia en la Iglesia de Dios.

---

[1] San Dionisio: Hiérachies celéstes (trad. francesa) cap. XIII.

Por eso vemos, en el protestantismo, tan sólo frío razonamiento, discusión y pietismo verboso, y cuando en su seno aparece algún presunto iluminado, como Jacobo Böhme, no es para hablarnos de los divinos misterios del amor de Dios con el alma humana, sino para plantearse el problema orgulloso de «porqué es el hombre tan poca cosa en el universo», concluyendo por oponer «Dios contra Dios». (1)

Unos y otros se apartaron de la verdadera vida religiosa, que consiste en la unión íntima con Dios, y, por medio de Él, en el amor fraternal que, uniéndonos a nuestros hermanos, hace posible la existencia de la Iglesia como un cuerpo divino, cuya unidad no es impuesta, como en el Estado, por la sanción de una autoridad y de una ley, ni, como en una academia, por una cierta afinidad intelectual siempre precaria.

Ambos interpusieron obstáculos entre Dios y sus criaturas; creando unos, como dice Khomiakoff, (2) un nuevo sacramento, el *sacramento del lógico saber*, que sólo podría ser administrado por un sacerdote en el mundo, independientemente de su moralidad e inteligencia; instituyendo los otros una nueva condición para ser santo, la de ser sabio, versado en exégesis bíbli-

---

(1) Böhme—*Aurora*, cap. XIV, § 72.

(2) Khomiakoff—Luz de Oriente, pág. 25.

ca y arqueología, lleno de erudición y vanidad; repudiando ambos, en su sensualismo, el único medio que tenemos para obtener de Dios ese don sobrenatural que se llama la fe, que viene de Él y va para Él; es a saber: la fusión completa de nuestra alma con la de nuestros hermanos, el anonadamiento del individuo, de *todo* individuo, en la Iglesia, vale decir, ante el Señor.

VI

EL REINO DE DIOS

«Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia; y todo lo demás os será dado de añadidura.»

San Mateo, cap. 7, v. 33.

Por desgracia, los escritores que comentan en libros, diarios y revistas la reacción religiosa que parece darse en algunos países europeos, dominados por preocupaciones puramente humanas, parecen fijar exclusivamente su atención en la circunstancia, verdaderamente plausible, verdaderamente feliz, de que, como consecuencia de la guerra y de la necesidad de que todos se unan en un sentimiento de defensa comun, el espíritu anticlerical haya prácticamente desaparecido en Francia e Italia.

De este hecho se sacan múltiples consecuencias políticas, sobresaliendo en tal tarea aquellos,

precisamente, que si estuvieran revestidos de un verdadero espíritu evangélico, menos debieran preocuparse con tales cosas y a quienes deben serles tan indiferentes las persecuciones como aborrecibles los halagos y favores del mundo.

Comentando, en efecto, el movimiento religioso que la guerra provocó, ciertos elementos de Francia, Italia, España, etc., parecen verlo preñado de consecuencias beneficiosas para la Iglesia, entendiendo por Iglesia—como hace muchos siglos vienen haciendo—no el conjunto de los fieles unidos entre sí por el mutuo amor en Cristo Jesús, sino el clero, la jerarquía, y, principalmente, el Romano Pontífice.

Tantas maravillas como la Divina Gracia está operando en el corazón de los hombres en este momento de prueba, vendrían así a redundar en unas cuantas consecuencias de índole cancillerezca, diplomática. Un tratado de paz, un nuevo concordato entre Francia y la Santa Sede; el restablecimiento definitivo de relaciones protocolares entre la Gran Bretaña y el Vaticano; un nuncio apostólico que se establece en Berlín; un *modus vivendi* con la Iglesia de Bulgaria: y, por último, quién sabe qué contubernios entre el Quirinal y San Pedro, compondrían ese plan de reorganización política, capaz de hacer palidecer las sombras de Richelieu, de Mazarino, de Talley-

rand y de Metternich, los recuerdos de Westefalia, de Utrecht y de Viena.

Si la historia no nos hubiera acostumbrado a tales maquiavelismos, fruto de la burocratización de la vida religiosa, centralizada, clasificada y encarpetada friamente, con criterio puramente racionalista y administrativo, en los viejos casilleros de las cancillerías romanas, habría motivo para admirarse ante tanta aberración en el concepto de la misión que tiene sobre la tierra la Iglesia de Cristo.

Pero los esfuerzos seculares de los obispos de Roma, auxiliados en los últimos siglos por poderosas congregaciones—más políticas que religiosas—para sobreponerse a los demás obispos; para aniquilar la vida de las iglesias nacionales; para sujetar a su contralor hasta las relaciones de los fieles con sus respectivos gobiernos, es decir, para inmiscuirse en su actividad como ciudadanos; han conseguido de tal manera su objeto que, ya hoy, para amigos y enemigos, el famoso sofisma *ubi Petrus ibi ecclesia* es incontrovertible verdad—como si un solo hombre pudiera concentrar en sí el alma de millones de seres.

El romano Pontífice parece resumir tan bien, en el occidente, la Iglesia católica y apostólica, que sus intereses mundanos se confunden, en la mayoría de los espíritus, con las aspiraciones puramente espirituales de la grey de Jesús.

«Soy tan religioso—decía al autor de estas líneas un pobre, humilde y fervoroso obrero español—que daría gustoso mi vida si con ella pudiera aumentar en un grano de arena la cúpula del Vaticano». Y el mismo falso concepto de lo que es la religión de Aquél que vino al mundo para salvar y enseñar al género humano, para convertir los pecadores y consolar a los afligidos, domina tan por completo en el campo opuesto, que, cuando el nombre de Cristo no es invocado por la anarquía protestante, luego, atrás del que desea permanecer fiel a la tradición apostólica y continuar unido por el respeto y por el amor a las generaciones pasadas, el mundo cree ver aparecer la extravagante línea de la tiara pagana de los pontífices de Roma.

Ya es tiempo, empero, de que se reaccione también contra tanto error, que no ha sido poca parte en la paganización del mundo, y por ahí debe precisamente empezar la obra que ahora parece iniciarse: por destruir el falso concepto de que renacimiento místico, reacción religiosa, tenga y deba necesariamente significar reacción política, reacción clerical.

Sólo Dios, presidiendo a la integral economía del universo visible e invisible, en la cual, sin duda, todos los males parciales, compensándose, terminan en bien colectivo y todos los dolores tienen una finalidad para nosotros desconocida,

puede saber si el renacimiento místico que hoy se opera en los países envueltos en guerra será o no duradero.

A Él solo es dable conocer si todos los pueblos de la tierra están o no destinados a justificarse en el día en que, cerrado el ciclo de la existencia del actual universo-mundo, sean pesadas nuestras culpas individuales, aumentadas con la parte que justamente nos toque en las de todo el género humano, solidariamente culpable delante del Señor por vicios colectivos que deben avergonzarnos eternamente ante los ángeles.

Pero lo que la experiencia adquirida nos permite desde ya afirmar, lo que las lecciones del pasado nos hacen ya saber, es que si el movimiento actual no está destinado a fracasar miserablemente, necesario es que sea algo que se eleve sobre *todos* los intereses mundanos, buscando ante todo, y más que todo «el reino de Dios y su justicia».

Los diarios nos anuncian que, presas de mortal angustia, en Francia o en Bélgica, en Inglaterra o en Italia, y en Alemania misma, las poblaciones que sufren directa o indirectamente el azote de la guerra, los combatientes que afrontan la muerte, los padres que han perdido o temen perder a sus hijos, las mujeres cuya alma se ha desgarrado, todos, en fin, los que padecen

el horror de este momento de prueba, se arrojan a los piés de Cristo.

Nos dicen también que los sacerdotes, abandonando su concepto friamente profesional de burócratas del culto, vuelven al celo de los apóstoles y prodigan su acción, su tiempo, su sangre y su vida. De todas partes nos llegan noticias de notables ejemplos, de nobilísimos sacrificios, en los cuales, aún cuando todos rivalicen, parece que se llevan la palma del martirio y del heroísmo el clero belga en primer término y el francés después.

Sólo alegría puede causarnos este movimiento.

Aun cuando no sea sino en las grandes horas de dolor, en las horas de pánico y de arrepentimiento, bueno es que los hombres se acuerden de Dios. Ese pensamiento los hará mejores, más puros y más fuertes.

Movidos por un presentimiento invencible e instintivo, bueno es que, puestos en comunicación con el más allá, no resignándose a aceptar que la muerte rompa los lazos de amor que siguen uniéndonos á los que ya se fueron, levantemos a Dios nuestros corazones, ayudando con nuestras plegarias la ascención de esas almas que, por efecto de la Divina Bondad, se van acercando a su Creador.

Tales prácticas servirán para enseñarnos la

entrañable solidaridad del género humano y la fraternidad que nos une sobre la tierra y en el siglo venidero.

Inversamente, sintiendo en el fondo de nuestras almas esos vínculos de amor que ligan a los miembros de la Iglesia, visible o invisible, en Cristo Jesús, bueno es que los afligidos soliciten las oraciones intercesoras de aquellos hermanos que descansan en el Señor y que, por virtud de la gracia Divina, contemplan ya sin velos la Eterna Luz y participan de ella como moléculas, como átomos que, en el sol, se abrasan en una perpetua incandescencia.

Postrados ante sus santas imágenes, y principalmente, ante la de aquella que es el refugio de los cristianos, la Santa Madre de Dios, al mismo tiempo que se satisfacen nuestros ineludibles instintos estéticos, se robustecerá nuestra fe en la virtud sobrenatural de la caridad que esos santos hermanos siguen practicando en el cielo asi como lo practicaron sobre la tierra.

Bueno es, por fin, que, al sentir el llamado de la conciencía, antes encenegada en el fango del sensualismo, los pueblos y los individuos escuchen la convicción íntima que nos dice que tantos males se han desencadenado por culpa nuestra. Así aprenderemos a humillarnos y, puesta nuestra confianza tan solo en Dios, a no hacer mal uso de la libertad santa que nos fué

dada para que escogiéramos entre la Infinita Sabiduria y los dictámenes del espíritu de rebelión.

Todo esto, si es algo consistente, sirve para probarnos que el sentimiento religioso, inmanente en nosotros, puede ser ahogado bajo el peso de un racionalismo orgulloso—que no es, en el fondo, sinó el cómplice de nuestros desenfrenados apetitos—pero que reaparecerá tan pronto la carne sea tocada hondamente y nuestro espíritu se vea probado en el dolor.

Todo esto, si es sincero, vale para hacernos sentir que Dios, en sí mismo incomprensible para la razón humana, concebible pero inexplicable—como Infinito, como absoluto que es—puede hacerse manifiesto, ponerse en contacto personal y directo con cada hombre, por medio de nuestras facultades afectivas, cuando cada uno menos lo espere y aun contra nuestro deseo y contra nuestra voluntad.

Todo esto, si es verdadero, sirve, en conclusión, para enseñarnos lo que es la Gracia; proceso divino que los ciegos descreídos, los corazones endurecidos, atribuirán si quieren a factores psíquico-materiales: a la influencia de la educación y del medio, al atavismo, a la auto-sugestión, pero que toda criatura humana, por prevenida que se encuentre, puede de repente sentir en sí, como una experiencia interior incontrovertible, una realidad tangible, un rayo de luz.

Pero si la reacción religiosa que nos ocupa tiene que ser algo más que un movimiento pasajero de pánico cobarde; si está destinada a ser algo mejor que una tregua en una marcha precipitada hácia el abismo: menester será que consista en algo más puro que meras prácticas rituales, dictadas, como las de los fariseos, por la hipocresía de los que pretenden comerciar con Dios y van a El impulsados por el miedo y carnales deseos, a proponerle un cambio de dádivas por oraciones.

De esta fe muerta, si acaso es posible que tales palabras anden juntas sin contradicción, de esta creencia vana e inutil, ha tenido el mundo muchos ejemplos y debe estar cansado de ellos.

Otra no era la fe, pongamos por ejemplo, de esa aristocracia francesa del tiempo de los Luises, cuando los monarcas, los próceres y el clero alternaban las visitas al templo, las confesiones insinceras, las comunioues sacrílegas y los ayunos mitigados por la pericia de Vattel, con los elegantes *soupers* y la frecuentación de los *boudoir* de las concubinas. Cuando esas mismas pecadoras, una Lavalliére o una Pompadour, podían pasar la existencia negociando diplomáticamente *avec le bon Dieu*, gracias a la casuística de jesuitas amables y mundanos, fustigados después por la indignación vehemente, por el verbo de fuego de Blaise Pascal.

El resultado de esos compromisos entre Dios y el diablo es conocido. Los sepulcros blanqueados terminan siempre por mostrar la infecta podredumbre que tienen adentro. El demonio triunfa, no al fin, pues ya ha triunfado desde el principio, sinó definitavamente. Esos grandes de la tierra que resaban después de divertirse, que vivían una fe: el hedonismo, y profesaban otra: la del Calvario, acabaron siempre por mostrarse consecuentes y arrojar la máscara cristiana. Y cuando no lo hicieron, cuando—como sucedió en Inglaterra y España—quisieron continuar la farsa y cubrir o justificar su sensualismo con apariencias pietistas, el pueblo no tardó en penetrar la comedia y allí, como en todas partes, contagiado por el ejemplo de los grandes, reclamó violentamente para sí una porción de esos goces terrenales que los que se decían nobles les habían enseñado a amar.

Esto fué lo que sucedió siempre que las clases elevadas hicieron prácticamente suyo, explícita o tácitamente, la frase de Voltaire: *le bon Dieu pour la canaille!* La santa plebe de Dios, la verdadera *ecclesia* de Cristo, que seguía orando en comunión con Él, mientras sus directores espirituales y temporales Lo renegaban, terminó por revoltarse justamente indignada contra tanta ostentación y tanto egoismo.

Creyó también en la ilusión de la posibilidad

de una dicha terrena y desechó los sabios consejos de moderación, de frugalidad y de sencillez que sus maestros le daban pero no practicaban. Así vinieron todos los grandes cataclismos de la historia moderna, desde la Reforma, provocada por el lujo desenfrenado de los Papas, hasta las revoluciones político-sociales de los siglos XVIII y XIX. Así se preparó también el mayor de todos los cataclismos, el que hoy presenciamos; el mayor, mientras no llegue, en el terreno de la lucha de clases o, para evitarlo, en el campo internacional, otro más espantoso todavía que la civilización europea nos prepara, si a tiempo no se arrepiente y vuelve atraz.

El actual renacimiento místico, si es verdadero, no puede ser semejante, pues, a esas reacciones religiosas, de índole política y de carácter aristocrático—mundano que por dos veces vió la Francia en el siglo pasado: movimientos que pudieron desarrollarse en una sociedad tan falsa como la que Stendhal nos describe (1) o tener por corifeos a histriones como Chateaubriand, pretendiendo hacernos palpar el encanto del cristianismo por la mórbida melancolía de las ruinas o las dulzuras románticas de las campanas en el crepúsculo vespertino,

---

(1) En *Rouge et Noir*.

Tales reacciones, que pueden coincidir con cortes como la de Luis Felipe y Napoleón III, concluyen siempre en el descrédito y provocan incendios como el de la *Commune*.

El actual renacimiento místico, si representa algo ponderable, no puede ser tampoco como esos conatos de reacción intelectual imperfecta que se dieron, hace poco, en Francia también, con Brunetière, tratando de poner el positivismo al servicio del catolicismo, o con Huysmans, seducido por las elocubraciones presunto-místicas de tenebrosos alienados de la Edad Media o de la Alemania contemporánea (1), que hicieron posibles el satanismo, las misas negras y tantos otros sacrílegos desvaríos.

No se trata ahora de hacer nuevos malabarismos escolásticos con la inteligencia e intentar lo que Jesús mismo nos dijo ser una locura (2): echar vino nuevo en cueros viejos. No se trata tampoco de constituir tal o cual forma del arte religioso en religión misma, o de tomar tal o cual época como norma para nuestra vida espiritual. ¡Como si el árbol no valiera más que el fruto y Cristo no nos hubiera prometido estar siempre con los suyos hasta la consumación de los siglos!

---

(1) Goerres.

(2) San Mateo, cap. 9, vers. 17.

Por fin, nada puede tener de común el renacimiento místico, que ahora parece iniciarse, con ese movimiento *snob* de jóvenes elegantes y presumidos que, capitaneados por Mauras, se dan el tono de mostrarse políticamente reaccionarios y católicos *vieille roche;* movimiento que tan bién se dibuja en la información de Agathon sobre *Les jeunes gens d'aujourd'hui,* abierta en 1914, y en la cual se presentan a declarar jóvenes estudiantes ¡de 20 anos! que dicen ser religiosos... porque han cursado filosofía.

Tales movimientos, que encuentran forma en la constitución de *juventudes católicas, congregaciones de San Luis Gonzaga, academias del Salvador* y otras instituciones semejantes, ya sabe Dios y conoce el mundo lo que representan. Son escuelas de argucias, planteles de insinceridad, en las cuales los niños que visten *smoking* para ayudar a misa, se preparan y hacen títulos para diputados de la derecha. Espíritu sincero que en ellas entre, verdaderamente animados del amor de Dios. no tardará en perder la poca fe que tuvo. Desilusionado o asimilado por esa feria de vanidades, ensalzado o herido en esos torneos de amor propio, caerá pronto en el escepticismo, sinceramente confederado o cobardemente oculto, y si su alma es buena, si su inteligencia busca la Verdad, si la

gracia divina no lo ha abandonado, viviría dolorosamente en la tristeza del desaliento, en la duda mortificante, en el anhelo insatisfecho.

Todos esos movimientos lo son del hombre buscándose a sí mismos; es decir: variaciones apenas sobre la egolatría que nos ha traído el estado actual de cosas. Es el orgullo intelectual, la ambición, el interés de partido, el antagonismo de secta, el odio fratricida, anteponiéndose al amor de Dios, y nada de esto, que es aborrecible al Señor, puede ser lo que Él se propuso al tocar el corazón de tantos hombres en esta hora de llanto pero también de misericordia.

El mundo parece recibir hoy un llamado especial de su Creador. Ahora bien: su palabra eterna es esta: «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento, y a tu prójimo como a tí mismo» [1]. No confundamos, entonces, todo lo que es nuestro, todo lo que es accesorio, con lo que es fundamental. Es el anonadamiento de la criatura ante su Hacedor lo que se impone, y, después, desnudos de todo orgullo, devestidos de todo egoísmo, el amor fraternal de unos hacia otros en Cristo Jesús.



No es posible que continuemos ciegos por más

(1) San Lucas, 10, v. 27.

tiempo. No es posible decirse cristiano y amar las riquezas, la vanidad y la carne; no es posible querer invocar el santo nombre de Dios y, al mismo tiempo no tener en la vida más objeto que nuestro propio goce y subordinar todo, en el cielo y en la tierra, a nuestro sibaritismo, a nuestra ambición.

A los que tal hicieren, por prácticas exteriores que acumulen, por actitudes farisaicas que adopten, el Cristo en su día les dirá : «me llamais Señor, Señor, y no haceis lo que os digo—apartaos de mí todos, obreros de iniquidad.»

VII

EL CAMINO DE LA CRUZ

«Entonces Jesús dijo á sus discípulos: si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.»

San Mateo, cap. 17, v. 24

El mundo occidental, ebrio de orgullo, enfermo de sensualismo, hállase hoy en una situación análoga, aunque no del todo semejante a la del imperio romano en su decadencia.

Esta afirmación puede ser acusada de banal. Los escritores católicos-romanos la vienen pregonando desde la época en que Pío IX condenó, muy justamente, la civilización moderna. Mas recientemente aún, la reiteró el bondadoso Pío X cuando, al principio de su pontificado, se propuso candorosamente « *ínstaurare omnia in Christo*», por más que, cautivo de mil tradiciones e intereses políticos, no haya podido ir allende

una pequeña reacción contra ese racionalismo que envenena el occidente, obteniendo únicamente en lo que respecta a la comunión de los niños, que el catolicismo romano volviera en parte—pero tan solo en parte—a las santas prácticas de la Iglesia primitiva, conservadas aún hoy integralmente en el seno de las comunidades cristianas orientales.

Esto se ha dicho y repetido millones de veces, en efecto. Pero los que lo han dicho no se han cuidado de sacar todas las consecuencias de la observación, ni de profundizar las causas que ocasionaban el hecho constatado.

No se preguntaron cuánta culpa tiene en él una Iglesia que, menosprecia,—o poco menos —los escritos de esos místicos que, comprendiendo que «Dios es amor», se limitaron a hablar de El con el corazón sin intentar siquiera, mediante las escasas luces de la razón humana, abarcarlo y definirlo, e impone con toda la autoridad de León XIII, los métodos y sistemas pedantes de esos escolásticos que creyeron necesario recurrir a la ciencia pagana, aristotélica, para robustecer su fe cristiana.

No se plantearon el problema de cuánta responsabilidad tiene esa Iglesia en la curiosidad inútil, y que ahora condena, de un Loisy, por ejemplo — al investigar el proceso de redacción de los cuatro Evangelios—ella que,

confundiendo la fe con el convencimiento meramente intelectual, no comprendiendo que la fe es ante todo un movimiento afectivo de todas las facultades del alma, ha pretendido confundir los campos distintos de la ciencia y de la religión, adoptando los métodos de la primera y pretendiendo después tenerla sujeta para que no invadiera los dominios de la segunda.

No entraron, por fin, esos hombres en su propia conciencia y no supieron preguntarse cuánta parte tiene en el sensualismo moderno, ese sensualismo eclesiástico, que le es anterior, el cual, haciendo de los intereses universales, *católicos*, de los cristianos, los intereses de una clase levítica, adoptó poco a poco los métodos de los gobiernos de este mundo y cayó por fin en la aberración de creer que la Iglesia no es el *amor* que nos une, sino la autoridad que se impone, y trató en efecto de imponerla, hasta por la fuerza de las armas y las hogueras de la Inquisición, a todos los pueblos de la tierra.

Todo ello no impide, sin embargo, que sus observaciones—hechas interesadamente y con móviles políticos—sean en el fondo verdaderas. El mundo moderno, ebrio de orgullo intelectual, enfermo de sensualismo, hállase en un estado que sólo puede compararse al de Roma cuando en ella resonó por vez primera la palabra ardiente de San Pablo.

Las clases altas han caído en una incredulidad completa que no excluye la existencia de supersticiones sin cuento: como la teosofía, el espiritismo, y la fe en los nigromantes, y no es incompatible con prácticas rituales de un cristianismo novedoso que se complace en amontonar cultos pueriles e idólatras, de la misma manera que el alejamiento de los altares de Numa no impedía a las frívolas paganas de la decadencia de aproximarse a los sacrificios de Isis y de Mitra.

Las clases bajas han seguido el alto ejemplo, y unas y otras encuéntranse dominadas por las preocupaciones materiales, por la vida de los sentidos y la sed de las riquezas que, casi siempre, esclavizan aún a aquellos que no lo confiesan, pero que también, muchísimas veces, se ostentan bajo forma de flamantes teorías, en cuyo caso surgen las fórmulas de «rehabilitación de la carne», «instinto de dominio» o «voluntad de poder», en las clases elevadas y aparecen todas las escuelas socialistas, viciadas de materialismo económico y sórdido sensualismo, en las clases pobres.

El imperialismo, sin trabas ni piedad, en el orden internacional, y la lucha sin treguas de individuo a individuo, de clase a clase, en el orden interno, son el fruto de todo ello. La inquietud general en los espíritus sigue en seguida, traduciéndose fisiológicamente en neurastenia,

degeneración y aberraciones espantosas de los sentidos, de la costumbres y de la inteligencia, de tal manera que, vida mundana, literatura, filosofía y arte, todo se halla señalado por ese estigma de una época que ha podido hacer suyos los capítulos más cáusticos del Satiricón y las fantasías morbosas de Apuleyo.

A todos estos males ¿puede oponer eficazmente una valla, un movimiento político o una corriente intelectual, de cualquier índole que sea?

Nunca, como en las actuales circunstancias, debió merecernos más profunda compasión ese concepto que hace consistir el ideal cristiano en las ambiciones de los jefes de una secta, luchando por el predominio temporal y, cuando se impone un retorno absoluto a la esencia del cristianismo, se satisfacen si consiguen que unos cuantos diplomáticos, de dorados uniformes, firmen con otros diplomáticos, de rojas o moradas sotanas, estériles compromisos que ambas partes piensan luego en sofismar, interpretar dolosamente y no cumplir.

¡Pobres y deleznables resultados que sólo pueden extasiar a aquellos que, aún en esta hora de gracia, persisten en confundir lo espiritual con lo terreno y en contemplar el aspecto material de las cosas sin erguir nunca los ojos al cielo!

No. Si algo significa el renacimiento místico

que hoy presenciamos; si no está destinado a abortar miserablemente por la mala orientación que le den sus directores espirituales, eternamente ciegos y porfiadamente empeñados en resucitar viejas querellas políticas que sólo sirven para dividir los pueblos y provocar odios, de cuyo estallido sale aborrecido e injuriado el santo nombre de Jesús, no es esa la finalidad que nos debemos proponer.

Si el mundo se encuentra hoy como se hallaba cuando el Precursor de Cristo vino a llamarlo a penitencia para hacerlo digno de recibir el reino de Dios, es evidente que situaciones análogas dan orígen a consecuencias análogas y sólo pueden remediarse por medios análogos. No es una bandería política o una nueva escuela formulando nuevos principios la que puede salvarlo. Es un movimiento general de las conciencias, movidas a arrepentimiento. Es un impulso unánime de nuestros corazones hacia Dios, y tan sólo hacia Él, como fué el empuje maravilloso del cristianismo frente a la podredumbre sibarítica de los romanos.

Es un retorno absoluto a las verdaderas prácticas y al verdadero espíritu cristiano lo que nos hace falta. Un retorno a la humildad, a la moderación, y la sencillez, no tan sólo para que ellas nos dén—que seguramente nos darán—la felicidad en este mundo, sino porque, apartados

de Dios por nuestras culpas y las culpas de nuestros padres, empantanados en nuestros egoismos individuales y colectivos, de los cuales la presente guerra es el lógico fruto, debemos pensar en vivir de hoy en adelante para los demás por amor a Dios.

Ahora bien: esto sólo se consigue por la práctica de aquellas virtudes que, permitiéndonos vencer el peso de la carne, nos ayudan a acercarnos a la Divinidad. Vale decir: lo que se nos ha hecho necesario es un retorno al espíritu de pobreza y penitencia, capitaneado por verdaderos e indomables ascetas, por verdaderos monjes, austeros y fuertes, capaces de resucitar la fiereza santa de los Santos Padres del desierto, capaces de enseñar al mundo a aborrecerse y menospreciarse a sí mismo.

Acercarse a la Divinidad es el único programa que el género humano puede tener hoy, después de tantos siglos de alejamiento espiritual de su Salvador. La regresión a la vida sencilla, el repudio de tanto lujo, de tanta vanidad, como ha complicado nuestra existencia moderna, era ya un ideal que, en los últimos años, venía siendo frecuentemente propuesto a nuestras sociedades refinadas. (1) La prédica de los moralistas, higienistas y sociólogos en ese sentido, consti-

(1) Véase Charles Wagner—*La vie simple.*

tuye, tanto como el pragmatismo de James y el idealismo de Bergson, afirmando—a la zaga de Pascal, de Isidoro de Gaza y de la escuela neoplatónica—la mayor importancia vital y moral del sentimiento sobre la razón, uno de los muchos pródromos de este movimiento preparado por Dios y que ahora plenamente se dibuja. Sin embargo, ¿por qué no tuvieron éxito completo esas prudentes enseñanzas de tantos hombres que, basándose en consideraciones económicas e higiénicas, recomendaban la vuelta a la naturaleza, al campo, al aire, a la luz, a la frugalidad, a una raza rebelde de noctámbulos, de glotones, de lujuriosos y sibaritas?—¿Por qué algunos conatos de vida austera, sana y fuerte, iniciados por razón de *sport*, eran y son seguidos enseguida y anulados por frecuentísimas alternativas con la vida ficticia de las ciudades, la copa y el plato abundantes, las reuniones nocturnas, los teatros y los bailes?

La respuesta no es difícil. Aún ese retorno a la vida sencilla, a la vida frugal, naturalmente indicada por el Creador a sus criaturas, era aconsejado por razones egoistas y mezquinas. No tenía por base la consideración prácticamente altruista de que, siendo limitados los recursos con que cuenta el género humano sobre la tierra, dc que habiendo por lo menos un fondo de verdad en la célebre teoría enunciada por Mal-

thus, es necesario que todos nos privemos de lo supérfluo para que a ninguno falte lo necesario. No se fundaba tampoeo en la consideración, más trascendental, de que representamos muy poca cosa en el universo y de que el espíritu que permite al hombre erguirse en las alas de su imaginación sobre la pobre tierra en la cual está condenado a vivir unos cuantos años, no le fué dado seguramente para que lo ponga al servicio absoluto de la materia sinó para alguna misión más elevada, vencedora de la muerte, en otros siglos y otros mundos a venir.

Había epicurismo—el verdadero epicurismo— en esa dureza estoica que se proponía, como único objeto, o librarnos de preocupaciones morales, restringiendo nuestras necesidades, o fortalecer y embellecer el propio cuerpo, arrebatándolo a una vida insana. Y, naturalmente, teniendo la egolatría por base, es lógico que la carne escoja a menudo una satisfacción, un placer inmediato, a una consideración higiénica lejana.

Dad, empero, a ese movimiento una base ascética y, para evitar desde luego enojosas asociaciones de ideas, desviad de vuestra imaginación inmediatamente la imágen de esas comunidades, fruto de una época de sensualismo, que se enclaustran en inmensos edificios para vivir cómodamente. Evocad, en seguida, las siluetas austecas de los santos padres para quienes

ni los ardores del sol estival, ni las crudezas del frío invierno, las lluvias ásperas y los vientos que azotan y endurecen las carnes, fueron desconoeidos. Pensad aún, en nuestros días, en esos monjes de la orden que fundó San Bernardo de Claraval; en los cistercienses reformados, o trapenses, cuya vida de perpetua oración se desliza en las labores agrícolas, ocupada siempre la mano en el santo trabajo de la tierra y elevado siempre el espíritu al Señor en una continua plegaria mental.

Es este el ejemplo y el programa para nuestra acción en la hora presente. Ejemplo que, naturalmente, no necesita ser seguido por todos en su sobrehumana integridad — Dios, al conformarnos para la vida social, algún fin se propuso que nosotros, tomados colectivamente, no podemos repudiar—pero que debe ser como el ideal que nos guíe, a traves dc la vida, para facilitarnos el cumplimiento del deber de vencer el egoismo y, bajo la mirada clemente de nucstro Padre que está en los cielos, anteponer el amor fraternal a toda consideración de nuestra carne o de nuestro orgullo.

«El cristianismo, dice Heine, es una idea y, en tal concepto, es indiscutiblemente inmortal, como son las ideas. Pero, esa idea ¿cual es? Precisamente porque no se concibe aún con claridad y porque se han tomado por realidad sus

formas exteriores, es por lo que no existe una historia del cristianismo. A pesar de que escriben la historia de la Iglesia dos partidos rivales que se contradicen constantemente, hállanse de acuerdo, sin embargo, en que ninguno de los dos define con precisión lo que es, en último término, esa idea que fué la esencia del cristianismo, esa idea que se esfuerza por revelarse en su simbolismo, en su dogma y en su culto y que se ha manifestado en la vida real de los pueblos cristianos. Ni Baronius, el cardenal católico, ni Schroeckh, el consejero aulico protestante, abordan esa idea... Sin embargo, esa idea, pregunto de nuevo, ¿cuál es? » (1)

En seguida, incurriendo en el mismo error en que cae Renan (2), de atribuir a gnósticos y maniqueo importancia excesiva, que no pudo ser sinó indirecta, en el desarrollo de una doctrina que no hicieron sinó adulterar con conceptos importados de la Persia e India, Heine entra en una larga exposición de la cosmogonía ideada por una de esas sectas, para buscar en ella los fundamentos de un concepto que hubiera más fácilmente podido encontrar no solo en los Evangelios sinó aún en el Antiguo Testamento (3).

(1) Enríque Heine—*De l'Allemagne*, tomo I, cap. I.

(2) En *Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo*.

(3) En el Génesis y en el libro de Job, por ejemplo.

Ese concepto, que es el del antagonismo entre el bien y el mal, lo busca Heine en las doctrinas de Cerinto—resucitadas y prohijadas en nuestros días, dicho sea de paso, nada menos que por Stuart Mill, para explicar mediante ellas la coexistencia de la Bondad Divina y de la cruel amoralidad de la naturaleza, o séase la antimonía entre el espíritu y la materia [1]—y, después que las ha expuesto, concluye en la siguiente forma:

«Esta cosmogonía gnóstica, de origen hindú, arrastra consigo la doctrina de la encarnación de Dios, de la mortificación de la carne y de la vida contemplativa; de ella nace el ascetismo, la abnegación monástica, *que es la flor más pura de la idea cristiana*. Esta idea no ha podido manifestarse sinó muy vagamente en el dogma, y no ha aparecido sinó muy confusamente en el culto. Sin embargo, por todas partes, vemos revelarse la doctrina de los dos principios: el perverso Satanás se opone siempre a Cristo; el mundo espiritual está representado por Cristo, el mundo material por el demonio. Al primero pertenece nuestra alma, al segundo nuestro cuerpo. El mundo entero, la naturaleza, tiende por su origen al mal, y como por medio de ellos trabaja Satanás, el príncipe de las tinieblas, para llevarnos a nuestra caída,

(1) Stuart Mill—*Essays on Religion.*

necesitamos renunciar a los placeres sensuales de la vida y mortificar nuestro cuerpo, feudo de Satanás, para que el alma se eleve magestuosamente a las regiones celestes, al reino resplandeciente de Cristo».

Yerra Heine, naturalmente, a la zaga de Cerinto y de sus teorías sobre la creación del mundo por un *Eon* o *demiurgo*, opuesto al Ser Supremo, al decirnos que la naturaleza entera tiende *por su origen* al mal. Exagera al hacer consistir la esencia del cristianismo en ese espíritu de mortificación que, sin duda es el principal *medio* que tenemos, después de la oración, para alcanzar los *fines* espirituales que Cristo nos propuso. Pero, aun así, es imposible negar que él, el escéptico, profundizó mucho más el concepto del cristianismo que aquellos que lo hacen consistir meramente en la orgullosa posesión de tales o cuales doctrinas *más racionales*, deducidas de la interpretación de la Biblia, que otros «miserables ignorantes» no poseen, o en una fría adhesión, una ciega obediencia a una despótica disciplina meramente administrativa, impuesta por una autoridad material que desea hacerse pasar por espiritual. Heine sabe más de cristianismo que protestantes y romanistas.

Pero la esencia misma de la doctrina de Cristo no es la que él se supone. La verdadera

doctrina de Jesús, aquella que Él añadió a todos los preceptos de la Ley, que había venido a confirmar, está resumida en la recomendación que reiteradas veces hizo a los apóstoles en la última cena:

«*Hijitos, aún un poco estoy con vosotros, un mandamiento nuevo os doy: que os ameis los unos a los otros, como yo os amé; que en eso conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos hacia los otros*». ([1])

Sin embargo, como ese amor fraternal, que se funda en el amor de Dios, por Cristo Jesús, solo se obtiene mediante la renuncia al propio amor y a eso, por desgracia, se opone siempre nuestro ánimo orgulloso, nuestra carne rebelde y nuestro egoismo natural, basados en la corrupción del hombre primitivo por un espíritu que se alzó contra Dios en un misterioso drama anterior a los siglos, no vá descaminado el escritor cuando hace del ascetismo «la flor más pura de la idea cristiana». Es él, por lo menos, la señal exterior más evidente de la negación de sí mismo y en esa negación, en ese espíritu de sacrificio, está el principio del amor al prójimo a traves de Dios.

En este terreno, y para realizar este programa, es evidente que no hace falta ni un movimiento

---

([1]) San Juan, cap. 13, versículos 33, 34 y 35.

intelectual ni, mucho menos, una acción política. Es racionalismo, puro racionalismo—del cual se han hecho culpables la Iglesia Romana y las sectas protestantes, con su habitual división entre iglesia docente e iglesia dicente—creer que solo se enseña con la palabra hablada o escrita; cuando la verdadera enseñanza está en el ejemplo, en la vida. Es materialismo, grosero materialismo—del cual responderán ante Dios las mismas comunidades—pensar que fines espirituales se consiguen por medios humanos, que el reino de Dios se impone por medio de constituciones, códigos y decretos, cuando las leyes son precisamente fruto de las costumbres y las costumbres son el resultado de nuestras conciencias, iluminadas o no por la Gracia Divina.

Criaturas que os juzgais piadosas porque concurris diariamente en vuestros fastuosos automóviles a los templos y, desplegando boato alternais las prácticas rituales con vuestras fiestas mundanas; cristianos teóricos que os imaginais caritativos porque, con la punta de los dedos, arrojaís algunas piltrafas a los pobres, a quienes despreciais en lo más íntimo de vuestros corazones endurecidos; opulentas damas que os ocupais de hacer enseñar el catecismo a las clases bajas y teneis un santo celo por casar los abarraganados humildes, sin pensar vosotras mismas en profundizar la ley de Dios y hacer

cesar el escándalo en que, bajo vuestros mismos techos, viven vuestros hijos y vuestros maridos; sesudos varones que encubris vuestras ambiciones bajo el velo de un interés por la causa de Dios e introducis entre vuestros hermanos una división más bajo pretextos religiosos, fundando banderías políticas que solo sirven para asegurar a los ricos sin escrúpulos la tranquila y egoista posesión de sus bienes y son causa de odios, luchas civiles y hasta de derramamiento de sangre: ¡cuidad ante todo de vosotros mismos!

¡Si queréis verdaderamente convertir el mundo a Cristo, empezad vosotros por dar el ejemplo de la abnegación, del desprendimiento y de la sencillez! Haceos pobres con los pobres, humildes con los humildes. Moderad vuestro lujo y vuestro boato. Y si economistas aduladores os dicen que mediante vuestro fausto, dais vida á millares de trabajadores, pensad que con vuestras tierras improductivas y vuestra caridad—no con limosnas, sino con vuestra justicia que es una forma del amor—podeis alcanzar el mismo resultado. Pensad, sobre todo, que «no sólo de pan vive el hombre» y que profesiones hay que prostituyen a los que las ejercen y que al número de esas profesiones pertenecen, señoras, no sólo el triste oficio de aquellas desgraciadas a quienes vuestros esposos y vuestros hijos arrancaron por un momento a la miseria

física, sin arrancarlas jamás a la miseria moral, sinó todos esos lacayos, toda esa pobre grey de empleados y empleadas de comercio, de obreros y obreras de lujo, de artistas y aun de escritores que con vuestro sibaratismo manteneis.

Predicad con vuestra conducta, abandonad vuestro orgullo, libertaos de vuestro egoísmo y vereis cómo luego los odios de clase desaparecen, los anarquistas deponen sus bombas, los demagogos arrean sus banderas y los humildes se convierten á Dios vencidos por vuestra santidad, del mismo modo que de él se apartaron, seducidos por vuestras lecciones de amoralidad práctica, de anticristianismo efectivo. ¡Tomad gozosamente sobre vuestros hombros la cruz de Cristo y no penseis en predicar de otra manera!—¡Guardad vuestra palabra y ahorrad vuestra acción política!

En este terreno más puede el ejemplo del humilde analfabeto que, fiel a la voluntad de Dios, se resigna y aun se alegra con su suerte, se humilla y ora, que las más elocuentes elucubraciones del más orgulloso de los sabios.

El ejemplo de ese analfabeto que vive santamente lleno de fe, irrazonada y por lo mismo absoluta, es precisamente el que debemos seguir en el movimiento general de los corazones hacia Dios que el actual momento histórico nos impone.

Es nuestra alma y no nuestro cerebro la que debe moverse. La razón seguirá después como

una auxiliar fiel, pues ella nunca faltó á su misión cada vez que, para el bien o para el mal, fué necesario que se constituyera en abogada de nuestros sentimientos.

Todo lo que se ha dicho de la razón pura es un mito. Si hasta las formas gramaticales, la estructura del idioma, influyen sobre nuestro pensamiento ¡cuánto más las pasiones que orientan nuestra vida!

Nunca ningún hombre pudo libertar su inteligencia del yugo de su alma y cuando las almas sigan el camino real de la santa cruz de Jesucristo, las inteligencias lo seguirán también, abdicando sus dudas, vale decir: sus rebeldías contra el seguro instinto del hombre, que fué puesto en la tierra para *vivir*, no para *saber*.

VIII

LA IGLESIA DE CRISTO

«Padre justo: el mundo no te ha conocido, mas yo te he conocido; y éstos han conocido que Tu me enviaste.

»Yo les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer; para que el amor con que me has amado, esté en ellos y yo en ellos.»

San Juan, cap. 17, v. 25 y 26.

Mucho se equivocarían los que, leyendo superficialmente los anteriores capítulos y acostumbrados a no pensar en la Iglesia sin verla personificada en el clero, se creyeran que nos proponemos hacer consistir la vida espiritual en una acción puramente personal—que entonces, si aceptamos la etimología *religo, de religare,* no sería religiosa—independiente por completo de los dogmas, de los sacramentos y de los ritos. Nada ha estado ni pudo estar más lejos de nuestro pensamiento.

Si no estamos equivocados, creemos haber expresado ya suficientemente nuestra convicción

de que Dios, que se revela interiormente a toda alma pura lo hace por medio de Cristo. Sin Dios el universo no resulta comprensible; sin Cristo —ya lo dijo Pascal—no resulta comprensible Dios, porque no resulta explicable la coexistencia de la Suprema Bondad y del mal físico y del mal moral, que son patrimonio de la vida terrena, aún cuando para explicar esa coexistencia se invoque esa misma Bondad que no quiso imponernos otra ley que la del amor, y se diga que el hombre, perturbando la armonía moral y física del universo, usó mal de tal libertad que se le dejaba para seguir o no dicha ley de amor.

La Omnisciencia de Dios debió preveer de toda eternidad la rebeldía del hombre, o mejor dicho: de los ángeles que antes del hombre se rebelaron, y, si su Bondad la ha consentido, menester fué que, de toda eternidad también, tomara sus providencias para reparar los males que, en obsequio a la libertad, por no imponer otro yugo que el del amor, su eterna Bondad permitía.

El Cristo es la eterna Bondad del Padre de todas las cosas, vencedora del mal antes de que el mal se produjera; o, sencillamente, vencedora del mal, puesto que para el Ser Eterno no hay, como para el hombre, pasado y futuro, sino un presente permanente que el mortal no concibe, visto que para el mortal

el presente, en realidad, no existe, pues apenas ha formulado su convicción en tal presente, esa convicción ya pertenece al pasado, o no es sino una esperanza del porvenir.

El Cristo es el eterno designio de Dios, de reparar el error del hombre, volviendo la naturaleza humana a los fines para que fué creada, cuando, por un pensamiento generoso, semejante pero infinitamente superior al movimiento que nos hace desear que nuestros hermanos participen de nuestra alegría o de la visión de una gran belleza que nos ha emocionado, Él formó las criaturas—los ángeles y los hombres—para que, con la contemplación de su Eterna Belleza, de su Eterna Bondad y de su Eterna Verdad, participaran de su Eterna Beatitud. Ese designio eterno — que una es una eterna realidad—se formuló bajo el propósito de unir su naturaleza divina a la miserable naturaleza humana, para, por ese mero acto, *divinizarla* de nuevo y restablecerla así en su primitiva grandeza.

Un hombre que, si eso cupiera en sus ínfimas posibilidades, sin dejar de ser hombre, es decir, conservando toda su inteligencia humana, tomara, por compasión, la forma de un animal para ayudarle a sobrellevar su triste suerte, no haría una obra tan misericordiosa como ésta. Entre el hombre y el animal no hay la inmensa

diferencia que separa el Creador de la criatura: el animal no ha ofendido al hombre como el hombre ofendió a Dios, y, además, el hombre que tal hiciera beneficiaría a una sola criatura, mientras que Dios, uniéndose a la humanidad, benefició al género humano.

Y, sin embargo, esto fué lo que la Eterna Bondad de Dios: Cristo, hizo por los hombres. Jesús, Dios, tomando forma humana, divinizó al hombre, no a *un* hombre, al hombre que fué dado a luz por la Virgen María, sino a todos los hombres que se le unieran espiritualmente: por la esperanza — como sucedió a todos aquellos que, antes de su venida, confiaban en que Jehová, o el Dios Desconocido, tendría algún día misericordia del género humano o que, mediante el recuerdo y la gratitud, como hoy sucede, se unen a Él, por la fe y por el amor.

«En Cristo — dice Ruysbroeck [1] — estaban y están juntas y reunidas todas las virtudes que los hombres hayan podido y puedan practicar, y además, *todas las criaturas que practican esas virtudes.*»

Estos que así se unen a Cristo, o que así se le unieron antes de su llegada, mientras estuvo sobre la tierra, y desde su ascención al cielo

(1) *L'Ornement des noces spirituelles*, cap. XXXIII.

hasta nuestros días, constituyen la Iglesia cristiana, la parte divinizada del género humano, por ser la que participa de la Perfección Divina que Dios, al unirse a la humanidad, restauró sobre la tierra, y que Jesús prometió mantener entre los suyos, cuando dijo que estaría con nosotros hasta la consumación de los siglos. Por eso la Iglesia es católica, es decir, universal; porque Cristo vino para divinizar la humanidad y todos los hombres tienen expedito el camino para acercarse a Él. Por eso es santa, porque no hay otro santo sino Dios y en El: en el Cristo, en el Verbo del Padre, están contenidas todas las criaturas santificadas por su gracia. Por eso es infalible, porque Dios es verdad y Dios mantiene la pureza de la fe en su Iglesia, vale decir, en Él mismo, inspirando—no a cada uno de sus miembros y menos aun a uno solo de sus miembros, puesto que todo hombre es pecador y por el pecado se separa el hombre de Dios irremediablemente — sino al conjunto o séase a aquellos que, de toda eternidad, Él sabe que están en Él, viven en Él y participan de su perfección.

Algunos hombres se acercan más a esa Divina Perfección, según sea la potencia de su amor para unírse a Cristo, y en la unidad de Dios, a sus hermanos; otros menos. Algunos se le acercan, de hecho, sin conocerla, y otros,

conciéndola imperfectamente; por eso hemos afirmado nuestra esperanza de que por Cristo se salven muchos que integralmente no están en la grey de Cristo. Pero la Perfección Divina solo está en el conjunto, no decimos en la persona, de aquellos que, unidos por el amor de Jesús, tratando con todas sus fuerzas, con todo su sér, de seguir sus divinas doctrinas—no solo por la adhesión intelectual a ellas sino por la santidad de una vida conforme con ellas—componen las huestes escogidas, la Iglesia de Dios.

Esa Iglesia, como tantas veces se ha dicho, es el cuerpo místico de Cristo; pero ni siempre se ha sacado la consecuencia de tales palabras. Esa Iglesia es la humanidad de nuevo divinizada por la encarnación de Cristo Jesús — sublime misterio al que todos pueden adherirse, del que todos pueden participar por la fe. Esa Iglesia es Cristo permaneciendo sobre la tierra por los siglos de los siglos, viviendo *materialmente* en los que en Él creen y en Él viven, iluminándolos y vivificándolos. Esa Iglesia es un cuerpo vivo; no un producto artificial, sociológico, como con razón llama Ward [1] a las sociedades humanas, tan pronto sobrepasan la forma gregario del rebaño. No es un Estado, con ciudadanos dispersos por todas partes del

---

(1) Ward, *Outilines of sociology.*

mundo, sujetos a tales o cuales reglas, a tales o cuales jefes. No es un ateneo en el cual se entra o se sale por conformidad o disconformidad de gustos o ideas. No es ni lo que el Papa, ni lo que los protestantes se han imaginado. Es un organismo vivo del cual Cristo es el alma, la inteligencia, y aun, materialmente, la sangre: la sangre que, mediante la Eucaristía, circula por todos sus miembros.

Cada uno de nosotros es una célula viva de ese cuerpo, vivificado, nutrido, santificado e iluminado por la palabra y por la sangre de Cristo —esa sangre que los Papas han querido que se negara a los fieles. Esas células, con vida relativamente propia—como todas las células de un cuerpo vivo—reciben su fuerza y su razón de ser y su vitalidad del cuerpo al cual pertenecen. Cuando dejan de estar en absoluta armonía con él, se debilitan o mueren. No físicamente pero moralmente, por una segregación expontánea, tácita, vital, que por el pecado separa al hombre del cuerpo de Cristo, de su Iglesia, y no permite que esa célula muerta continúe en el organismo.

Si esa falta de armonía moral no ha sido sinó una flaqueza momentánea, si la célula reacciona, si hay aún en ella un resto de vitalidad—sacada de todo el organismo al cual pertenece—ese organismo la reabsorbe, la revivifica, y eso

es que los cristianos llamamos el sacramento de la penitencia: el pecador se declara de hecho excluido, por sus pecados, de la santidad de la Iglesia, y la Iglesia, que es santidad, representada en ese momento por un sacerdote, lo readmite en su organismo, lo incorpora, lo hace suyo.

Así comprendida, como para el Eterno y Omnipresente no existen los conceptos de tiempo y de espacio sobre los cuales se basa la débil razón humana, la Iglesia de Dios está allí donde se encuentra el amor de Cristo. En donde, en lugar de tal amor, se encuentran conceptos humanos: la disciplina administrativa impuesta por la gerarquía, y totalmente indiferente a la santidad de vida, o las afinidades de simpatía razonable por tales o cuales principios o tales o cuales ritos, la Iglesia no está.

La Iglesia está en el cielo—entendiendo por esta palabra, tan material, aquel *estado*, superior a todo entendimiento en que se encuentran las almas cuando se desencarnan y acercan más o menos, por su propia beatitud, a la Eterna Luz o paulatinamente, mediante las oraciones de sus hermanos, acogidas benignamente por la Gracia Divina, ascienden hacia Ella, mientras no termine el ciclo del actual universo-mundo y el género humano entero no sea juzgado, individual y colectivamente, por

sus culpas individuales y colectivas, para que, no los justos, sinó los justificados por su fe, vale decir por su amor a Cristo y en Cristo, entren a un estado definitivo: al reino resplandeciente del Padre, a un nuevo universo espiritualizado, en que toda carne será santificada, toda materia se habrá divinizado.

La Iglesia está también en la tierra—donde quiera que existan corazones amantes, almas impregnadas del divino y del fraternal amor, corazones que creen y esperan en Cristo, que confían en que Cristo no las abandonará y, de acuerdo integral con las enseñanzas de Dios, transmitidas por la Escritura o conservadas por la piedad, perseveran en la fe, en la oración y en la caridad. Está allí doquiera que esas altas virtudes se reunen, puesto que, en realidad, así como un cuerpo humano sin vida no es hombre sinó un cadáver, así la Iglesia no se compone de uno, de dos o de millones de millones de sus miembros sin fe. No se basa siquiera en el número de espíritus que oran sobre la tierra y adoran en el cielo. La Iglesia es el amor que une a esas criaturas sobre la tierra y en el cielo, es el lazo que establece la santa comunión de las almas sobre la tierra, así como en los cielos. La Iglesia es el vínculo moral de todos los cristianos. La Iglesia es Cristo y así, volviendo a lo que dijimos al principio, cerra-

remos el círculo del razonamiento lógico, porque el círculo es símbolo de la eternidad y Dios es eterno.

En tal Iglesia, que es Cristo mismo, que es la humanidad divinizada por Cristo, está la perfecta verdad y la inmaculada santidad porque esos son los atributos del Verbo del Padre. Quien ambicione que esa verdad le sea revelada, interiormente y sin palabras, tiene que participar de la santidad de la Iglesia, vale decir: de Cristo. Es esa la *divinización* de la cual, sin conocerla, habla Plotino. Es la incorpación a la Iglesia: la comunión en el amor de Cristo y con el cuerpo y la sangre de Cristo; la absorción espiritual y material de cada uno por Cristo, vale decir: por su Iglesia.

Por la gracia antecedente que, como dice Ruysbroeck, no falta a ningún hombre, aun cuando tantos, por su egoísmo. se le opongan, muchos son los que se aproximan a la Iglesia de Cristo. Respecto a esos que, por su amor a la Bondad, a la Verdad y a la Justicia, o por su conocimiento, más o menos perfecto, de Cristo, acompañado de un sentimiento de amor que Dios juzgará, desde los puntos más extremos de todas las sectas, religiones y escuelas, se aproximan a Cristo, hemos expresado ya nuestra esperanza de que por Cristo se salven. Es decir, nuestra esperanza de que les sea per-

mitido, por los méritos y la misericordia del Hijo, que vino a salvar a todo el género humano, empezar la carrera ascencional de las almas que, a través de toda la eternidad, se acercan a Dios; sin llegar nunca a los grados más excelsos de la contemplación divina—reservados a los miembros de su Iglesia—pero también sin caer en el polo opuesto, en el infierno, o *estado*, y no lugar, de desesperación y rabia en que vivirán perpetuamente aquellas almas egoístas que se separan de la carne, llenas de odio, por eso, por propio peso, tendencia, gravitación, caen en los abismos contrarios al Divino Amor. Esta esperanza es, probablemente, la que animaba también a San Gregorio. *El Divino*, cuando escribía: «porque ni todo aquel que no merece castigo es por eso digno de gloria; ni todo aquel que no merece gloria, es por ello digno de castigo».

Pero, repetimos, la perfecta verdad y la absoluta santidad, sobre la tierra, solo se encuentran en la Iglesia y solo en ella pueden instruirse y santificarse las almas, llegar en esta vida a las cumbres de la perfección mística y, en la otra, a aquella visión de Dios que, según el autor de las *Jerarquías Divinas*, San Dionisio el areopagita, no es dable siquiera a todos los espíritus angélicos, pero que, como la luz del sol, que de noche resplandece de unos planetas para

otros, por refracción llega hasta los más alejados, gracias a la mediación de los más cercanos.

Con esto no pretendemos decir, evidentemente, que por pertenecer a tal o cual comunidad local, que hace parte de la Iglesia universal, se santifican y se llenan de la ciencia de Dios, que nada tiene que ver con la ciencia de los hombres, todos sus miembros. La Iglesia es un concepto místico, no una organización humana. Pertenecen a ella los que, por la santidad de su vida (santidad relativa, naturalmente); por sus deseos de santificarse e iluminarse, están dentro de su amor. Tan pronto esas condiciones desaparecen, el miembro es segregado, aun cuando—mientras viva—pueda ser readmitido, porque, como dice San Juan de la Cruz: «Dios nunca falta del alma, aunque esté en pecado mortal». No es necesaria una excomunión expresa de la comunidad — que, sin embargo, algunas veces puede venir para castigar un escándalo. Es Dios quien juzga, porque es Él quien vé en lo más íntimo de los corazones, y es Él quien sabe quien tiene fe, vale decir: quien Le pertenece, quíen pertenece a su Iglesia.

El hombre sin fe — y la fe es amor, es decir, no es tan solo la adhesión mental a las doctrinas de Cristo, sino una conducta que prueba la verdad de esa adhesión; el hombre sin vida —

porque así conviene decirlo para explicar bien lo que es la permanencia en Cristo y su Iglesia; puede continuar materialmente perteneciendo y frecuentando indignamente los sacramentos de tal o cual comunidad local de la Iglesia Católica. Tal o cual comunidad local, patriarcados enteros, continentes en su totalidad, pueden continuar recibiendo y administrando los sacramentos y ejecutando los ritos, aun cuando todos sus miembros, se hayan apartado de aquella Iglesia, siguiendo—con mayor, menor o ninguna culpabilidad individual—los errores de aquellos que, blasfemando consciente o inconscientemente contra Cristo, ellos consideran como sus jefes.

Las apariencias materiales nada significan empero; los hombres pueden engañarse con ellas y tomarlas por realidades; Dios no. De hecho, moralmente, aquel hombre, estas comunidades, estos patriarcados, estos continentes, con las ex-excepciones individuales que Dios conoce, ya no pertenecen a la Iglesia Santa, a la Iglesia Universal, pues en el pecado no se puede estar en la Iglesia, porque no es posible estar con Cristo, y ellos, por su pecado, sin arrepentimiento, se apartaron de Dios.

Así como solo Dios sabe quien tiene fe, porque solo Èl, leyendo en lo más recóndito de nuestros corazones puede saber quien *vive* den-

tro de las doctrinas a los cuales ha dado su firme adhesión, no sólo intelectual sino moral, solo Él sabe quienes componen su Iglesia. Y si, por una hipótesis pesimista, incompatible con la Bondad Divina, nos imagináramos que en el mundo llegara a no haber sino una criatura llena de fe, esa criatura sola constituiría la Iglesia terrena; ella sola, sobre la tierra, estaría revestida de la perfecta santidad y de la absoluta infalibilidad, que son patrimonio de la Iglesia; porque, unida por el amor a Cristo y a los Santos que contemplan ya la faz del Eterno, sólo ella sería místicamente el cuerpo terrenal de Cristo.

Aún cuando al lado de ella, hubiera millones de sacerdotes cristianos, de todas las gerarquías y de todos los nombres, pero infieles a la gracia, puestos por Dios sobre la tierra únicamente *para servir* a esta criatura, para, por el poder sobrenatural que da la ordenación, administrar a esta criatura los sacramentos de que ellos mismos serían indignos, tales sacerdotes no serían nunca—*ante* Dios y *en* el espíritu de Dios—la Iglesia. Mientras tanto, aquella criatura sola, ignorante de su elevada categoría, abismada en su más profunda humildad, incapaz, quizás, en su caridad, de juzgar los actos de sus hermanos, y seguramente, ignorante, olvidada del mal como son todas aquellas criaturas que han llegado a los grados más altos de la contemplación mística,

sería el vaso excogido del Señor, la esposa eterna del eterno Cristo.

Pero esta hipótesis, que hemos formulado tan sólo para dar mayor énfasis, para poner de relieve el concepto puramente espiritual de lo que es la Iglesia de Dios, no se concilia, repetimos, con la inmensa misericordia del Hijo, con su inmenso amor a los hombres.

Dispersas por el planeta existirán hasta la consumación de los siglos, almas fieles dignas de dar su contribución humana á las promesas divinas, y a estas almas tendrán que unirse fraternalmente, humildemente, todos aquellos que, tocados suavemente por la mano de Dios y guiados por ella hacia donde está lo que El mismo llamó la «sal de la tierra y la luz del mundo», quieran ascender a la santidad, que no es accesible a una vida mística puramente individual.

Por la gracia antecedente, que es la bendición del Padre de todas las cosas a todas sus criaturas, el hombre puede dar los primeros pasos en el camino de la santidad y de la verdad que es su *inseparable* compañera—eso hicieron en un grado excelso aquellos místicos paganos de que nos hablaba Maeterlinck. Para llegar a la meta, empero, esa gracia no basta. Bastaría si el hombre, fiel a los designios de Dios, conservara la pristina pureza con que Dios lo creó «a su imagen y seme-

janza». Pero como ese hecho no se dió; como fué necesario que Cristo restaurara la humanidad en su primitiva grandeza: es sólo en el seno de esa humanidad restaurada que puede obtenerse la gracia santificante, los dones del Espíritu Santo, que procede del Padre (1) y que el Padre y el Hijo enviaron sobre su Iglesia, representada en aquel momento por los Apóstoles, de los cuales, *todos* los miembros del episcopado, que hayan recibido la consagración por sucesión inenterrumpida, son, *por igual*, herederos, representantes y sucesores.

Al hombre le hace, pues, falta el apoyo fraternal, la vida moral de la Iglesia, y esa Iglesia es inconcebible—porque Jesús así lo quiso—sin dogmas, sin sacramentos, sin ritos.

Los dogmas revelados por Dios y contenidos en el Antiguo y Nuevo Testamento, cuyo sentido conservan los que han perseverado en unidad de fe desde el tiempo de los Apóstoles, son la norma de nuestra vida espiritual, norma confiada a la custodia de *todos* los fieles unidos por el mutuo amor en Jesus Cristo; confiada por lo tanto a Jesus Cristo mismo, pues Él es quien nos une por el amor y es Él quien mantiene nuestra fe desde que nos prometió estar con los suyos hasta la consumación de los siglos y ha-

(1) San Juan, cap. 15, v. 26.

llarse presente donde quiera que dos o tres, en unidad de amor, se reunieran en su nombre.



Quienquiera que se rebela contra un solo dogma, por sí y ante sí lo modifica, o en oposición con sus hermanos lo interpreta o define, peca por lo tanto contra el amor fraternal y escandaliza la Iglesia. Esta, sin menoscabo para su infalibilidad colectiva, sin desmedro para la luz de la verdad que Dios le confió y que debe conservar pura, inhiesta, intangible e intangida por los siglos de los siglos, puede contener en su seno espiritual muchas almas cristianas con un concepto *racional* del dogma involuntariamente precario y deficiente; inteligencias ignorantes pero almas esclarecidas que Dios acepta por sus obras y no por sus razonamientos; criaturas llenas de *fe* pero nó de convencimiento intelectual en doctrinas que desconocen o conocen imperfectamente en sus destalles; almas que por Cristo aman a Dios y al prójimo con pasión de fuego pero que intelectualmente son víctimas de las condiciones y del medio en donde han nacido. Pero lo que la Iglesia no puede contener es a aquellos que conscientemente violan el dogma, predican contra él o lo sofisman, porque esos son moralmente otros tantos fratricidas y en la Iglesia, o compañía, de Abel, el justo, no puede estar Cain, el réprobo.

Del mismo modo, quienquiera que saca la

custodia del dogma a toda la grey de Cristo, al pueblo entero de la Iglesia, y la confia a una especial autoridad, llámese Papa, Patriarca, Consistorio, Universidad, Facultad Teológica, Metropolita o Sínodo, peca contra Cristo. Unicamente Él y nadie más que Él, puede dar a la Iglesia, a su cuerpo, al conjunto de fieles, el espíritu de tradición y perseverancia. Es Él quien, cuando hace o no hace falta definir objetivamente alguna verdad fundamental, nos ilumina colectivamente, para que se lleve a cabo la tarea preliminar por medio de los concilios, e inspira después a toda su grey para que colectivamente acepte o rechace sus decisiones—como las fuerzas vitales de un cuerpo sano aceptan un alimento o rechazan una infección según sean, o no, conformes a las tradiciones y al sentir de la Iglesia Universal. [1]

---

[1] Los patriarcas orientales, reunidos en concilio con los obispos, resumieron muy bien esta doctrina, que hasta el siglo XVI, puede decirse, fué la *regta de fe* en la comunidad católica romana, proclamando solemnemente, en su contestación a la encíclica de Pío IX que «la infabilidad reside únicamente en la universalidad de la Iglesia, unida por el mutuo amor; y la inmutabilidad del dogma, como así mismo la pureza del rito, están confiadas a la custodia, no de la gerarqnía sola, sino del pueblo entero de la Iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo.»

«Nosotros no tenemos—decía aún el § 16 de la encíclica patriarcal—inspección polítíca alguna, o como dice Vuestra Beatitud, derecho de sagrada dirección, sino que sólo estamos unidos por los lazos del amor y de la diligencia hacia la madre común en la unidad de la fe.»

Basados en esos dogmas, los sacramentos son los medios materiales de que Dios se vale para fortalecernos con Su Gracia Divina, y—cualesquiera que sean las tentaciones que nos suscite nuestro orgullo intelectual—para entrar y salir cristianamente en la vida terrena y para permanecer cristianamente en ella, mientras Dios no nos llame ante Su tribunal, esos sacramentos hacen falta.

Por alta que sea la vida espiritual, aún de los más santos, el hombre es siempre un conjunto de cuerpo y alma; espíritu puro no hay más que uno, es, a saber: Dios; aún los ángeles tienen algo de material, imponderable sin duda, pero material al fin; y si Jesu-Cristo mismo, al tomar forma humana, no despreció la materia, ¿cómo la despreciaremos nosotros, que somos lodo vil, y cómo rechazaremos los medios materiales que Dios nos otorga para adelantar en la vida del espíritu?

Los ritos, por fin, que son la expresión co-

«En nuestro seno, ni los Patriarcas, ni los Concilios, pudieron nunca introducir innovación alguna, porque el que aquí guarda la verdad, es el mismo cuerpo de la Iglesia, el pueblo mismo...»

El teólogo ruso Khomiakoff, en la obra ya citada, *Luz de Oriente*, págs. 35 y 63, comentando estas palabras, explica muy bien estos puntos, por medio de ejemplos históricos, comparando la aceptación universal que tuvieron las decisiones del concilio de Nícea con el rechazo de las del concilio arrianizante de Rimini.

lectiva y externa de nuestro amor a Dios y de nuestra unidad fraternal, tienen su razón de ser para dirigir la oración común, para extrechar los lazos del mútuo amor y permitir que los hombres depongan ante la Divinidad los tributos materiales de todo lo que más rico, más bello, más fino produce la tierra y sale de nuestras manos, como expresión de nuestra gratitud al Padre de todas las cosas, al Dador de la vida.

De todo esto, naturalmente, fluye la necesidad del clero y de la disciplina eclesiástica. Es necesario que existan sacerdotes para *predicar* esos dogmas, para administrar esos sacramentos y ejecutar o presidir a esos ritos y Jesú-Cristo previó a ese necesidad disponiendo que sus discípulos predicaran el Evangelio, bautizaran en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, perdonaran o remitieran en Su nombre los pecados, rememoraran los misterios de la última cena; impusieran las manos para invocar al Espíritu Santo; y ordenaran nuevos sacerdotes para continuar dicha tarea hasta el fin del mundo.

A su vez, ese clero que, como delegado de la Iglesia entera, custodia del dogma y guardadora de la pureza del rito, está *especialmente*, pero no *exclusivamente*, encargado de velar por todo lo que pueda servir para conservar la pureza y santidad de *cada uno* de los fieles—y no del conjunto de los fieles, porque por ese vela Dios—pue-

de establecer ciertas reglas que, admitidas por *cada una* de las iglesias o comunidades cristianas locales, son obligatorias, por espíritu de fraternidad, para todos y cada uno de los miembros de dichas iglesias. (1)

Pero, una vez más, no nos equivoquemos con las apariencias, tomándolas por realidades; con los medios, tomándolos como fines. El fin de la vida religiosa es el amor de Dios, puesto que Dios es la unidad de todas las cosas, en el cual está, necesariamente, comprendido el amor a todo lo que es obra suya, y hacia nuestros hermanos en primer término. Lo demás son condiciones impuestas, para facilitarnos el alcance de dicho fin; medios indispensables, pero medios nada más.

Los dogmas, o verdades reveladas por Dios a los primeros hombres, a Moisés, al místico David, a los Profetas, por Cristo, y a los Apóstoles, son normas para nuestra vida espiritual. La adhesión a uno de ellos, a muchos de ellos, aun al conjunto de todos ellos, con ser medios que nos facilitan la fe, con ser—la última de dichas adhesiones—la condición ineludible para entrar en los caminos perfectos de la santidad,

---

(1) Esta diversidad de disciplina eclesiástica para las diferentes iglesias locales, de Jerusalen, Antioquía, Efeso, etc., puede verse ya entre las *Actas de los Apóstoles* a propósito de la circuncisión de los gentiles.

ni constituyen la fe, ni son la santidad misma. A cada paso topamos en la vida con gente que *cree* en Dios; la mayoría de los hombres *cree* en Dios; hay en ellos una convicción intelectual, no racional, instintiva, que les hace admitir la existencia de Dios, que les hace *creer* que hay Dios, puesto que no le es posible *saber* que ese Dios existe, ¿pero, hemos encontrado, tan a menudo, hombres que tuvieran *fe* en Dios, es decir, que lo amaran y confiaran en Él hasta el punto de abandonarse en Sus manos, completa, absoluta, ciegamente?

Del mismo modo que en este ejemplo típico, en el cual el lenguaje humano, sin incurrir en confusiones que otras veces lo obscurecen, nos hace penetrar en el abismo que media entre la creencia y la fe, es esta la diferencia que existe entre la adhesión al dogma y la adhesión a Dios. Sin la *creencia* en el dogma, la verdadera fe cristiana no puede existir — y al decir *creencia* no pretendemos deeir *ciencia,* pues la primera puede existir sin la segunda y la segunda anda muchísimas veces divorciada de la primera — pero la fe no es tan solo creencia, porque no es apenas una operación intelectual, porque es un movimiento de toda el alma, de todas las facultades afectivas tanto como de las perceptivas, hacia Dios.



Muchos hombres buscan en su fe un apoyo

para su creencia. Tal es la explicación del maravilloso grito de Tertuliano: *credo quia absurdum!* Otros parten de la creencia para llegar a la fe. Son, estas, cuestiones de mentalidad, de educación; cuestiones de método según se tenga que vencer las tentaciones intelectuales que se oponen a una perfección moral, ya casi alcanzada, o tentaciones morales que obstaculicen el camino de la perfección intelectual — la concordancia lógica entre lo que se cree y lo que se hace—a los que, por la creencia, tienen casi alcanzada esta última perfección. Pero, de cualquier modo y en cualquier caso, lo evidente es que a la creencia la veremos siempre vivificada por la fe y que la fe no está meramente contenida en la creencia.

Todo lo que tiene de precario, de enfermizo, la mera adhesión al dogma, y con más razón a *un* dogma, se ve patente aquí. Si no hubieran incurrido en el error de tomar esa adhesión por la fe, protestantes y papistas no hubieran caído en la ridícula querella de disputar durante siglos si la fe por sí sola basta, como enseña el Apóstol Pablo, o si la fe sin obras es muerta, como dice el Apóstol Santiago. Hubieran comprendido que, lo que ha muerto ya no existe, y que eso fué lo que dijo el segundo de los citados Apóstoles. En otras palabras, hubieran visto que no hay fe que no produzca obras, pues sin eso no

es fe, es estéril creencia, y que, por lo tanto, tiene perfecta y absoluta razón San Pablo, porque él no habla de fe muerta — es decir, que desapareció—sino de esa fe viva, militante, que vivifica los dogmas. aprovecha los sacramentos, exalta los ritos, da razón de ser al clero, nobleza a la disciplina y es, por fin, la base de la Iglesia, porque es aquella *piedra* fundamental sobre la cual el Señor dijo que la edificaría, cuando Simón, en un arrebato de fe, de amor, confesó a Cristo y mereció que Él, comparándolo con una piedra, lo tomara como personificación de la fe, dura como una roca y como ella inconmovible.

IX

LA REBELDÍA DE LA CARNE

« Los que lo oían dijeron ¿y quién podrá ser salvo? y Él les dijo: lo que para los hombres no es posible, posible es para Dios.»

San Lucas, cap. 18, v. 26 y 27.

Aquella base tan pura, tan alta de la Iglesia de Cristo; la única que Cristo quiso que fuera base de la perpetuación de su obra sobre la tierra, no podía, naturalmente, ser admitida por el hedonismo occidental, por la civilización europea, viciada, casi desde su entrada a la vida cristiana, por el racionalismo socrático, y envenenada, después, por el lujo, el sensualismo, a que contribuyó, entre otras causas, desde el Renacimiento, el descubrimiento de América.

Por eso, a los espíritus occidentales les pareció más fácil hacer consistir la religión en

meras prácticas rituales, en organización y disciplina eclesiásticas o en discusiones y elucubraciones teológicas. Así, toda superficialidad, sin verdadera vida interior, como un árbol todo ramas y sin raíces, tenía que llegar a aquel estado de espíritu que Heine resume, cuando, después de haber escrito los conceptos que dejamos citados sobre el espíritu de penitencia, se revuelve en estos términos contra ese espíritu.

«Este sistema, *que es la vida del cristianismo*, se esparció con increible rapidez por todo el imperio romano; estos sufrimientos reinaron durante toda la Edad Media, y todavía sentimos hoy, en nuestros miembros, el dolor y la debilidad. Si alguno de nosotros está ya curado, no puede, sin embargo, substraerse a la atmósfera de hospital que lo rodea, y experimenta la triste impresión de un hombre sano que vive entre enfermos. Algún día, cuando el género humano haya recobrado plenamente la salud, cuando se haya establecido la paz entre el cuerpo y el alma y reaparezcan en su armonía primitiva, será casi incomprensible la ficticia querella que nace del cristianismo. Las generaciones que nazcan serán más hermosas y felices, y se educarán sonrientes en el seno de una religión llena de luz, y pensarán dolorosamente en esos antepasados, cuya vida se deslizó tristemente en la

abstinencia de todas las alegrías de la madre tierra, deshonrando y escarneciendo las embriagadoras emociones de los sentidos. Sí. Seguro estoy de lo que digo. Nuestros descendientes serán más hermosos y más felices que nosotros, porque yo tengo a Dios por un sér clemente que ha creado el género humano para que sea dichoso, y, al hablar así, juzgo que le enaltezco más que los que piensan que el hombre ha nacido para sufrir. Desde luego, anhelaría ver establecida sobre la tierra esa felicidad por medio de instituciones políticas e industriales, fundadas en la libertad; aspiración que, según las almas piadosas, no ha de realizarse sino en el cielo, después del juicio final. Pero, quizás mis deseos no sean más que vanas esperanzas; quizás no se deba esperar que la humanidad resucite ni en el sentido político ni en el sentido religioso; acaso está destinada a eternas miserias, condenada a que la pisoteen los déspotas, a que la exploten los canallas y a que los lacayos la escarnezcan. *Si esto fuese así, entonces sería un deber, hasta para aquellos que consideran la religión como un error, mantenerla; y, con los pies desnudos, calada la capucha monástica, recorrer Europa, predicando el renunciamiento a todos los bienes terrestres, mostrando a los hombres esclavizados e envilecidos la consola-*

dora imagen del Crucificado y prometerles, después de la muerte, la esperanza del cielo.»

Muchas ilusiones se han deshecho en los dos últimos años. Algunas de ellas verdaderamente generosas y dignas como las de Norman Angell, el que suponía la guerra imposible a causa del progreso económico, y las de los demás pacifistas de todos los matices y colores, hasta las de aquellos que creían que la naturaleza humana se había vuelto mejor desde que una ínfima minoría, dentro de la humanidad entera, puede disponer de la electricidad y del vapor para aumentar sus comodidadcs. Hoy, empero, es posible que muchos corazones, antes llenos de optimismo y de pagana sensualidad, para quienes «todas las alegrías de la madre tierra» y las «embriagadoras emociones de los sentidos» eran otras tantas frutas accesibles que si el hombre no tomaba era sensiblemente porque la «superstición cristiana» se lo vedaba, se encuentren convencidos de que hay algo que intrínsecamente se opone a ello, y castiga con espantosas perturbaciones sociales las violaciones a esa ley de moderación. Es posible que muchos, abriendo los ojos, se vayan convenciendo de que no es «ficticia la querella» ni «nace del cristianismo»—que no ha hecho sinó diagnosticar el mal—esa guerra entre el cuerpo y el alma, que a Heine le parecía una blasfemia con-

tra el Creador pero que, en realidad, es apenas el resultado de la libertad humana. En una palabra, en Europa, en donde se respira verdaderamente esa «atmósfera de hospital», de que él nos habla, y no solo de hospital sinó de matadero, es probable que muchos se sientan ya convencidos de que el restablecimiento de «la paz entre el cuerpo y el alma en su armonía primitiva», es un ideal hacia el cual debemos en efecto tender con todos nuestras fuerzas y toda nuestra vida, pero que, ni se obtiene en la forma que Heine preconiza, ni se realizará íntegramente sinó en una existencia venidera.

Es posible que el mundo se halle ya en estado de comprender cuánta verdad encierran aquellas palabras de Pascal: «quien quiera que no ódia en sí ese amor propio y ese instinto que lo lleva a ponerse por encima de todo, es muy ciego, porque nada hay de más opuesto a la justicia y a la verdad; porque es falso que merezcamos eso y es injusto e imposible conseguirlo, puesto que todos piden la misma cosa». (1) Si así es, entonces había llegado la hora prevista: Heine puede descalzar sus pies y rasurar la cabeza para predicar penitencia en nombre de Cristo.

Esas instituciones industriales—y no quere-

---

(1) Pascal—*Pensées sur la religión*, cap. IX.

mos decir políticas—fundadas sobre la libertad, en que él tanto confiaba, han hecho ya sus pruebas. Heine asistía a sus primeros pasos y podía tener confianza; nosotros, casi un siglo después, sabemos lo que valen. Basadas y teniendo por condición primordial la concurrencia más desenfrenada, esas instituciones—que han podido enriquecer a algunos Krupp, a algunos Scheneider, y formar en vuelta de ellos colmenas humanas de seres caídos de nuevo en la antigua esclavitud bajo apariencias liberales—solo han dado dos resultados positivos: pauperismo interno y exterminio internacional.

Es natural que no sean hoy tan solo los socialistas de cualquíer matiz, desde el comunista ácrata hasta el demócrata cristiano, los que abriguen dudas respecto a la eficacia de ellas para labrar la felicidad humana. Los postulados de la escuela manchesteriana, hace largo trecho que están puestos de lado y, aún sin caer en los peligrosos despotismos del socialismo de estado en que Alemania, en primer término, Francia después, e Inglaterra con sus principales colonias, se han embarcado últimamente, es presumible que—con menos peligros de índole internacional que el que esos despotismos representan [1]—se busque remediar de otro mo-

[1] La situacíón privilegiada que la Gran Bretaña ocupa aún en el comercio del mundo ha hecho del proletariado in-

do los males graves que el individualismo anarquista de los viejos economistas trajo al mundo.

Pero no hay que perder tiempo en minucias, ni pensar en atacar el mal en sus manifestaciones, sino en su raíz. No es esta o aquella institución humana que se encuentra enferma: es el espíritu que a todas las informa que está mal. Si ese espíritu se cambia; si en lugar del egoismo cruel que inspira nuestra vida moderna, ocupa su lugar ese espíritu de caridad que constituye el sello característico del cristianismo, ese espíritu de amor que solo puede tener por base la negación de sí mismo, el menosprecio de la propia carne, de la propia vanidad, las instituciones humanas se cambiarán por sí solas, se transformarán, saturadas las viejas formas por un nuevo espíritu, exactamente como el mundo romano, su jurisprudencia, sus costum-

---

glés (excluídos naturalmente los «casual labourers» y los vagabundos sin trabajo, que se cuentan por millones) la aristocracia del proletariado universal. Esta ha sido como previó el Príncipe Kotchubey en el estudio *Le probléme de la triple entente au point de vue russe*, una de las causas de la actual guerra. Las restricciones egoistas, inhumanas, que en el Canadá, Australia, Sud Africa y Estados Unidos se hacen a la inmigración chino-japonesa, hindú, y aún a la italiana y eslava, en virtud de una política a la cual Pratto, el economista italiano, ha puesto el nombre apropiado de «proteccionismo obrero», también pueden venir a ser causa de graves conflictos futuros.

bres, se transformaron—tan pronto la mayoría pensó y sintió como cristiana. [1]

No es una transformación física, una transformación mecánica, lo que tenemos que buscar. Es algo químico. ¡Pero no; las palabras humanas no pueden corresponder a conceptos divinos! Es algo sobrenatural, como la transubstanciación del pan y del vino en la carne y la sangre de Cristo. Es la cristianización del mundo por su saturación en Dios, en la infinita caridad de Jesus Cristo. Es el triunfo de la ley de amor.

Las instituciones políticas son algo contingente, sujetas a variaciones impuestas por circunstancias históricas, geográficas: sociológicas, en una palabra. Las institucionadas sociales también. Un grado más o menos en la curva de un meridiano, influye en ellas y las modifica. La coexistencia en un mismo territorio de varios pueblos de diferente raza y de diferente lengua, impone el federalismo o la monarquía absoluta, según sea el grado de su evolución intelectnal. Como cristianos, nada, absolutamente nada, tenemos que ver con todo eso. «Mi reino no es de este mundo», ha dicho Jesu-Cristo, y esas palabras, sin sofisma, deben

---

[1] Troplong—*De l'influence du christianisme sur le droit civil des romains.*

significar claramente para nosotros que, cualquiera que sea nuestra colaboración personal al bien común, nuestra forma de dar «al César lo que es del César», nuestra actividad meramente política como ciudadanos, nuestras predilecciones personales por la monarquía o por república, por la autoridad o por la libertad, no debemos confundir la religión, nuestro amor a Dios, con todo eso. Partidos religiosos son absurdos que en sí mismos llevan su propia condenación. Dios está muy por encima de tales querellas y Su nombre es demasiado santo para que pueda servir de bandera a ambiciones de clase, de personas o de partidos y escudar odios fratricidas.

Dios es unidad; la unidad esencial, más profunda, más verdadera que las apariencias caóticas de la pluralidad fenomenal; y quien se le une, por el amor, al hacerse uno con el Uno, al elevarse sobre el torbellino de las pasiones, de los egoismos, de las luchas, solo reposo puede sentir en su alma, reposo que es fruto de la unidad con todos los seres vivientes, unidad en su propio espíritu, unidad con sus hermanos; jamás odio, hostilidad, rivalidad, separación.

Pero si las formas tienen que preocuparnos muy poco, el espíritu que las anima tiene que importarnos mucho. Un régimen de esclavitud,

Su oposición a Sócrates y al racionalismo

como el de los tiempos patriarcales, o de la época homérica, cuando el esclavo era considerado como miembro de la familia y tratado paternalmente, participando de todas las alegrías y penas comunes, es, sin duda, preferible a nuestro duro régimen de asalariados, en el cual el obrero enfermo, el obrero viejo es despedido como bestia inútil, a la cual no se tiene siquiera el valor lógico de sacrificar.

No quiere esto decir, naturalmente, que el actual régimen, basado en la libertad, no represente un progreso sobre la esclavitud. Es el espíritu de dureza con que se aplica, es el egoísmo que lo inspira—y que tanto se manifiesta en la actitud del patrono para con el obrero, como en la de éste para con aquél—lo que todo lo vicia y hace execrable, haciendo que se parezcan Vedio Polión, el que daba carne de esclavos a sus lampreas, y el régimen capitalista que da carne de obreras a la perdición. En lugar de eso, empero, poned la caridad, el mutuo amor, y todo cambia. No solo el sistema actual; la esclavitud misma se hace bella.

Lo mismo pasa con la ciencia. Arrancad de ella esa pretensión socrática, pedante, adoptada por los escolásticos, predominante en la Iglesia Romana, y que alcanza todo su apogeo en el protestantismo, de querer subordinar la vida espiritual interior, la vida moral, al cono-

cimiento lógico. Desechad de una vez ese sofisma o esa falsa deducción que hacía pensar a Sócrates que, así como para ser un buen piloto, un buen músico, hace falta poseer la ciencia de la náutica o la ciencia de la música, para ser verdaderamente virtuoso, hace falta dominar la ciencia, el conocimiento racional de la moral [1]. ¿Quién condenará, entonces, los esfuerzos de un Pasteur, de un Mentchikoff, de un Roux, para salvar maravillosamente tanta vida humana?—¿Quién invocará anatemas, sobre todo lo que tiende a disminuir, en una forma o en otra, el eterno e inevitable sufrimiento humano, y, principalmente, si busca hacer más fácil, menos ruda la tarea de los humildes?

¿Quién menospreciará todo esfuerzo para conocer la verdad en todos los dominios en que la razón puede hacerlo, incluyendo las mismas esferas del conocimiento y de la psicología?—¿Acaso no son estos estudios, precisamente, los que *a posteriori,* por la portentosa labor de

---

[1] Respecto a esta preocupación racionalista, en materias que necesariamente escapan al raciocinio, preocupación que constituye la nota original de Sócrates en el pensamiento griego, de nuevo y muy empeñosamente nos permitiremos recomendar la lectura del estudio, ya citado, de M. Émile Boutroux, sobre Sócrates. Aun cuando el autor de los *Études d'histoire de la philosophie* parezca aplaudir esa preocupación socrática, llamándola sin embargo, paradójica, ninguno como él, ni el mismo Nietzsche, la ha puesto tanto de relieve.

Kant y Schopenhauer, nos permiten ver hoy que tenían razón *a priori* los que, con Pascal, y antes de Pascal, enseñaban que nuestro mundo interior, lo que está más escondido que las meras operaciones de la inteligencia, es campo vedado, inaccesible a la razón y más todavía irreglamentable para la razón?

Arrancad a la ciencia ese orgullo que la hace invadir las esferas del sentimiento y de la conciencia, que no son suyos, y la induce a perturbar la vida moral de los pueblos. Arrancad ese espíritu de hegemonía racionalista que, como la ambición de los Papas, anhela sujetar a su dominio el universo entero. Arrancad después al mundo el egoísmo colectivo, en el cual el orgullo intelectual y el consecuente optimismo que de él fluye, tienen tanta parte, y que pone toda la ciencia al servicio del sibaritismo y del espíritu de destrucción, ¿valdrá menos, entonces, el asceta que sacrifica su vida entera en un laboratorio que el anacoreta, en el desierto, que da a las gentes el saludable ejemplo del menosprecio de los bienes y goces terrenales? —¿No los une a ambos el mismo pensamiento de amor?

Es el espíritu que dá valor a las cosas. Y ese espíritu solo lo cambiaremos si *cada uno de nosotros* renuncia a sí mismo, toma su cruz y sigue a Jesús. Para eso debe servirnos la con-

templación mística, el continuo abismarse en la Unidad de Dios, no para otra cosa y menos aún para aislarse de los demás seres como una ostra que se encierra en su concha.

No son palabras, no son prédicas, es el ejemplo individual lo que hace falta. Ejemplo de cristianismo, de penitencia, de pobreza, de virtud, para vencer ese escepticismo con que, sin duda, tendrán que ser acogidas estas palabras por muchos que tacharán de locura y de ciega ilusión un programa que se propone nada menos que arrancar el mundo a su egoismo,

Naturalmente la carne se rebela porque está dominada hace siglos por un espíritu orgulloso y egoista, viciado por falsas orientaciones. Sin duda ella imagina que este programa es imposible; pero lo que no es posible a los ojos de los hombres, lo es para la misericordia de Dios.

La lección ha sido dura y esperamos que produzca frutos de bendición. Después de la presente guerra, el mundo tiene que excoger entre la severa escuela alemana, bazada en la seriedad trágica de la existencia, que no se hace al respecto ilusión alguna, y desea imponer la disciplina por la fuerza y doblegar las gentes a un utilitarismo servil, y el yugo suave del amor cristiano, de ese cristianismo cuyas máximas fundamentales se invocan para condenar a la

execración de la historia los desmanes y atropellos cometidos durante la presente guerra.

Esperamos que, entre estos términos, el mundo escogerá el segundo. Existen ya síntomas de que hacia ese lado se encamina: es ese el renacimiento místico que se produce en Europa, Pero, si así es, esperemos que no se deje desorientar de nuevo, tomando por vida religiosa los caminos falsos que durante siglos lo condujeron, paulatina pero seguramente, al estado actual.

«Somos pobres en nosotros y ricos en Dios, —dice Ruysbroeck en el *Libro de la Piedra Resplandeciente*—llenos de hambre y de sed en nosotros y hartos y ébrios en Dios; laboriosos en nosotros y de un descanso absoluto en Dios. Así permanecemos eternamente; porque sin los ejercicios del amor no podemos jamás poseer a Dios y aquel que siente y cree de otro modo vive en el engaño».

Es este el camino; el amor de los amores, el amor de Dios, que se manifiesta por las obras de amor, por la acción. Si el mundo quiere ser para Cristo, ya que Cristo fué, es y será siempre para el mundo, hágalo integralmente, de buena fe, sin volver la vista atraz. Recuerde una vez más que no basta decir ¡Señor! sinó que hace falta ordenar *toda* la vida de acuerdo con ese grito. El siervo del Señor no lo puede ser de la concupiscencia de la carne.

Tal como se encuentra, peor bajo ciertos conceptos, mejor bajo otros aspectos, hallábase el mundo cuando Cristo pasó sobre la tierra sembrando palabras de vida. El mismo sensualismo, el mismo escepticismo, la misma desorientación. La figura representativa de lo mejor, de lo más selecto, moral e intelectualmente, de aquella sociedad: Poncio Pilatos encogía los hombros, sonreía finalmente cuando se le hablaba de la Verdad y volvía las espaldas a Ella, como cualquier intelectual de hoy, como cualquier nietzscheano, exclamando burlón ¡¿qué cosa es la Verdad!? Sin embargo, en menos de tres siglos ¡qué transformación! Para llevarla a cabo bastaron doce humildes y, tras de ellos, algunos que no dudaran; unos cuantos que tuvieron fe. Después el ejemplo fué seguido; el número de los que combatieron los males de una sociedad como la nuestra, enferma de egoismo hasta sus fibras más íntimas, fué muy pronto legión. Y la sociedad pagana, llena de lujo y de lujuria, de vanidad y ferocidad—como nosotros—tuvo que rendirse ante esos hombres que predicaban *con el ejemplo* la renuncia a los bienes de la tierra para ponerse en comunicación con el más allá, para obtener la contemplación excelsa de Dios.

Hoy, como entonces, los Pilatos pueden burlarse de las palabras de vida y escandalizarse

los fariseos. Para los primeros no hay más vida que los pocos años que habemos de pasar en este rinconcito apartado del universo; una mirada al cielo, en una noche límpida y estrellada, nada les dice al espíritu; y esa vida creen que hay que pasarla animalmente, como los cerdos, en las preocupaciones de la alimentación y de la reproducción. Los otros, que hacen con los primeros buena camaradería, que de los primeros viven y para ellos trabajan, han encontrado el medio de tranquilizar las conciencias de alguno que se sintiera tentado a vivir una vida superterrena. ¿Dices hermano que crees en tales o cuales doctrinas que te enseñan nuestros sabios teólogos? Bueno, ya tienes fe. ¿Cumples hermano con tales o cuales ritos y rezas tales o cuales oraciones? Mejor, ya tienes piedad. ¿Perteneces, sobre todo, oh hermano, a nuestro partido, defiendes nuestros intereses, nos dás cabida en los presupuestos y ayudas nuestra política internacional?—¡Excelente, hermano, ya tienes alcanzada la vida eterna!

¿Qué importa, sin embargo, lo que piensan y dicen los doctores de la sinagoga y los tetrarcas de Galilea? Pueden, sin duda, crucificar al Justo, apedrear a Esteban, encarcelar a Pablo; pero los Estébanes y los Pablos no han venido al mundo sinó para eso; siempre habrá Estébanes y Pablos, y para ellos esos castigos serán

siempre el supremo galardón. Lo interesante es observar y examinar lo que sienten y dicen las capas más profundas de la sociedad, ver cómo se agitan con presentimientos obscuros, cómo las mueve un viento de pesimismo, un dolor de desesperación y angustia, como aun en la subconciencia de los más optimistas existe la convicción de que el actual estado de cosas no puede durar por más tiempo, porque la civilización está planteada sobre bases falsas y esas bases no pueden subsistir.

El mundo hállase mucho más cerca del remedio de lo que él se piensa. No nos referimos ya a ese grito de protesta que nos viene de las muchedumbres proletarias; a esta espantosa guerra que nos vino a demostrar que, en la lucha de las concupiscencias y de las ambiciones, era imposible mantener por más tiempo el equilibrio entre las naciones. ¿No habéis visto pasar por las calles de los principales centros europeos y americanos, unos hombres marcialmente ataviados como en martes de carnestolendas y unas mujeres ridículamente vestidas que cantan salmos, despliegan extrañas banderas y se hacen acompañar por charangas tan estrepitosas como desafinadas?

Ellos dicen ser el *Ejército de la Salvación*, y el mundo los ha acogido con risas, con insultos, con piedras. Sin embargo, aun no hace,

nos parece, medio siglo, que un pobre predicador metodista, llamado Booth, destituído de medios, sin tener para sí, para su mujer y para sus hijos siquiera un pedazo de pan, resolvió fundar esa obra descabellada, y, sin embargo, esa descabellada obra hállase hoy en todos los países civilizados de la tierra; las gentes ya no se ríen, y cuando aquel pobre predicador murió, entre los cientos de miles de personas que acompañaron su féretro por las calles de Londres, había figuras palatinas, representantes de monarcas de la tierra. ¿Qué significa todo esto? —¿Por qué se descubren las gentes ante el cuerpo y la memoria de Booth?

¿Ya no es, acaso, ridícula su indumentaria?—¿No son desafinados sus coros? —¿Hay ciencia en sus sermones?—No. Gente, en su mayoría, ruda e inculta; extraídos de los abismos, muchos de ellos, no solo de la «más negra Inglaterra», sinó de todo lo que hay más lóbrego en la miseria del globo, esas pobres almas solo oponen a la vana ciencia del siglo y a la erudita disertación de las iglesias, la sinceridad de sus corazones sencillos.

Pero el mundo ha visto que esa obra se destina a socorrer los inopes, a levantar los caídos, a dar consuelo al desesperado y pan al hambriento; el mundo se ha convencido de que, despreciando absolutamente toda riqueza, toda

gloria, toda vanidad, esos hombres y esas mujeres hacen una vida de sacrificio y de apostolado, una vida de caridad y penitencia, y eso bastó. El mundo sensual y corrompido, egoísta y cruel, mira a esos cristianos y, sintiéndose pequeño, los reconoce grandes.

Y, sin embargo, esos salvacionistas son de ayer. Hasta ellos no ha llegado sinó una partícula de la verdad de la Iglesia. No hay en ellos sinó un aspecto unilateral, de lo que durante los diez primeros siglos de vida de la Iglesia, fué patrimonio común de todos los cristianos. El Evangelio ha venido a sus manos por medio de un movimiento fratricida, como es el protestantismo. ¡Imaginad lo que sería si esos hombres fueran una prolongación del tronco común; si estuvieran en comunicación directa con la tradición apostólica; si, en lugar de ascender tan solo hasta Booth, pudieran estar unidos a todos los cristianos por una rama genealógica común a todos ellos!

No. Aunque se rebele la carne, el espíritu había de prevalecer. El mundo tiene que escuchar y acatar las palabras de penitencia que eternamente le predica el Cristo—bajo pena de que la dolorosa experiencia de hoy se repita mañana, dentro de diez, de cincuenta años, dentro de un siglo, pero inevitablemente y con tanta más dureza cuanto mayor sea el tiempo que

pase, los intereses que estén en juego, los pueblos que choquen, los progresos que haya hecho la satánica arte de matar, puesta al servicio de un egoísmo, individual o colectivo, que no concibe sinó placer para sí y para los suyos, muerte y sufrimiento para los demás.

X

DEL ORIENTE, LUZ

«Fortaleza mía, a tí cantaré; porque eres Dios de mi amparo, Dios de mi misericordia.»

Salmo 59, v. 17.

«¡Platón y Aristóteles! exclama Heine. ¡Platón y Aristóteles! No representan solamente dos sistemas; constituyen también los dos tipos de naturaleza humana que, desde tiempo inmemorial, se han presentado siempre en oposición con mayor o menor hostilidad! Así se ha combatido, especialmente en la Edad Media, hasta nuestros días, y esta lucha forma parte esencial de la historia de la Iglesia cristiana. Sean cualesquiera los nombres que se citen, siempre se tratará de Platón y Aristóteles. Los temperamentos soñadores, místicos, despiertan en el fondo de sus almas las ideas cristianas y los símbolos que

las corresponden. Las inteligencias prácticas, regulares, aristotélicas, construyen, con *esas* ideas y *esos* símbolos, un sólido sistema, el dogma y el culto. La Iglesia concluyó por cobijar en su seno esas dos naturalezas de hombres, de los cuales unos pertenecieron al clero secular y los otros encerráronse en monasterios, sin que por eso dejaran de combatir.»

Es esta la lucha, a que antes nos referíamos, entre escolásticos y místicos; la lucha que opone, en el alma hispánica, el iluminado Raimundo Lulio al canonista Raimundo de Peñafort; es la lucha que proseguirá, hasta la consumación de los siglos, entre los espíritus religiosos y los que no lo son; entre idealistas y materialistas; entre los que lanzan las ideas y los que se apoderan de ellas para utilizarlas, pulirlas, corromperlas y sistematizarlas; entre la *intuición* y la *razón;* entre el *genio*, abstrato, y el *talento*, práctico. Entre Platón y Aristóteles, en una palabra, volviendo al punto de partida, cuando el primero despierta todo lo que hay de misticismo y, por lo mismo de fuerza, en el inspirado del oráculo de Delfos — Sócrates, su maestro — y el segundo desarrolla todo el germen fatal del racionalismo que contenía el intuitivismo socrático.

Pero, por lo menos, dentro del terreno religioso—y eso hemos ganado — esa lucha toca

a su fin. El racionalismo filosófico nos ha prestado el señaladísimo favor de demostrarnos que no hay lugar para Aristóteles dentro de la Academia de Platón; de que son actividades distintas, basadas sobre puntos de partida diferentes, aquellas que desarrollan el sentimiento religioso y la razón científica, y de que la segunda nada tiene que hacer con el primero, aun cuando el primero — esencialmente—continúe moviendo siempre a los grandes apóstoles de la segunda, a los genios, pues en ellos la intuición procederá siempre a la deducción, la hipótesis al examen, e intuición e hipótesis solo pueden ser fruto del entusiasmo, y este—muy bien lo habían comprendido los griegos — es de origen divino : es el sibilino ἔνθους ¡la inspiración de los dioses!

Deslindados los campos, definidas las situaciones, hoy, repetimos, ya no puede haber lugar para los aristotélicos dentro de la religión. Los espíritus verdaderamente religiosos, no los rutinarios que siguen la vida religiosa por educación, costumbre, inercia, tendrán que convencerse de ello. Ya no es posible la lucha que opuso, en el siglo XIII, franciscanos a dominicos, hasta que ambos fueron por igual tragados y asimilados, siglos después, por los jesuitas, que representan, sintetizan y constituyen hoy la Iglesia Romana.

Los Platónicos

Ahora bien: si esta convicción se hace carne, no hay exageración en concluir, de ella, que a tal convicción debe corresponder nuestra conducta. No pudiendo expulsar de las comunidades racionalistas occidentales, papistas o protestantes, los aristotélicos que hay en ellas, porque ellas mismas son aristotelismo puro, los platónicos deben sentirse tácitamente expulsados y volver sus ojos hacia aquellas tradiciones de la Iglesia cristiana, y sus representantes actuales, que mantuvieron en todo el mundo civilizado, durante *mil años*, y pueden mantener aún hoy, en el oriente, esa fuente de vida espiritual individual, no racional (como la protestante) sinó mística, que el Evangelio nos dá como base de nuestra vida religiosa cuando nos dice: «el reino de Dios está dentro de vosotros.»

Heine, demasiado absorbido por las luchas de su país entre papistas y protestantes, no ha visto un episodio aún mayor en la historia de la Iglesia, que el de la lucha que se desarrolló, en el seno de la comunidad romana y de las iglesias protestantes, entre platónicos y aristotélicos. No vió que, allá por el siglo X, toda la Iglesia se dividió en dos grandes mitades: una, la oriental, esencialmente platónica, aún cuando haya en ella infiltraciones aristotélicas que toman forma bajo el aspecto de tales o cuales discipli-

nas canónicas accidentales; la otra, la occidental, esencialmente aristotélica, aún cuando se vean en ella infiltraciones platónicas que se manifiestan por la actividad de los santos, por la acción de un Francisco de Asis, de una Teresa de Jesús: sal mística que ha impedido que ese organismo puramente material cayera hace mucho en la podredumbre.

Es a esa lucha entre Roma y Bizancio, perpetuando en el cristianismo la oposición entre la fría jurisprudencia romana y la brillante filosofía helénica, a la que tenemos que volver los ojos en esta hora de reacción mística, que brota en un momento de prueba para el mundo, reacción que intelectualmente no fué preparada ni por los Balmes ni por León XIII, sinó por filósofos como Maeterlinck y Bergson, evocando los ecos de la voz, ya casi olvidada, de la escuela alejandrina, de los Plotino, Porfirio y Jamblico, por poetas como Ruben Darío y Guerra Junqueiro, en su última evolución, neo-franciscana, mística.

Aún cuando otra cosa piensen aquellos que por una designación local que pasó a ser universal, han merecido el nombre de *ultramontanos* y aún el más gráfico de *papistas*, el autor de este libro piensa, siente y escribe como católico.

Para negarlo será necesario que esos elementos confiesen una verdad para ellos inconfesa-

ble: que la iglesia romana es una secta disidente que empezó a separarse del catolicismo allá por el siglo X y concluyó su evolución cismática y herética en 1870, con el presunto concilio del Vaticano.

Si el catolicismo, empero, no es esa secta; si eran católicos los fieles de los diez primeros siglos, *del primer milenio* de la Iglesia Universal; si durante esa época gloriosa de martirio y de lucha, de oración y de estudio, en la cual se definieron los dogmas, se formuló la disciplina y vivieron esos santos padres y esos varones insignes que se llamaron San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Basilio el grande, San Juan Damasceno, San Agustín, San Clemente de Alejandría, Tertuliano, Origenes, se salvaron y estuvieron en unión con la Iglesia los cristianos que no cayeron en la gnósis, el maniqueismo, el nestorianismo, el pelagianismo y el arrianismo, el autor tiene derecho a llamarse católico y puede abrigar la esperanza de salvarse y de estar en unión con la Santa Iglesia de Cristo, católica porque es universal, apostólica porque no ha renegado del canón apostólico.

Le falta, sobre eso no hay duda, toda especie de autoridad moral. Es el más indigno entre los vivientes para dirijir la palabra a sus hermanos y para pretender enseñarles. Ha sido infinitas

veces infiel a Dios e idólatra de las criaturas. Como polemista político, que se creía católico, ha tomado el santo nombre de Dios en vano, Los días del Señor los ha delapidado y profanado de mil maneras. Mal hijo, muchas veces, mal amigo más veces aún, ha abrigado en su pecho ódios fratricidas y aborrecimientos misántropos, odiando pueblos enteros y aún a todo el género humano. Sensual y corrompido, ha dado escándalo por palabras y obras a muchos, pervertido quizás almas inocentes. No ha sido, como debiera, celoso de los intereses del prójimo, escrupuloso en lo que atañe a los bienes materiales de sus hermanos. No juzgó a los demás con justicia, ni siquiera con caridad; torció posiblemente palabras e intenciones agenas y las interpretó mal públicamente. Envidioso, por fin, de la agena fortuna, de la prosperidad de los otros, de su fama y de su gloria, pecó una y mil veces contra la caridad. Es, en una palabra, escoria vil, abominación a los ojos de Dios, reprobación a los ojos de los hombres, y solo por una confianza sin límites en la Bondad Divina puede hoy implorar humildemente, públicamente, la misericordia del Señor y el perdón de sus hermanos.

Sí. Todo esto es verdad y si eres cristiano, lector, tu corazón bondadoso se moverá a compasión e implorarás a Jesús su gracia para el

autor de estas líneas. Si no lo eres, lo despreciarás con asco, y harás bien. Pero, en uno y otro caso, por amor de la Verdad, pensando que alguna puede estar contenida en estas páginas, escucha sus palabras.

Este libro es fruto, más que de la meditación y de la investigación, de la experiencia. El autor es un producto de su medio y de su época, bebió el cáliz de sus abominaciones hasta la saturación, hasta la heces, hasta sentir horror, hasta decir basta. Entonces el Señor, en una noche de viernes santo, delante de una imagen de la Siempre Implorante, de la Santa Virgen, Madre de Dios, tocó su corazón, por la milésima vez quizás, pero con resultado, y el pecador empedernido, el tantas veces infiel a la Gracia Divina, empezó a pensar en sus errores y, como la caridad se despertara en él, también en el estado miserable en que, moral y materialmente, yace el género humano.

La operación fué lenta, porque a la gracia de Dios tenemos nosotros que prestar nuestra cooperación humana y la carne rebelde se oponía aún, y se opone hoy todavía, a la obra del Espíritu Santo. En la oración, sin embargo, halló al alma fuerzas para seguir adelante; Dios no falta a quien lo invoca, y la Luz fué, poco a poco, bajando sobre este atribulado, indigno de ella.

Este libro, que no es sinó una mezquina y parcialísima expiación de los pecados del autor, es el resultado de todo esto. Escrito en un medio y para un medio en el cual, como en todos los países del habla española, no puede sinó desagradar a creyentes e incrédulos, solo menosprecios y enemistades puede el autor cosechar con él. Dios, que parece haberlo inspirado, sabe, sin duda, porque lo hizo. En Él el autor confía. Él es su esperanza. Él su fortaleza.

Si las páginas anteriores han conseguido mover algunos corazones y algunas inteligencias—órgano tan indigno para tan grande obra, el autor no se atreve a esperarlo, aun cuando una voz interior, que bien pudiera ser la del tentador, se lo insinúe dulcemente—que esos, a quienes este libro haya convencido de que la fe es acción, se unan para la acción, organizándose en forma autónoma, localmente, nacionalmente, como corresponde, sin esperar que otros lo hagan en otra parte; sin aguardar auxilios de afuera. Si alguno se siente sólo, completamente sólo, que no se desanime; no está sólo el hombre cuando tiene a Dios, y, en tal compañía, aun individualmente se puede mucho, porque no hay pobre, por pobre que sea, que no pueda ejercer la caridad.

El autor se imagina que pertenecen a la comunión católica aquellos corazones que Dios

ha destinado — ¿hoy, mañana, dentro de un siglo?—¡quién sabe!—para simpatizar con este libro. Para los protestantes no ha escrito; no porque no los ame, fraternalmente, cordialmente, como hermanos; sino porque su educación, el medio en el cual vive: la voluntad del Señor, en una palabra, le hacen preocuparse más de los que tiene más cerca. El autor ha escrito para los católicos y a esos va dirigido el ruego de organizarse nacionalmente para esa acción que nos parece imponer la hora presente.

Que esos espíritus, verdaderamente religiosos, a quienes ahogan los intereses y aspectos mundanos de la Iglesia en cuyo seno viven, que quisieran renovarla, vivificarla, con el celo ardiente, con el corazón abrasado de amor de un Francisco de Asis, no se hagan por más tiempo la ilusión de que, parmaneciendo en su seno, serán como la levadura que, en pocas horas, fermenta toda la masa. El ejemplo reciente de lo que ha pasado con Fogazzaro, en Italia, y con todas los modernistas, en Francia, Inglaterra y Estados Unidos, ahí está para decirnos que ello es imposible. No todo era estéril, vano y orgulloso racionalismo en ese movimiento poliforme, mejor dicho, en esos movimientos que, solo sofismándolos, pudo unificar la Encíclica *Pascendi,* y, sin embargo, todos fueron igual-

mente condenados por Roma. Se confundió en un mismo anatema la curiosidad perturbadora de Loisy y la caridad apostólica de Marc-Sangnier y de su tan simpática obra del *Sillón*.

Que el Papa tomara la dirección del movimiento que hoy las circunstancias le imponen; que el Papa empezara por despojarse de su poder hegemónico sobre todos los obispos, conservando apenas el primado de honor y de jurisdicción, que sin duda le corresponde, sobre todo el occidente; que el Papa, como lo aconsejaba *el santo* de Fogazzaro, exhortara al clero a ser pobre, como le impone que sea casto; que el Papa, pastor de almas, cuidara de esas almas y no de sus inteligencias; que el Papa recomendara la oración mental, la vida interior, en lugar de la fraseología dogmática; ¡qué ideal, pero también qué ilusión!

¡Pobre Papa! Con excepción de aquellos depravados del Renacimiento, y aún algunos de la Edad Media, de quienes la historia nos dice que fueron mónstruos con forma humana, y a quienes solo la casuística de ciertos sofistas puede defender, el autor no cree que hayan sido malvados todos los sacerdotes que se han sentado en la silla que dicen de Pedro. De algunos, de muchos, se puede decir que fueron buenos, y todos, sin excepción, merecen nuestra fraternal compasión. Pero, buenos ó malos, todos fue-

ron víctimas de la tradición, de los antecedentes, de los intereses que maniatan al hombre que allí se sienta; y ninguno, muchos siglos hace, y hoy más que en cualquier siglo anterior, puede hacer otra cosa que ejecutar servilmente el papel de autómata a que lo destinaron cuando lo eligieron.

¡Pobre Papa!—¿Cómo no habrá sangrado el corazón cristiano de Benedicto XV, al ver los horrores de esta guerra; y sin embargo, por qué se ha callado?—Si el Papa es el vicario de Cristo en la tierra, ¿por qué Cristo no levantó su voz, por medio de su vicario, como la levanta en todos nuestros corazones, haciéndonos protestar contra tanta crueldad y tanta infamia?—El cardenal Mercier quisiera que el Papa protestara de las tristes y dolorosas cosas que han ocurrido en Bélgica, y el Papa no ha podido complacerlo. Por eso, tan solo por eso, dicen que Bélgica estuvo a punto de declararse cismática, si el mismo cardenal no la hubiera contenido. Pero ¿qué podía hacer el Papa?—¿No es él, acaso, una potencia en la tierra; no han querido sus antecesores, durante diez siglos, que lo fuera?—¿No tiene representantes diplomáticos en todas las cortes, en todas las repúblicas; no es *igual* a los reyes; no hace una política mundial, como Francia, como la Gran Bretaña, como los Estados Unidos, como Alemania?—Sí, la hace;

ahora bien, si la hace, tiene que proceder como todas las potencias de la tierra: transigir, intrigar, confabularse, unirse, divorciarse, atacar, defenderse. Un Papa, potencia mundial, no puede ser el amigo de todos los hombres, y menos el amigo de Dios, que está por encima de las pasiones humanas. Tiene que ser, alternativamente, amigo y enemigo de unos y otros, según le convenga a su política; aliarse mañana, como la Gran Bretaña, respecto a Francia, con sus enemigos de hoy, y menospreciar y hostilizar hoy a sus amigos de ayer. Eso lo saben bien los carlistas é integristas de España; los monárquicos ó los republicanos católicos de Francia; los católicos de Irlanda y los católicos polacos de Austria y Prusia—sin embargo todos se empeñan en no abrir los ojos.

¡Pobre Papa! La triste historia de cómo vino a parar el Obispo de Roma a tal estado de esclavitud está hoy muy olvidada por los intelectuales del occidente o le es completamente desconocida. Sin embargo, nunca como ahora, hizo tanta falta recordarla para que aquellas almas generosas, que dentro del romanismo se ahogan sin tener la fuerza necesaria para romper la disciplina que las inutiliza, pierdan los escrúpulos que la palabra *cisma* pueda causarles, y se decidan a lo que antes les decíamos: a organizarse localmente, nacionalmente, en forma autónoma, para *vivir* su

fe. Analizando esa historia pudo el autor de estas páginas llegar a las conclusiones que este libro sintetiza ¡ojalá otros lo sigan!

Los antecedentes hay que ir a buscarlos muy lejos: a fines del siglo VII o principios del VIII, no se sabe muy bien, porque Roma ha tenido siempre buen cuidado de hacer desaparecer las pruebas de su error. En esa época se produjo en la historia de la cristiandad un hecho de capital importancia cuyas consecuencias estamos aún hoy sufriendo. Un concilio regional de Toledo alteró el dogma universal, establecido mediante la redacción del símbolo de fe por el concilio ecuménico de Nicea, y cavó así, por ese acto de rebeldía nacional contra la fraternidad cristiana, un abismo en el seno de la iglesia de Cristo. A consecuencia de él, el occidente y el oriente, mil años unidos, vinieron a separarse al final del siglo X.

Esa alteración, dicen los sacerdotes y escritores romanos, no tiene importancia. Fué la mera adición de una sola palabra, *filioque* (y del Hijo), con el propósito de aclarar el símbolo de Nicea. Hacer de ella un motivo de separación, es, añaden, ridículo bizantinismo, gusto por las disputas teológicas y ganas de perder tiempo en cosas sutiles...

Se trata, en efecto, de algo de tan poca monta, para un cristiano, como ser la esencia del Dios

Trino y Uno; disputándose, en este caso, si el Espíritu Santo, procede del Padre, o del Padre y del Hijo conjuntamente. Para el creyente, una bagatela ¡cómo se vé!

En pro y en contra de la primera tésis, que es la sostenida por la Iglesia Oriental, se han gastado ríos de tinta y hecho montañas de libros, aun cuando la Iglesia Romana prefiera hoy no hablar del asunto y no levantar más la cuestión ([1]). A su favor citan los ortodoxos el versículo 26 del capítulo 15 del Evangelio de San Juan: «empero, cuando viniere el Consolador, el cual yo os enviaré del Padre, el Espíritu de Verdad, *el cual procede del Padre*, él dará testimonio de mí.» En su contra, cita la Iglesia Latina la opinión de muchos santos doctores de la Iglesia Griega que, según la Iglesia Latina, interpretaron de otro modo el texto evangélico. Replican los orientales y, con ellos, en el siglo XVII, el célebre Zernicavius, demostrando que esos textos griegos han

([1]) Delante de los ojos tiene el autor en estos momentos un *Recueil de prières*, publicado en Tours por la casa A. Mame et fils «editeurs pontificaux», con aprobación de S. Eminencia el cardenal Morlot, arzobispo de Paris, del arzobispo de Tours y del obispo de Orleans. En el ordinario de la misa, publicado a dos columnas, en latin y francés, está en latín el credo de Nicea, tal como el sacerdote lo resa, suprimiendo las palabras que han sido motivo de la separación de las iglesias, mientras en el texto francés para los fieles, que debía ser traducción exacta del anterior, esas palabras subsisten con la alteración que le hizo el occidente.

sido adrede alterados o mal interpretados, mezclando las razones con que los santos padres hablan de dos operaciones distintas, *ad extra* y *ab-intra*, cuales son aquéllas a que se refieren las palabras: «*yo os enviaré*» y las otras *el cual procede*... Pero ¡para qué continuar! no es este el momento de resucitar la vieja querella, menos aún en un libro de esta índole. ([1])

Ateniéndonos al aspecto social del hecho, el mal enorme ocasionado por el concilio hispánico está principalmente en el menosprecio que hizo de sus hermanos, no consultándolos en negocio de tanta monta y contrariando las prescripciones taxativas del concilio de Efeso que había prohibido alterar el texto del símbolo votado en el concilio de Nicea. Los Pontífices de Roma adoptando, a principio del siglo XI y a pedido del emperador Enrique I, la innovación española que se había esparcido por todo el occidente, pero que, aún en el siglo IX, el Papa León III se negaba a aprobar por más que se lo propusiera Carlomagno, vino a sentar el principio peligroso de que un patriarcado—como era el de

([1]) Aquellos a quienes interese el asunto pueden consultar, citando apenas obras modernas escritas en lenguas occidentales, los libros del P. Wladimir Guetée: *La Papauté Schismatique* y *Expositión de la doctrine de l'Eglise cathotique ortodoxe;* la *History of the holy eastern church* de J. M. Neale; además del ya tantas veces citado trabajo de Khomiakoff, *Luz de oriente*, en castellano.

Roma—podía independizarse del cuerpo de la Iglesia, no consultando, no comunicando siquiera a sus hermanos orientales: los patriarcas de Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Bizancio, actos de tanta importancia como estos eran. Desde entonces, lógicamente, cada diócesis podía arrogarse el mismo derecho respecto a aquel patriarcado, cada parroquia respecto a cada diócesis, cada individuo respecto a cada parroquia y así, como observa Khomiakoff, el protestantismo estaba en germen dentro del cisma occidental.

Hasta allí, aún los más orgullosos rebeldes habían reconocido implícitamente la autoridad de los concilios; habían tenido a honor proclamar sus heregías ante sus hermanos en el seno de esos concilios, tratando de que el cuerpo de la Iglesia adoptara sus definiciones del dogma. En realidad la heregía solo empezaba cuando dichos concilios se habían pronunciado y el innovador no se sometía, repudiando lo que hasta entonces había sido en él un mero error de su inteligencia, individual y, por lo mismo, falible, precaria. Al obispo de Roma, patriarca del occidente, regentando una sede menos antigua que las de Jerusalen y Antioquía, pero que, por la organización civil del imperio romano a la cual correspondía la organización eclesiástica de los fieles del mismo imperio, te-

nía el primado de honor y de jurisdicción, aún cuando no de autoridad, sobre todos los obispos establecidos dentro de los límites cubiertos por la sombra de las águilas romanas, estaba reservado el triste privilegio de romper esta organización fraternal que hace de cada fiel--con derecho a incorporarse o a ser representado en los concilios—un miembro de la Iglesia y no un súbdito de ella. Ciego por el orgullo, como Luzbel, cayó en lo más profundo el que estaba más alto.

En buena lógica, el derecho que se arrogaron los miembros del concilio regional toledano y, algo así como cuatro siglos después, los Papas que lo aprobaron, solo podía fundarse en el derecho de interpretación individual de los textos sagrados. Era, sin embargo, todavía muy temprano para proclamar este principio del luteranismo. El racionalismo socrático no había hecho aún con el auxilio de los escolásticos, su camino en el mundo. Los árabes lo habían de propagar en el occidente y entonces era en realidad desconocido en él. Por eso, los obispos de Roma, para justificar su conducta, tuvieron que invocar la verdadera base de la vida religiosa: la revelación, la experiencia interior, pero naturalmente negándola a todos los demás cristianos, aún cuando se hallen en unión de creencias con la Iglesia, depositaria de la infalibilidad, ha-

ciendo de ella el patrimonio exclusivo de un obispo y de una sede, la de Roma.

Así como está aquí el orígen de la doctrina de la infalibilidad pontificia, que sin embargo no pudo ser proclamada sinó en 1870, así está aquí también la explicación del ódio latente de Roma contra los místicos y de la necesidad, por ende de hacer consistir la fe exclusivamente en la creencia y de fundar esta en la ciencia. En la ciencia teológica, naturalmente, de la cual la ciencia humana, experimental, racional, no podía ser sinó una auxiliar sumisa, pero que con el andar de los tiempos—como tenía inevitablemente que suceder desde que se colocaba a la razón sobre todas las cosas y se reservaba el privilegio de la intuición para un solo hombre —había a su vez de revoltarse, hiriendo al presunto amo con sus propias armas.

Los Papas no pudieron prever evidentemente, estas consecuencias, funestas para la religión cristiana y para ellos mismos, que había de traer su acto inmeditado. No soñaron el protestantismo ni, mucho menos, al racionalismo ateo, o libre-pensamiento. Pero los dos estaban contenidos tan implícitamente en su rebeldía contra la Iglesia, como está contenido el choque, que se ha de producir contra la tierra, en la marcha de una piedra lanzada desde las alturas. Quien siembra vientos recoge tempes-

tades y los Papas, separándose de Cristo, fundando su comunidad sobre intereses humanos, tenían necesariamente que encontrarse con otros intereses que les fueran opuestos. El pecado lleva en sí mismo su propio castigo: es esta la ley de la eterna justicia de Dios.

La actitud de los Papas, aprobando — para complacer a los monarcas occidentales — una doctrina que, en el fondo, no era sinó un error de pueblos bárbaros, no puede, en efecto, tener fundamentos más materialmente humanos que los que tiene. Para convencerse ello bastará lanzar una mirada al mundo de aquella época y ver cuál era la situación de los pontífices de Roma, colocados entre dos mitades de ese mundo, una llena de civilización, de luz, la otra caída en plena barbarie.

«En medio de la decadencia que se manifiesta en las obras artísticas del fin del imperio romano—dice Roger Peyre que, por ser un mero historiador del arte, nos parece el más ageno a las pasiones de partido y, por ende, el más digno de ser citado en el presente caso (1)—hemos visto que un movimiento de renovación se preparaba más o menos obscuramente, y que a las ideas nuevas que se difundían entonces por

(1) Roger Peyre—Histoire générale des beaux—arts. página 220.

el mundo (con el cristianismo), buscaba corresponder un arte nuevo. Sin embargo, no es en el occidente, convulsionado por las invasiones de los germanos, de los hunos, de los árabes, y aún, después del corto período de gloria de Carlomagno, por los sarracenos, los húngaros y los normandos; no es en el occidente que este arte nuevo, el arte cristiano, había de hallar en primer lugar su completo y libre desarrollo».

«El imperio del oriente, que pudo mantenerse durante más de mil años, supo, a pesar de grandes peligros y grandes dificultades, gozar de más tranquilidad y conservar las tradiciones de la civilización antigua. Es un error, aún hoy demasiado difundido, no ver en el Bajo Imperio sinó una decadencia contínua. Este imperio que, desde su principio, hubiera estado, según se dice, sobre el camino de la ruina, duró, en medio de terribles pruebas, más de mil años, ó séase, poco más ó menos, el doble de lo que vivió la República Romana. Sin cerrar los ojos, sobre los vicios y los crímenes, si se compara en su conjunto la administración de Justiniano y de sus sucesores, con la monarquía feudal del occidente, el paralelo no será siempre desfavorable a los bizantinos. De cualquier modo, la fundación de Constantinopla, coincidiendo con el triunfo oficial del cristianismo, marca una grande fecha, no solo en la historia política y mo-

ral sinó en la historia artística. Es allí, en una situación única en el mundo, mirando a la vez el oriente y el occidente, que iba á constituirse una de las grandes formas del arte, el arte que se llama bizantino, y que sería más justo llamar, como quiere M. Bayet, [1] el arte griego de la edad media, o arte neo-helénico...»

Por otra parte, veamos cómo Michaud, [2] tratando de hacer plena justicia a los Papas, habla del desarrollo de su ascendiente sobre el occidente bárbaro de aquellas épocas:

«Sin querer justificar su dominio, puede decirse que ellos (los Papas) fueron llevados a apoderarse del poder supremo, por las circunstancias en que se hallaba Europa, en los siglos XI y XII. La sociedad europea, sin leyes, sepultada en la ignorancia y la anarquía, habíase lanzado en los brazos de los Papas, y creía que se colocaba bajo la protección de los cielos. Como los pueblos no tenían otra idea de la civilización, sinó la que recibían de la civilización cristiana, los Pontífices halláronse naturalmente árbitros supremos de las naciones. *El poder temporal tenía necesidad de su sanción, los pueblos y los reyes imploraban su apoyo, consultaban sus lu-*

---

(1) Y John Ruskin (*Stones of Venize* y *Mornings in Florence*) pudiéramos nosotros añadir, con la vénia de M. Roger Peyre.

(2) *Histoire des Croisades.*

ces, y éllos se creían autorizados á ejercer una dictadura universal...»

«Esta dictadura se ejerció muchas veces, en provecho de la moral pública y del orden social, añade Michaud; muchas veces protegió al débil contra el fuerte; suspendió la ejecución de proyectos criminales; estableció la paz entre los Estados; salvó la sociedad naciente de los excesos de la ambición, de la licencia y de la barbarie.» Sin embargo, aún cuando todo esto sea necesario reconocerlo, ello no sirve para ocultarnos la verdad sobre el orígen de dicha dictadura; orígen puramente humano, en el cual el ódio contra el oriente y la ignorancia del occidente intervinieron por partes iguales; origen que no es otro sinó que los Pontífices de Roma, puestos en medio de pueblos incivilizados que confiaban en ellos como en Dios, y frente a los Patriarcas Orientales, iguales suyos, que, por ser más antiguos, eran los representantes y defensores de un estado de cosas que a los Papas convenía alterar, prefirieron ser los primeros sin igual entre las hordas germánicas o germanizadas a conservar su hermoso lugar entre sus pares en la Iglesia de Cristo.

La ciencia que tenían y la autoridad de que gozaban no eran suyas, eran de la Iglesia. No eran del occidente, eran del oriente. La primera era el fruto de mil años de labor de esos

padres de la Iglesia Griega, de los cuales casi no se habla hoy en el seno de la Iglesia Romana, enamorada exclusivamente de la Edad Media; padres que, con su ciencia, plasmaron para siempre el tipo del sacerdote cristiano. La segunda, era la Iglesia entera que se la había conferido, al amoldar la organización eclesiástica a la organización civil, y era también ella quien, por un respeto por la tradición, que es característico de la cristiandad, se la conservaba, a pesar de que tales circunstancias, habiendo cambiado, era al patriarca de Constantinopla a quien cabía el honor del primado que, si al punto de vista histórico nos atuviéramos, pertenecía de derecho al patriarca de Jerusalén.

Pero quien está dispuesto a un fratricidio no se detiene ante un hurto, o, si se quiere un término menos duro, ante una malversación. Los Papas, al tiempo que rompían con los Patriarcas Orientales, y, lo que es peor, se insurgían contra la fraternal institución de los concilios, no dudaron abusar, entre ignorantes, de una ciencia que les fuera dada para el bien, de una autoridad que les fuera concedida para estrechar los lazos de la fraternidad, poniendo una y otra al servicio de sus ambiciones.

De ahí proviene la ridícula leyenda de la sucesión de San Pedro, como si la Iglesia de

Roma no hubiera sido fundada por San Pablo y no fueran sucesores de Pedro, por igual, todos aquellos obispos, o ancianos, que él consagró. A ese objeto se encamina la falsa interpretación del primado de Pedro, como si el mismo poder que Cristo le dió, según Mateo (c. 16, v. 19), no lo hubiera dado, según San Juan (c. 20, v. 23), a todos los discípulos por una consagración especial, y como si la iglesia de Jerusalen no hubiera llamado a Pedro a su seno [1] para pedirle cuenta de sus actos. A ese propósito, por fin, responde la confección de las *Falsas Decretales* que aparecen en el siglo IX, cuando el poder de los Papas empezaba a establecerse, para legitimar con cartas apócrifas de los primeros obispos de Roma las innovaciones que meditaban los que eran entonces obispos de la misma ciudad. Y, con estos, todos los actos que en el curso de los siglos vino Roma haciendo, con la oposición de los Patriarcados Orientales y aun de las iglesias occidentales, la de Francia, especialmente, hasta que los presuntos concilios de Trento y del Vaticano ahogaron estas últimas protestas y, destruyendo las hermosas tradiciones de libertad que aun perduraban hasta el siglo XVI, hicieron del catolicismo romano lo que él es hoy: una secta gobernada por con-

---

[1] Actos de los Apóstoles, cap. 11.

gregaciones; llena de cultos idólatras, como es el que dirige a la parte puramente material del Cristo, al corazón de Jesús; sin vida mística individual; sin actividad parroquial; sin autoridad episcopal, y que se mueve envuelta de un autómata, sin voluntad, que se llama el Papa.

Las consecuencias del cisma fueron terribles, aun para la misma Iglesia Oriental, que hoy, después de veinte siglos, permanece integralmente dentro de lo que fué establecido por las primeras generaciones cristianas.

La institución fraternal de los concilios había dotado a la Iglesia de Dios de un seguro instrumento de evolución y de progreso. Así como el pueblo entero de la Iglesia, guardando la tradición, defendiéndola contra los errores siempre posibles, de sus propios pastores, representa el factor estático, conservador, de la misma Iglesia, así los concilios—dentro de los cuales cada obispo representa a todas sus parroquias y, por ende, a todos los miembros de ellas, cada metropolita a todas las diócesis sufragáneas, cada exarca, cada patriarca, a todos los metropolitas, pero con representación *ad referendum,* con representación subordinada a un mandato imperativo—vienen a constituir el factor dinámico que hace de la Iglesia un cuerpo vivo.

Sin embargo, frente a las innovaciones de

los Papas, frente a las anarquías de los protestantes que, al querer reaccionar contra los Papas, no *pudieron* restaurar la libertad cristiana individual sobre otras bases que las racionalistas, ¿la Iglesia primitiva, la única y verdadera Iglesia, qué otra cosa podía hacer sinó usar lo menos posible de ese instrumento de renovación y, ante las variaciones de las demás, permanecer firme como un testimonio viviente de un anterior estado de cosas, que es, al mismo tiempo, un contralor y una acusación contra todos aquellos a quienes, por igual, se puede aplicar el pensamiento de Bossuet: tú varías, luego no eres la verdad?

Esa «petrificación» de la iglesia oriental, es la única acusación que se ha hecho contra ella. Balmes, si no recordamos mal, la hace, pero ¿a quién acusar de ella, sinó a los mismos que la obligaron a adoptar esa actitud rígida, conservadora?—Esa era la misión que Dios le daba para que permaneciera sobre la tierra un testimonio fidedigno de su obra, de la obra de la redención por Cristo.—Guardar la tradición fielmente, tenía que ser su único programa, y aquella actitud rígida, solo desaparecerá cuando, en una hora próxima o lejana, Dios lo sabe, la unidad religiosa se restablezca entre los cristianos; no bajo la hegemonía de un Papa—lo cual es blasfemia contra Cristo y tiranía para los hombres—

ni tampoco a base del derecho protestante de libertad, sin fraternidad, sin amor; sinó por la libertad en Cristo, la luz mística individual, la inspiración interior, subordinada, contraloreada, contenida por el afecto hacia los demás, por el acatamiento moral—no material—a las creencias, a las prácticas, a la piedad de todos y cada uno de nuestros hermanos. Esa, que fué la organización primitiva de la Iglesia, organización de la cual el occidente ha perdido no solo la memoria, sinó hasta el concepto, es la única que, a los cristianos, viviendo en el mundo, vale decir: en el seno de pueblos, entre los cuales existirán siempre y predominarán siempre, probablemente, los hombres materiales, los seres antimísticos por naturaleza, puede dar esa unidad moral que el racionalismo teológico, imperativo en los romanos, anarquizante en los protestantes, jamás les dará.

Las consecuencias históricas, empero, que tuvieron aquellas rebeldías, contra la Iglesia Universal, no por ser conocidas, merecen menos ser recordadas. Ellas nos prueban que la vida moral, obedece a reglas tan fatales, como las leyes físicas; que el pecado lleva en sí su propio castigo; que nadie hace el mal que no le sufra las consecuencias.

Al pueblo español que, por ese espíritu de orgullo que le es peculiar, fué causa de que se rom-

piera la unidad de fe, lo veremos constantemente a traves de su vida histórica, obsecionado como por un remordimiento secularsubconsciente, perseguido precisamente por la preocupación de la unidad religiosa, impuesta no por la fraternidad, sinó por la fuerza. Aún hoy, cuando ya todos los pueblos admitieron la libertad de cultos, que nunca fué negada, de paso sea dicho, por los pueblos cristianos del oriente, existen todavía en España dos partidos: el integrista y el carlista, compuesto el primero por los elementos más desinteresados, más puros, entre los que allí se llaman católicos, y a quienes la Santa Sede, considerándolos demasiado espirituales, sistemáticamente repudia, que levantan como una bandera el antiguo ideal español de imponer a todos la unidad de creencias, por el ministerio de la ley civil, por medio de la Inquisición, a sangre y fuego.

¿No es admirable ver este espectáculo que dura hace tantos siglos?—¿No resulta tan elocuente como la sobrevivencia del pueblo de Ismael, disperso por la tierra, sin templo ni hogar, pero dando testimonio de las profecías?—¿No hay algo de trágico en la nación española, que rompe, en tiempo de la monarquía visigótica, la unidad de amor de los cristianos, la unidad que no se impone por la fuerza y que no admite al ágape fraternal sinó a quien, llamado por Cristo, profese voluntariamente todas las creencias

de Cristo, y que expulsa después a judios y moros, porque no quieren ser cristianos; extermina a los indios de América, si no se quieren bautizar; diezma las poblaciones de Flandes, porque no son católicas, y, al lado de figuras tan altas como San Juan de Dios, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, plasmadas por el espíritu que aún allí quedaba—y se iba muriendo—de la antigua y verdadera fe de Cristo, ofrece los perfiles siniestros de Torquemada, de Felipe II y del Duque de Alba?—¿No hay aquí como una lucha espiritual de una naturaleza muy noble, muy elevada, capaz de hacer prodigios de santidad, pero detenida, en el camino de la perfección espiritual, por un pecado horrendo, del cual todavía no se ha arrepentido y que todavía no ha expiado?

Lo mismo pasa en toda la comunidad romana. Hasta el siglo XVI quedaban en ella grandes restos de la antigua organización de la Iglesia y de su espíritu y, bebiendo algunas gotas de ese manantial que se secaba paulatinamente, y que hoy ya casi no destila, la santidad individual surgía de cuando en cuando. Esos místicos eran lumbreras que iluminaban el cuerpo social, cada día más sumido en la obscuridad siempre creciente. Del mismo modo, gozando del prestigio sobreviviente a la autoridad que la Iglesia le había conferido, el Papa podía hacer grandes

cosas: ser árbitro entre las naciones; imponerles en nombre de Dios la trégua a sus luchas, y darles, por dósis homeopáticas, la luz cristiana que había sacado del oriente. Pero, al mismo tiempo, ¿qué vemos?—Como el mal no puede vivir en paz, esas lumbreras se vuelven jueces: a su luz se descubre la corrupción de la comunidad, a la cual pertenecen; esa comunidad las persigue, las encarcela; Teresa de Jesús es procesada por la Inquisición, Juan de la Cruz es azotado por sus hermanos de religíón; y como el Papa, ejerciendo una potestad que había usurpado, tenía que crearse una posición falsa, ahí lo tenemos hoy, víctima de todos los antecedentes, de sus intereses mundanos y diplomáticos, maniatado y mudo. ¿Dónde está ahora aquella alta autoridad que, adulando a los reyes o conspirando contra ellos, quiso imponerse a todos los poderes de la tierra?—¡Sombra de Hildebrando, por qué no te levantas de la tumba?

En la hora presente, ya no puede haber salvación en la barca que naufraga. Esa nave, la iglesia de Roma, está muy llena de cosas complicadas que se enredan en los piés de sus tripulantes y de otras que le cubren la vista del cielo. Antes de la catástrofe final, que se aproxima, hay que salir de ella.

No se trata de ingresar en alguna de las Iglesias Orientales; de ir a Rusia o a Serbia, a Gre-

cia o a la Siria pedir el pan de la vida. Ese pan es Cristo; El es quien vivifica a esas iglesias—que no son *la Iglesia*—y es El, tan solo, quien puede darnos ahora a gustar del vino generoso que produce frutos en la vida eterna. Que nuestra confianza esté en El y no en el hombre.

Ingresar en alguna de esas comunidades oríentales que conservan las tradiciones y la organización católica de los diez primeros siglos de vida cristiana, puede ser una necesidad individual para quicn, estando solo y buscando a Dios, no halla cabida para su alma dentro de las comunidades cristianas occidentales. Ello, empero, como reconoce el mismo Khomiakoff, es amargo como una expatriación y los pueblos no son como los individuos, no necesitan de expatriarse.

Aún conservando los ritos tradicionales de nuestros padres depurándolos apenas de toda corrupción jesuítica y ultramontana de que están viciados; aún guardando incólumes en nuestro pecho las memorias augustas de las grandes figuras de nuestras respectivas patrias, cuyas imágenes no pueden figurar en los iconostasios orientales; sin abdicar, en una palabra, de todo lo que tienen de bueno los diez siglos de la vida cismática que, por culpa de los Papas, llevaron nuestros antepasados; nosotros,

católicos occidentales, podemos restaurar la unidad de fe, la unidad de la Iglesia, si renegamos de todas las superfluidades humanas que el papado introdujo en nuestra vida religiosa y, libres en Dios, nos agrupamos nacionalmente. sin abdicar en ningún modo nuestra solidaridad civil y social con nuestros compatriotas, para continuar la tradición católica allí donde ella se interrumpió.

Bajo la cuchilla mulsumana, durante siglos de martirio que, para los cristianos del Asia dura aún hoy, lo que nuestros hermanos de oriente pidieron a Dios y quizás hayan obtenido de su clemencia a costa de su sangre, de la sangre de millones de mártires, no fué nuestra unión material con ellos. Solo las iglesias que tienen la organización de los estados; es decir, solo las iglesias que dudan de Dios y desconfían del Cristo, puedan desear tal unidad.

Tomadas separadamente, cada una de las iglesias orientales puede tener sus defectos. Aquí el clero es inculto, rudo; allá se ha palatinizado; tal o cual parte de la sociedad, que se dice ortodoxa, puede dar escándalo aún a los más indulgentes. Todo eso es fruto de las circunstancias históricas porque han pasado tales pueblos, y todo eso no compromete a la Iglesia; no compromete a Dios.

Si vivimos nuestra fe, y para vivirla nos uni-

mos, nos organizamos nacionalmente; si en Francia restaurais las bellas tradiciones y hermosos ritos de la iglesia galicana y, en España resucitais aquella iglesia llamada mozarabe, que, bajo el yugo del invasor mahometano, dió alientos a las almas cristianas con un espíritu que no debió ser diferente del de la Siria actual; no tenemos porqué ocuparnos de lo que hace la aristocracia rusa ni de lo que sabe el clero caldeo; desde que no habemos de convivir con ellos, solo un deber a su respecto nos incumbe, implorar para ellos la gracia de la fuente de toda bondad, del Padre de Luz.

Al acercarnos a las comunidades cristianas orientales, a los sirios, a los griegos, a los serbios, a los búlgaros y aún a los rusos, el primer aspecto no tiene nada de agradable para el orgulloso occidental. Parece haber allí demasiado atraso, demasiada ignorancia, demasiada pobreza y es duro verse en la necesidad de pedirles a ellos la luz ¡el rico pidiendo al inope!—el civilizado al bárbaro!—Pero ese no es sinó el primer aspecto, la apariencia material de las cosas. Cuando el occidental ha abdicado de su vanidad, cuando cristianamente, con fraternidad cristiana y humildad cristiana, se aproxima y, como un rico viajante que, en medio de la montaña, se resigna a pedir hospitalidad en una choza, llama a esa puerta que la caridad

deja entornada para que entre todo el que pase, la apariencia desaparece. En esa choza hay muchos tesoros. Es un verdadero cuento de hadas, un palacio encantado. La choza oculta la entrada de una gruta y en ella está toda la sabiduría helénica y toda la sabiduría alejandrina. Platón dormita al lado de Orígenes, Plotino nos enseñará indirectamente en compañía del Damascesno, y para servir el agape correrá la amable fraternidad eslava, el alma mística de Rusia, llena de ternuras, con los ojos mojados por lágrimas de emoción.

¡Del oriente luz! Cuando la civilización clásica había cerrado el ciclo de su evolución, cuando entraba en decadencia, cuando su alegre optimismo no podía sostenerse por más tiempo, todo se reanimó al contacto con el oriente asiático. Del choque de dos civilizaciones: la helénica y la judaica, brotó nuestra esplendente civilización, la civilización cristiana.

En su agonía, la intelectualidad romana tomó el camino hacia las regiones en donde nace el sol y, por una intuición que no la engañaba, fué allí en busca de su salvación. Primero, seducida por lo más brillante, miró al Egipto, miró a la Persia; los dioses y los cultos de esos pueblos, Isis y Mitra fueron adorados en los altares de Numa, así como nosotros, en los últimos años, hemos buscado luz en los Vedas, en el budismo,

en las filosofías tan sugestivas de la intuición maravillosa de la India. Pero todas esas escuelas, llenas de secretos, no eran sino briznas dispersas, recuerdos de una verdad que en la cuna del género humano, en el plantel de todas las civilizaciones, en el Asia, habían quedado vagamente en la memoria de los hombres y que ellos cultivaban con un instrumento que no puede engañar sinó parcialmente, con la intuición mística, precaria tan sólo cuando es individual, cuando no la vivifica el amor, la fraternidad. La clave, empero; la síntesis; la tenían otros en quienes los orgullosos patricios no se habían fijado: los menospreciados judíos, los pobres esclavos cristianos, los humildes de las catacumbas. Cuando los quirites se la pidieron, ellos repartieron amorosamente con sus opresores el pan de su caridad—parecía algo repelente, era duro y negro para el sibaratismo romano, pero ese pan era el cuerpo de Cristo, era el pan de la vida.

Estamos hoy en la aurora de una nueva época. El oriente se agita. La intervención generosa de Rusia a favor de la pobre Serbia, maltratada por la papista y clerical Austria, provocó el estallido de la guerra, sacudimiento saludable que abre nuevos horizontes al género humano. El occidente va a encontrarse de nuevo en contacto con el oriente y para todos esos hermanos que durante

veinte siglos han permanecido firmes en la fe de Cristo; hermanos que—si no somos orgullosos, si no nos resistimos a pedirles con humildad la limosna espiritual—pueden abrirnos los arcanos de la Iglesia de los primeros siglos y hacernos partícipes del espíritu que nos revela la ciencia de los Santos Padres, será una grande, inmensa alegría, un supremo triunfo, una compensación a dos milenios de sufrimiento, oirnos decir, unidos a ellos, en el alma, a través del espacio, en un concierto angélico, las fraternales palabras del Crisóstomo en la liturgia de los fieles:

«Amémonos los unos a los otros, a fin de que confesemos en unidad de espíritu, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad consubstancial e indivisible.» Amen, Amen, Amen.

ÍNDICE

TRABAJOS DEL MISMO AUTOR

La Acción Católica en Portugal.—Conferencia (Madrid, 1903).

Cervantes e o seu tempo.—Conferencia (Lisboa, 1905).

A missão dos circulos catholicos de operarios.—Discurso (Coimbra, 1906).

Catalunha e as nacionalidades ibéricas.—Contribución al estudio de la civilización hispánica.—(Lisboa, 1908).

De la posibilidad de una intervención española en Portugal.—(Buenos Aires, 1911)—Tirada aparte de la «Revista Argentina de ciencias políticas».)

La Pampa y la Patagonia.—Informe presentado en 1912 al ministro del interior Dr. Indalecio Gómez. (En la publicación oficial. «Primera conferencia de los Gobernadores de territorios nacionales» (Buenos Aires, 1913).

La política naval argentina.—(Revista argentina de ciencias políticas, Septiembre, 1914).

Un punto de vista argentino respecto a la contienda europea.—(Revista argentina de ciencias políticas, Noviembre de 1914).

El pacto pacifista del «A. B. C.»—Buenos Aires, 1915.